

EDICIONES



LOS HECHOS, LAS IDEAS, LOS HOMBRES
DOCUMENTACIÓN

SUPLEMENTO DEL PERIÓDICO A. I. T.

ABEL PAZ

PARADIGMA

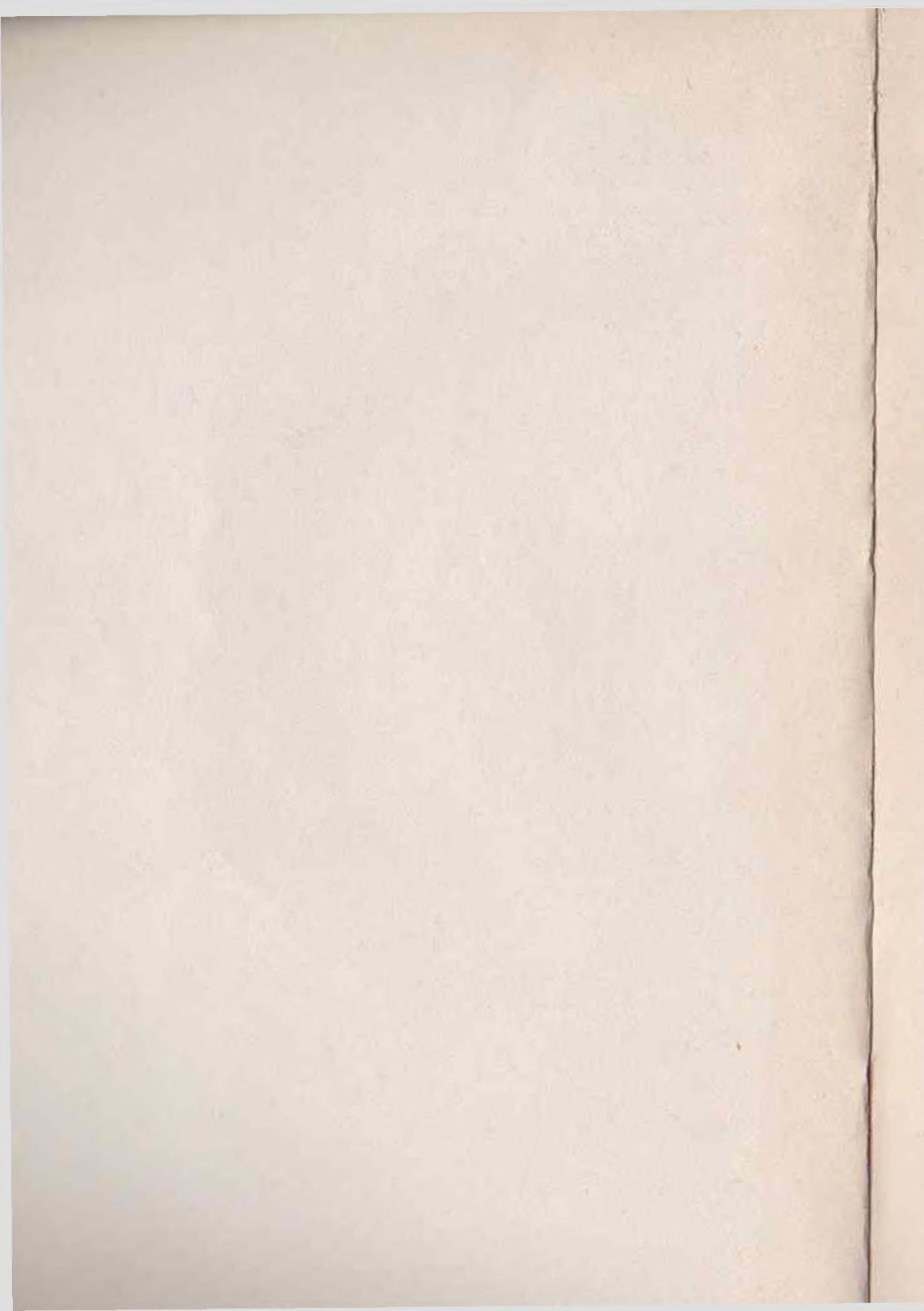
• **DE UNA**

REVOLUCIÓN

(19 de julio 1936, en Barcelona)



Prefacio de FEDERICA MONTSENY



ABEL PAZ



**PARADIGMA
DE UNA
REVOLUCION**

(19 de julio 1936, en Barcelona)



Edición de la Asociación Internacional de los Trabajadores

NOTA DEL SECRETARIADO DE LA A. I. T.

En su deseo de ofrecer al mundo documentos sociales revolucionarios, históricos y teóricos, el Secretariado de la Internacional inicia con este folleto su editorial en idioma castellano. Se refiere a un hecho bélico, de lucha feroz llevada a cabo por el pueblo español en el cual nuestra Sección era inmensamente mayoritaria. De tal forma es así que sin hipérbole de ninguna clase podemos decir que a través de España fue la A. I. T. quien luchaba y es a la A. I. T. a quien el fascismo le debe su primera herida.

La A. I. T., la Internacional de los Trabajadores, acabará con el fascismo. O ella, o nadie.

Deseoso de contribuir a la propagación de los hechos, otros folletos parecidos aparecerán sobre España, e intención hay de hacer lo mismo con todos los países donde la A. I. T. tiene Sección.

El Secretariado de la A. I. T.

Delegado de España

PREFACIO

Recoger, en una síntesis que quede para la historia y para conocimiento y edificación de las nuevas generaciones y de las que les sucedan, los acontecimientos que generaron, que se produjeron en el curso de aquel día memorable y sucesivos; hacer, en una palabra, el recuento de los hechos que se produjeron el 19 de julio de 1936, entiendo que es obra necesaria y digna de encomio.

Incluso, la perspectiva del tiempo transcurrido, nos permite contemplarlo y juzgarlo todo con la amplitud que otorga la distancia. En aquellas horas, envueltos todos en la vorágine de los combates, de los problemas, de los conflictos que a cada momento se producían y variaban, no pudimos juzgar las cosas con la objetividad con que hoy puede hacerlo un autor, que ha sabido y querido acumular pacientemente testimonios, recoger datos, preguntar a unos y a otros.

En este sentido, el volumen que el lector leerá, después de estas líneas, es una obra honrada y consciente, en la cual la preocupación por la exactitud, por la verdad histórica, constituye el nervio central.

Se encontrarán acaso omisiones... ¿Cómo es posible recogerlo todo, resumirlo todo en un solo volumen! Pero lo más importante, lo fundamental, aquello que formó la trama, primero de la conspiración, después de la reacción popular frente a la tentativa de golpe de Estado, está recogido con fidelidad y con la emoción de que no puede desprenderse la obra de ningún hombre que sienta y que ame la causa de la libertad.

Hay hoy miles, millones de jóvenes de ambos sexos, para los cuales todo cuanto se produjo en torno a los días 18 y 19 de julio, es algo tan misterioso y tan lejano como la batalla de las Termópilas o la ejecución de Holofernes.

Cuidadosamente, el miedo y la presión policiaca, durante 30 años han tenido un velo de secreto sobre el pasado... De él solo se ha sabido lo que al franquismo le ha interesado decir: Franco y las fuerzas que constituyeron la Cruzada, se levantaron contra el comunismo y contra el caos en que se debatía la fermentada República de 1931. Su causa era justa y estaba legitimada por la voluntad de la mayoría de los españoles... En las familias, aún en aquellas que tenían miembros exiliados o en la cárcel, o incluso en el cementerio, se callaba también, como si evocar ese pasado significara levantar los fantasmas del peligro y de la muerte.

Decir la verdad, restituir la verdad, escribir la verdad, repito que es útil y necesario. Es, además, el único camino por el cual los que han venido después, pueden conocer un pasado que constituye una página de la historia de España, aquella precisamente, en que más lejos se llegó en la práctica de ideas y en el esfuerzo liberador y constructivo.

Para muchos, además, es un misterio saber cómo pudo ser el 19 de julio. Cómo pudo producirse el levantamiento masivo de todo un pueblo, enfrentando la sublevación facciosa, supliendo al gobierno republicano desbordado e incapaz de hacer frente al golpe de Estado. Precisa que conozcan cómo este pueblo fue preparado, orientado, moralmente puesto en condiciones de asumir una responsabilidad que sólo en circunstancias excepcionales, en momentos fulgurantes, asumen los pueblos. El 19 de julio, en la historia de España, será lo que fue el 14 de julio en la historia de Francia y la revolución de octubre en la revolución rusa.

Y de la misma manera que el pueblo francés tuvo una preparación, siguió un proceso ascensional, que culminó en los acontecimientos de 1789 y años sucesivos; de la misma forma que la revolución rusa fue el fin de un largo proceso de luchas y de esfuerzos, de sacrificios cruentos, iniciados por los decembristas, así la revolución española de 1936 fue el resultado, el acto final de un drama que se extiende a través de más medio siglo de combates, de movimientos, de labor de preparación de las masas obreras, de siembra de ideas, de actividad desplegada desafiando todas las represiones, afrontando todos los peligros.



Desde el primero al último capítulo, en una sucesión de hechos cronológicamente relatados, el autor va situando e historizando el doble proceso: aquel de la conspiración fascista; aquel de la toma de conciencia de las multitudes. Los que leerán este libro, sabrán como las cosas se sucedieron, porque se sucedieron, los hechos que las determinaron, los hombres que intervinieron en ellas.

No abarca, no puede abarcar, todos los aspectos políticos, sociales, económicos, nacionales e internacionales, de los hechos que en ese período se produjeron. Tampoco era este el propósito del autor y de los editores. Ceñido a un tiempo determinado, limitado por una dimensión previamente establecida, el libro cumple su misión, sin desbordarla: ello hubiera diluido el tema y le hubiera hecho perder precisamente la perspectiva que consigue el campo de visión que se delimita y establece.

Estas líneas previas tampoco pueden ni deben ser una sustitución del libro. Ellas no han de ser más que el pórtico, la puerta abriendo el volumen, incitando la atención y la curiosidad de los lectores. Adentrándose en la lectura, atraídos y sugestionados por ella, los que vivimos aquellas horas, las revivimos; los que no las vivieron, las imaginan y comprenden cuanto pudo aparecerles obscuro o les fue deliberadamente obscurecido.

Honestamente, sin entregarnos a elogios exagerados y que no se usan entre nosotros, consideramos que el autor ha alcanzado su objetivo, ha conseguido explicar, de manera clara y comprensible, cómo se produjo y lo que ocurrió el 19 de julio.

Y terminaré como el autor empieza: ojalá las nuevas generaciones comprendan que una revolución siempre es posible realizarla, cuando existen voluntad y coraje; cuando los hombres, individual y colectivamente considerados, no abdican ni renuncian a sus derechos y a sus deberes.

Federica MONTSENY

**A todos cuantos entregaron su vida
por la causa de la LIBERTAD...**

**A la presente generación y a las
futuras para que estudiando el 19 de
julio, comprendan que una revolución
siempre es posible realizarla cuando
existe la voluntad de iniciarla y el
coraje de hacerla.**

A. P.

INTRODUCCION

Estos últimos cuarenta años de la historia de España, se desarrollan entre las paralelas de dos golpes militares similares: el que inició en septiembre de 1923 el general Primo de Rivera y el que propulsó la junta facciosa de generales el 18 de julio de 1936.

Estos hechos, casi desmienten el aserto de que la historia no se repite. España — con latinoamérica — es el terreno propicio para que algunos hechos se repitan con una constancia metódica. Se explica este fenómeno por razones de estructura económica y por el desarrollo social de la clase obrera. En latíonamérica, concurre el primer enunciado, pero en España colaboran conjuntamente los dos. En este caso, en Europa el único país que puede realizar acciones sorprendentes y hacer girar la política del continente, es España. En los hechos que relatamos a continuación, concretándonos sólo a Barcelona, tuvieron tanta importancia que durante el tiempo que duró la contienda en la Península, el mundo opinó y los gobiernos actuaron en función de los acontecimientos que en ella se desarrollaban. La política de Estados Unidos hubo de tener en cuenta esa revolución, contra el militarismo, que se llevaba a cabo en el país menos europeo del viejo continente. Los de Inglaterra y Francia, subordinaron su política al desarrollo de la guerra española y las potencias fascistas de aquella época (Alemania e Italia) encontraron en la guerra ibérica un soporte de presión sobre las tres naciones en que giraba la hegemonía del Continente: Francia, Inglaterra y Rusia. En estas condiciones, el triunfo de la guerra revolucionaria en España hubiera

cambiado la faz de Europa, mostrando a los trabajadores, cómo se realiza una revolución y cómo puede consolidarse por vías nuevas, cómo un pueblo puede ser gerente de sus propios destinos, controlando la economía y los medios de producción. Es justamente esta nueva vía abierta por el proletariado español, lo que hace que la revolución española, después de treinta años de su derrota militar, siga ejerciendo considerable influencia.

Por las características propias de esta revolución, como réplica al golpe militar, la revolución española se sitúa como forma más acabada de una revolución obrera. La revolución rusa no tiene semejanza con la española. Los bolcheviques, cuando en octubre de 1917 tomaron el poder, conservaron el control de una fracción importante de lo que subsiste del antiguo ejército zarista así como de la mayor parte del material de guerra. En España, el caso se presenta de forma diferente. El ejército se subleva y el gobierno republicano no tiene ninguna fuerza que oponer a la sublevación. La Guardia Civil con sus 35.000 números, cuando no es aliada a los facciosos, es dudosa para los republicanos. En esta coyuntura, sólo queda en pie los partidos políticos y las organizaciones obreras, quienes toman, pese a las negativas del gobierno, la iniciativa en el combate, asaltando cuarteles y derrotando a los facciosos. La continuidad de la lucha sigue a cargo de ellas mismas, siendo quienes organizan, arman y dirigen las milicias obreras surgidas espontáneamente.

Ellas toman igualmente la iniciativa de la puesta en marcha de las industrias a través de los comités de fábrica que brotan espontáneamente.

La singularidad de esta revolución, es la existencia de dos formas diferentes de interpretación política del contrato social. Estas convivirán en el transcurso de los 32 meses que durará la guerra, asistiendo a la lucha del Estado por recobrar sus prerrogativas y las fuerzas obreras por mantener sus conquistas. El tercer factor que inclinaba la balanza a favor del Estado, era la trágica guerra a la que había que hacer frente diariamente y sin respiro. Pero a medida que el Estado recobraba sus prerrogativas la resistencia obrera decaía — lección a retener — pues

si se hubiese hundido totalmente al Estado no cabe duda que la humanidad hubiera asistido a una revolución sin precedentes en la historia de las civilizaciones humanas, creando un tipo de contrato social enteramente nuevo.

*
* *

La dictadura Primo Rivera-Franco se explica en función de los dos factores enunciados más arriba. El antagonismo de clase y el desarrollo del movimiento social de inspiración anarquista en 1923, se debatía bajo el peso del error sufrido por la clase obrera en 1917, (*) fecha en que era posible la revolución. La burguesía y los poderes coercitivos de la Monarquía se habían usado ya al máximo dentro de lo que la Constitución permitía, agregándose a ella otros factores de orden individual en los que se encontraba en difícil aprieto la propia persona de Alfonso XIII. En estas condiciones, el recurso de la dictadura, arma utilizada siempre por la burguesía cuando el peligro de su vida se perfila claramente, era de lógica aplicación. Pero la dictadura del Marqués de Estella, pese a ser, tiránica y bárbara, no logró extirpar de cuajo al movimiento obrero y, desgastada por su propio abuso, comenzó a declinar entre los años 1929-30.

Debilitado el Poder, como reactivo lógico aumentó la presión popular surgiendo con unas fuerzas insospechadas. Así, todo el año 1930 está sacudido por ese ascenso de la clase obrera. De esto a la República del 14 de abril de 1931 no hay más que un paso.

Pero como la república venía a ser algo así «como una colchoneta» para la revolución, su estancia en el Poder, frenó por un lado la revolución social tan necesaria y posibilitó, por otro, a que la reacción, fracasada en el intento de Primo Rivera, formulara un plan más acabado tendente al exterminio de las organizaciones obreras. El triunfo del franquismo con 800.000 exilados, con 1.000.000 de muer-

(*) Nos referimos a la huelga general de agosto de 1917.

tos, fusilados o asesinados y con su millón de prisioneros es el triunfo «glorioso» clérico-aristócrata-militar.

Estos tres factores juntos a los que se une una burguesía avara de sus riquezas y poco emprendedora, fueron el sostén de Primo Rivera y 13 años más tarde el soporte de Franco. Con este último inició la ruta de los 30 años de dictadura que sufre España.

Tomado el país en bloque, a treinta años de distancia, el clamor de todos cuantos con sentido crítico constructivo analizan el panorama económico español actual, coinciden en la necesidad que tiene el país, de realizar urgentes reformas que transformen las estructuras económicas. Aun está permanente el problema agrario, el cultural y universitario, amén el de la industria. Así, por paradoja histórica, con algunos variantes, nos encontramos en la situación de 1930: la necesidad pura y simple de hacer la revolución.

El fracaso de estos treinta años de dictadura y de predominio en todos los órdenes, desde el monopolio industrial hasta el enfoque gubernamental de la enseñanza, así como el aniquilamiento metódico de la oposición obrera, ha conducido a la dictadura, al callejón sin salida que en 1930 Alfonso XIII se encontró.

Para las capas reaccionarias que han apoyado a Franco el dictador resulta ya incapaz y comienzan a darle la espalda. Sin embargo, por el desgaste propio de la dictadura en el ejercicio represivo y por coyunturas internacionales, al régimen dictatorial se le han abierto ventanales por donde entran al país corrientes de aire renovador de inclinación anarcosindicalista, idea muy acrisolada en las zonas industriales y campesinas.

Constatando estas analogías históricas es por lo que nos ha parecido que trazar un paradigma de los hechos que posibilitaron el triunfo obrero en Barcelona el 19 de julio, es ofrecer un ensayo analítico para que se comprenda que, cuando un pueblo tiene la voluntad de ser libre, al fin lo consigue con coraje, arrojo y valor... Tengamos confianza en este pueblo que sigue una línea ascendente hacia su emancipación.

I

ANTECEDENTES DE LA SUBLEVACION FASCISTA

La conspiración clérigo-militar que culminó en sublevación fascista el 18 de julio de 1936, tiene sus antecedentes ya al día siguiente de proclamarse la segunda República en el 14 de abril de 1931; pero es a partir del mes de noviembre de 1933, cuando los grupos políticos de este origen toman el Poder ante el estrepitoso fracaso político del gobierno socio-republicano de 1931-33, que la amenaza facciosa se presenta sin eufemismos ante la clase trabajadora. A este período corresponden los hechos generadores de esa sublevación: las conversaciones de significados monárquicos con Mussolini en vista a que éste finance un golpe fascista en España, los viajes a Alemania del general Sanjurjo y José Antonio Primo de Rivera con mira este último a inspirar la recién creada Falange Española en las puras fuentes del nazismo..

Así el llamado «bienio negro» (1933-36) en que las derechas ejercen el Poder no es otra cosa que el intento primero de instaurar el fascismo por vías legales o la pérdida del Poder para recuperarlo por la sublevación militar. El futuro de España se encuentra entre esas paralelas. Gil Robles, que debía ser el hombre político a legalizar desde su puesto de presidente del gobierno ese golpe militar, hasta el último momento confió en que se lograría instaurar la dictadura por las vías legales que le conferiría el triunfo electoral de noviembre de 1933. Su negativa a dar paso al clásico golpe de estado mili-

tar aceleró el trabajo de los generales conspiradores y exasperó a la Falange. En estas circunstancias, el triunfo electoral de las izquierdas en las elecciones del 16 de febrero de 1936 es la ruptura en realidad de «las dos Españas» y la primera batalla de la gran guerra futura.

A partir de este momento los conspiradores precisan y organizan sus preparativos finales. Cuentan con el apoyo incondicional de Hitler, Mussolini, Oliveira Salazar. Sus hombres políticos, unos a luz pública como Lerroux, Gil Robles y Calvo Sotelo preparan políticamente el terreno, otros en las tinieblas como el monárquico Goicochea, el archirreaccionario Cambó y el financiero Juan March que son los que se encargan de procurar las bases económicas de ese golpe militar, con el concurso capitalista de la patronal, de los banqueros, de los prestamistas, de los grandes terratenientes y de la Iglesia que entra en bloque en ese frente de lucha que iba a dividir a los españoles en dos bandos. La fuerza militar de mar y tierra, mandada por generales monárquicos, se suma al golpe militar a través de los propios canales del Estado republicano que había sostenido en puestos influyentes a esos generales. Fueron estos generales quienes debían elaborar el «plan militar». Entre ellos debía despuntar uno que se convirtiera en caudillo de la revuelta. Con este fin entre los meses de marzo y abril hubo reunión de generales. Ni en la primera ni en la segunda reunión los generales se entendieron, militaba en cada uno de ellos el deseo de no confiarse mutuamente, ya que cada uno de por sí se creía el «caudillo idóneo». En una de esas reuniones en las que se trataba del golpe militar como de una simple cuartelada, el joven general Franco fue el único que previno sobre una posible resistencia popular.

Y fue entonces cuando pidió se le dejara organizar la zona de Marruecos ante el posible fracaso del Ejército en la Península debido a lo «trabajado que estaba el soldado por la propaganda izquierdista».

Se le otorgó esa autorización por el ascendiente que tenía entre los soldados mercenarios que componían las Banderas del Tercio.

En esa misma reunión se desechó que el general Sanjurjo hiciera «el plan militar» por demasiado «glorioso», al general Cabanellas por su edad, al general Cavalcanti por su enfermedad, al general Goded por su afán de personalizarse, Franco por el recelo que inspiraba, y los demás por ser «poco populares» en el ejército, cayendo la responsabilidad de la elaboración de ese «plan» en el general Mola.

Su obra fue el plan que se conoce con ese nombre, dado en Madrid el 25 de mayo de 1936 bajo la firma de «El Director». Ese plan describía los «objetivos, los medios y los itinerarios».

El plan llevaba el siguiente preámbulo: « A la vista del mapa de España, teniendo en cuenta la distribución y capacidad ofensiva de las unidades de nuestro Ejército y el momento político, que da a las masas proletarias una moral y fuerza ofensiva considerable, se estima como imprescindible para que la rebelión pueda alcanzar completo éxito, lo siguiente:

1. — Que se declaren en rebeldía las divisiones 5, 6 y 7 con el doble objetivo de asegurar el orden en el territorio que comprenden y caer sobre Madrid.

2. Que las fuerzas de la Comandancia Militar de Asturias, tengan a raya a las masas de la cuenca minera y Puerto de Musel, y que parte de la 8ª División y guarnición de León refuercen dichas tropas.

3. — Que la 3ª División secunde también el movimiento y disponga dos columnas: una para remontar la costa levantina hasta Cataluña, si fuese preciso y otra para lanzarla sobre Madrid en ataque demostrativo.

4. — Que la 4ª División se haga cargo del mando y Gobierno de la región catalana y tenga a raya a

las masas proletarias catalanas, coadyuvando de esta forma al movimiento general.

5. — Que permanezcan en actitud pasiva las fuerzas que guarnecen Baleares, Canarias y Marruecos, pero que en el caso probable que el Gobierno (republicano) acuerde traer a la Península fuerzas de choque a combatir a los patriotas, dichas fuerzas se sumen con todos sus cuadros al movimiento.

6. — Que la 1ª y 2ª Divisiones, si no se suman al movimiento, por lo menos adopten una actitud de neutralidad benévola y, desde luego, se opongan terminantemente a hacer frente a los que luchan por la causa de la Patria.

7. — La colaboración de la Marina de Guerra, la cual debe oponerse a que sean desembarcadas en España fuerzas que vengan dispuestas a oponerse al movimiento.

8. — La colaboración de las masas ciudadanas del Orden, así como sus milicias especialmente las de Falange y Requetés.

«Las líneas generales de invasión de las Divisiones 3, 5, 6, 7, son:

«de la 3: la carretera de Valencia a Madrid por Tarancón.

de la 5: Zaragoza, Calatayud, Arcos, Guadalajara.

de la 6: Burgos, Aranda de Duero, Puerto de Somosierra, Logroño, Soria, El Burgos de Osma, Riaza, Puerto de Somosierra, Pamplona, Tudela, etc. (Las fuerzas procedentes de Logroño y Pamplona si se estiman....)

y de la 7: Valladolid, Segovia, luego sobre Villalba por Navacerrada o Somosierra.» (1).

Desde el momento en que Mola se convirtió en el caudillo de la sublevación facciosa, instaló su gabinete de trabajo en Pamplona en donde trabajaba, entregado a este golpe militar, doce horas

(1) «Solidaridad Obrera», 18 de julio 1937.

diarias, no solamente resolviendo el plan de ocupación de la Península, sino atendiendo consultas, recibiendo visitas, articulando guarniciones y hasta redactando los primeros bandos que debían ser fijados en las poblaciones para aterrar al vecindario, una vez declarado el estado de guerra.

La articulación de guarniciones el general Mola la realizaba a través de la Unión Militar Española (UME), organismo que agrupaba a todos los militares en activo de carácter monárquico o ultrarrevolucionario. En esta organización ingresaron todos los militares que las disposiciones de Manuel Azaña alejaron de los empleos que ejercían a causa de su historial monárquico, pero en la ley hecha por Azaña se preveía ese retiro con el sueldo completo, así los retirados se convirtieron inmediatamente en agentes conspiradores con el propio dinero de la República.

La responsabilidad directiva de la UME recayó en el comandante de Estado Mayor Bartolomé Barba y en el teniente coronel del mismo cuerpo Valentín Galarza. Como primer trabajo y guiados por las orientaciones generales con vistas al golpe militar, ese directorio se dio como misión enlazar con todas las guarniciones en donde encontraban gente apta. Para el general Mola el trabajo preparativo de la UME fue decisivo en su célebre plan.

Por lo que respecta a la región catalana — objeto principal y único de esta monografía — el enlace que primero tuvo la UME, así como luego Mola para la preparación y organización de los militares, fue el capitán de artillería López Varela, enlace en Cataluña de los dos centros instigadores de la rebelión militar: Madrid y Pamplona. Desde ambos lugares recibió instrucciones concretas para montar una junta facciosa en Cataluña.

Preparando la rebelión facciosa, o López Varela en acción

Como resultante a los trabajos y contactos realizados por este capitán, se constituyó una junta facciosa en Barcelona con representación de todas las armas de ejército de tierra y aviación (2). Esta junta nombró a su vez un comité ejecutivo a quien se le confirió la organización militar y civil del golpe de Estado, quedando como presidente de la misma el teniente coronel retirado (por la ley de Azaña), Francisco Isarre (3).

(2) Los participantes y armas que compusieron esta junta eran: Comandante de E. M. Francisco Mut Ramos, representando a Capitanía General o División, López Varela, y el capitán Varela al regimiento de artillería de Montaña número 1, Miguel montesinos y Fernando Dasi por el regimiento de artillería Ligera número 7, los capitanes García Valenzuela y Aguilera Pardo al regimiento de Caballería de Montesa, los capitanes Ortega y Costa al regimiento de caballería de Santiago, el regimiento de infantería de Badajoz por los capitanes Oller Gil y López Belda, el regimiento de infantería de Alcántara por los capitanes José Maeztú y Pulido Leal, el Parque Central de Artillería por el capitán Puig de Iriarte, Campo de aviación del Prat, por el comandante Bitana, la Aeronáutica el teniente de navío Emilio Lecuana, la Guardia Civil el comandante Recas y el capitán León González, los carabineros el comandante Alvarez Holguin, los cuerpos de Seguridad y de Asalto los tenientes García González y Riera Pons, el Cuerpo Jurídico el capitán Martínez Lage y el comandante Bibiano Lóuez y la Sanidad Médica el teniente coronel Aznar.

(3) Actuó como presidente de este Comité Ejecutivo o Junta Suprema, el teniente coronel retirado Francisco

El alma y eje de estas dos instituciones facciosas fueron Isarre y López Varela. El primero se ocupó principalmente de la administración de los fondos económicos y del contacto directo con el directorio de Mola y la UME, es decir, con Valentin Galarza. Sobre López Varela recayó el trabajo de «captar adeptos» y mantener los contactos con los delegados de las guarniciones así como con los representantes de los cuerpos armados de Asalto, Guardia Civil y Cuerpo de Carabineros, así como con las organizaciones civiles comprometidas en el complot: Falange Española, Comunión Tradicionalista, Renovación Española y demás grupos reaccionarios.

Esta junta logró extender sus ramificaciones a las provincias catalanas y pueblos cercanos a Barcelona (4).

Isarre, como administrador-cajero el teniente coronel de Intendencia, también retirado por la ley de Azaña, Pujol Rodríguez y actuaron como asesores o vocales Francisco Mut, Recas Marcos, Oller y García Valenzuela. Desempeñaron la secretaría general los capitanes López Varela y Martínez Lage.

(4) Los puntos en que la Junta logró situar enlace de control de tropa fueron: en Lérida, bajo el control del coronel de infantería Rafael Sanz Gracia, en Gerona con el teniente coronel Antonio Cubillos, en Tarragona a cargo del coronel de infantería Julio Castro y en los pueblos de Manresa y Mataró con Emeterio López, coronel de infantería y con el capitán de artillería Lubierla, para los pueblos de Valles y Figueras quedaba como representante de la Junta el capitán Montes de artillería.

Compromisos con los cuerpos armados

Aprovechando la coyuntura política, en el 1935, ingresó en el Cuerpo de Guardias de Asalto, el capitán de artillería García González, ocupando en ese cargo el destino de jefe de Detall. Desde ese lugar comenzó los tanteos entre los oficiales con el fin de atraer a la «causa nacional» el máximo de ellos. La resultante de esos tanteos fue la adhesión de los capitanes Ramírez de Cartagena y Nicasio Riera. Entre esos tres oficiales constituyeron el embrión faccioso dentro del Cuerpo de Asalto.

Para comprometer a los recién adheridos, la Junta Facciosa determinó celebrar en el mes de enero de 1936 (antes de las elecciones de febrero) una reunión en la que los tres capitanes se comprometieron, bajo palabra de honor, a hacer observar a los guardias de Asalto los tres principios siguientes: a) que no harían armas contra el ejército caso de que éste se sublevara. b) que en el caso de que ello sucediera se comprometían a garantizar el orden público a toda costa, lo que equivalía a una colaboración con los sublevados. c) que se pondrían a disposición del general designado para dirigir el movimiento faccioso una vez declarado.

Para concretar los fines de colaboración del Cuerpo de la Guardia Civil, la Junta Facciosa convocó una reunión plenaria de la misma el 27 de junio. Para la celebración de esa importante reunión a la que habían de asistir unos ochenta jefes y oficiales de distintas armas, se contó con la ayuda del barón de Viver, quien puso a disposición de los conspiradores una de sus fincas situada en Argenton. El mencionado barón se encargó de organizar una fiesta como camuflaje, y bajo el

disfraz de esa fiesta se celebró la reunión cuyo principal objeto era estudiar la forma de neutralizar al general Aranguren, jefe de los Tercios de la Guardia Civil en Cataluña. Para la Junta el problema de la Guardia Civil ofrecía mayores ventajas que el Cuerpo de Asalto, pese a que dependiese, por las disposiciones legales, de la Consejería de Gobernación de la Generalidad. Las ventajas eran la disposición de los mandos de este Cuerpo, adeptos todos ellos al alzamiento, y las desventajas eran la posición jurídica de Aranguren. Se convino en que la Guardia Civil actuaría en función de los compromisos contraídos ya por los de Asalto, es decir, los aspectos a) y b); en cuanto al aspecto c) la Guardia Civil no acudiría a ninguna concentración de fuerzas que ordenase el mando.

Progresos del capitán González entre los de Asalto

De enero a junio de 1936, González había llegado a convencer para el compromiso faccioso a 61 de los oficiales del Cuerpo de Asalto, lo que daba la proporción de un 90 % de la oficialidad de ese Cuerpo, quedando, además, sobreentendido que el jefe de la Guardia de Asalto en Barcelona, comandante Marzo, sin que hubiese firmado directamente el compromiso, quedaba ligado al mismo por su palabra de honor.

El panorama que se les ofrecía a los presuntos rebeldes no podía ser más optimista: el ejército en la calle bajo su exclusivo control y el orden público a su lado, colaborando con los sublevados.

Por lo que respecta a Cataluña ese panorama comenzó a tener sus nubarrones a partir del 16 de febrero, fecha en que las izquierdas suben al Poder

y por la ley de amnistía salen de los presidios los condenados por los hechos de la revolución de octubre de 1934. Cataluña vuelve a gozar de sus prerrogativas de gobierno autónomo por el Estatuto, que entra de nuevo en funciones y con ello, Companys, que acababa de ser liberado, ocupa de nuevo la Presidencia de la Generalidad, así como son ocupados los diversos cargos civiles de la administración pública y cuerpos Armados.

Los nuevos gobernantes no tardaron en percatarse de la conspiración, sobre todo en lo que afectaba al Cuerpo de la Guardia de Asalto, único apoyo de fuerza con que la Generalidad podía contar. El Cuerpo de G. de A. estaba compuesto de gente joven, bien armada y especializada en su función por la actuación que desde su formación había tenido, persiguiendo a la clase obrera. Era, en realidad una fuerza de élite compuesta de unos 3.600 guardias. La Generalidad se entregó a la depuración de ese Cuerpo, tramitando traslados con el fin de colocar al mando de la tropa oficiales leales al Estatuto o a la República. Entre el mes de mayo y primeros de julio los trabajos de la Consejería de Gobernación se tradujeron por un balance optimista: de los 61 oficiales comprometidos en el alzamiento quedaban en julio sólo 12, y el comandante Marzo reemplazado por el comandante Garnier, persona fiel a la República a machamartillo.

Toda esta labor se había realizado calladamente, sin aspavientos, llegando primero los cambios sin sorpresa, pero al producirse en racha, los conspiradores se pusieron en vilo comunicando con urgencia a Mola los sorprendentes cambios que se estaban operando entre los guardias de Asalto. Cuando llegó ese comunicado a Mola, las fechas estaban ya muy avanzadas, y pese a los puestos claves que los sublevados poseían en los ministerios y Estados Mayores no pudieron evitar el último golpe asentado con el traslado a Zaragoza del comandante Marzo.

Pese a todos estos contratiempos, los sublevados no desesperaron y continuaron su labor subterránea siempre con la inestimable ayuda de González y el capitán Valdés, que era el nuevo delegado cerca de la junta de ese cuerpo. La lucha que se inició era sorda. A una maniobra de la Generalidad respondían los sublevados, según su influencia boicoteándola o demorando la cumplimentación de la orden. Garnier impuso correctivos con el objeto de llamar la atención de los oficiales cuando se daba el caso concreto de sabotaje directo. Así, aunque en menor escala, el enfrentamiento era el mismo que el que se sufría en los cuarteles de tropa en donde convivían oficiales facciosos que públicamente se confesaban enemigos de la República y oficiales republicanos, llegando en ocasiones a las manos, y a las disputas en los cuartos de banderas. El clima era de guerra.

El plan de ocupación de Barcelona

Este plan, como el resto de planes formulados por el Estado Mayor faccioso recogió la opinión de los propios conspiradores locales y sobre ella el Estado Mayor formuló el plan definitivo. Por lo que respecta a Barcelona, era un plan militar correcto. Desde la periferia, donde estaban enclavados los cuarteles, las tropas debían circunvalar la capital, adentrándose en ella y estableciendo contacto con los centros principales de la ciudad, yéndose de inmediato a la ocupación de la Generalidad, Gobernación, Correos y Telégrafos, así como de la emisora de radio. La táctica en los cuarteles para preparar a la tropa debía ser única y uniforme en todos los lugares: «Informar a la tropa de que alguien estaba preparando un movimiento con-

tra la República y que el ejército, garantía del orden, debía salir a la calle para defenderla. Los gritos de rigor serán por lo tanto: «¡Viva España!», «¡Viva la República!» Como medida de seguridad, para tener bien controlada a la tropa, un día antes del alzamiento entrarían en el cuartel los paisanos de Falange, de los Requetés, etc., quienes provistos de uniforme militar se diseminarian entre la tropa para ejercer su presión de control y obligarla a intervenir tan pronto como ésta se diera cuenta del engaño. A los mandos no adeptos o republicanos se los encarcelaría de momento, ocupando sus puestos los oficiales más antiguos o más fervientes, defensores del fascismo. En cuanto a la táctica a seguir, ya en la calle, era la de imponer el terror rápidamente, con el fin de desmoralizar a los posibles enemigos, es decir, a los trabajadores. (5)

Sobre el valor táctico de las armas, ateniéndose al éxito obtenido por el ejército en la revuelta del 6 de octubre 1934 se concedía un valor esencial y «profético» a la artillería, aunque existían entre los jefes de sublevación, en Barcelona, criterios opuestos. En plena junta facciosa unos días antes del alzamiento, discutiendo sobre el papel de la artillería, se entabló el siguiente diálogo:

— «En cuanto oigan tronar los cañones, toda esa plebe saldrá corriendo más que aprisa.»

Otros más prudentes, objetaron:

«¿Y si no corren? ¿Y si se parapetan y resisten? Hemos de prever también esa posibilidad.»

— Correrán, no os quepa duda — repuso el jefe de la sublevación.» (6)



(5) Veánse instrucciones secretas «plan Mola».

(6) Francisco Lacruz: «El Alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona» pag. 59.

Los facciosos contaban con todas las fuerzas existentes en Barcelona, salvo la compañía de intendencia al mando de un republicano, comandante Neira, y el campo de aviación del Prat de Llobregat, al mando de otro ferviente catalanista, teniente coronel Díaz Sandino.

Las fuerzas facciosas o bajo su control eran: dos regimientos de caballería, dos de infantería, dos de artillería (ligera y de montaña), las fuerzas de ingenieros y zapadores, así como el cuerpo de sanidad médica y el parque central de artillería, con sus anexos de Atarazanas y la base naval de la aeronáutica.

Sus posibles enemigos y bajo el control de la Generalidad, en algunos casos hipotéticos: Los Mozos de Escuadra, formación de unos 200 números especializados en la guardia de los edificios de la Generalidad, Gobierno y Ayuntamiento; la policía secreta, cuya plantilla era de unos 1.000 agentes, la Guardia de Asalto, cuya situación ya hemos visto cual era y que no resolvió su incógnita hasta el momento preciso del enfrentamiento. (7)

Los cuerpos neutros, como se verá en el transcurso de la lucha: el cuerpo de Carabineros, que no intervino, salvo el retén del puerto, quien se puso inmediatamente al lado del pueblo; la Guardia Civil, que no hizo armas, salvo en la toma de la plaza de Cataluña y en las condiciones en que se verá. Esta fuerza, por la incógnita que encerraba, fue de gran auxilio a los sublevados, pues las fuer-

(7) La plantilla real de la Guardia de Asalto no hemos tenido forma de establecerla. Se ha dado la cifra de 3.600, pero en realidad ese efectivo correspondía a la plantilla regional, es decir, a los guardias repartidos en toda Cataluña, en estas condiciones el número positivo de guardias de asalto en Barcelona es posible que no llegara a dos mil y en ningún caso sobrepasa esta cifra.

zas obreras y la propia Consejería de Gobernación hubieron de dedicar muchas energías y vigilancias para evitar que parte de ella se pasara al enemigo, como el caso de la fuerza enviada para enfrentarse con el regimiento de caballería de Santiago, al mando del comandante Recas, que se pasó íntegra a los facciosos. (8)

Ante estas dos fuerzas frente a frente no era difícil prever los resultados de la lucha.

Si la Generalidad quería vencer en la contienda precisaba un aliado serio y ese aliado tenía que buscarlo fuera de lo que eran fuerzas del «orden», por lo que era fácil comprender que el único aliado en el que podía apoyarse la Generalidad no era otro que el pueblo, los trabajadores. Pero el pueblo catalán es un pueblo obrero y el control de la clase trabajadora lo ejercían los anarcosindicalistas a través de la potente Confederación Regional del Trabajo, adherida a la Confederación Nacional del Trabajo, que contaban a la sazón con más de 400.000 adherentes, sólo en Cataluña. Por deducción misma de la lucha la CNT tenía en sus manos el futuro histórico de Cataluña y salvaba la situación del Gobierno representativo, que hasta hacia 24 horas se había estado ejercitando represivamente sobre el anarcosindicalismo.

Esta situación se trocaba para los hombres representativos del Poder en una tragedia y disyuntiva: Si no se contaba con la CNT la partida estaba perdida. La gran paradoja que se da en esta coyuntura histórica es que la Generalidad, aun sabiéndolo de antemano, optó por el peor de los caminos: el de

(8) Las diversas comandancias de este cuerpo controlaban 1.200 guardias.

no armar a los hombres de la CNT. Lo que ocurrió luego, cómo se venció al fascismo, es lo que el lector verá en el transcurso de nuestro relato.

..

Queda, para terminar estos antecedentes, el punto dudoso de las cifras, nos referimos al volumen exacto de la tropa facciosa, o bajo control de éstos, que intervino en los hechos del 19 de julio.

A tenor de los antecedentes de buena fuente la conspiración quedó extendida a todas las armas y los soldados sólo se incorporaron al movimiento revolucionario a medida que las formaciones militares eran aniquiladas o muertos los jefes de ellas, lo que equivale a decir, que los «alzados» tuvieron siempre el dominio de la tropa en sus manos.

Según las informaciones de los propios sublevados, en la preparación, organización y efectividad del alzamiento intervinieron unos 600 jefes y oficiales. En la lista de los fusilados tras la derrota se dan las cifras de: 8 generales en activo o retirados, 7 coronales, 10 tenientes coroneles, 31 comandantes, 56 capitanes, 71 tenientes y 16 alféreces, todos ellos pertenecientes a diversas armas.

Con respecto a las cifras de soldados que intervinieron, Diego Abad de Santillán, en el libro que dedica a la guerra de España valora la guarnición de Barcelona en 35.000 soldados. Manuel Benavides, en otra obra dedicada a la guerra dice que «intervinieron 8.000 soldados y las fuentes fascistas declaran: «La guarnición de Barcelona, a causa de los permisos de verano quedó reducida a dos tercios», sin dar cifra alguna. Si tomamos como base la cifra de Santillán (que nos parece exagerada) intervinieron unos 20.000 soldados y 8.000 si consideramos las de Benavides. En la imposibilidad de aportar datos concretos dejamos consignado lo expuesto como datos hipotéticos.

Por lo que respecta a la participación paisana — muy aleatoria — las fuentes facciosas la explican así: «La sublevación contaba con el apoyo de unos 1.500 paisanos, pero sólo acudieron a la hora de la cita de 800 a 1.000.» (9)

(9) Lacruz: *idem.* pág. 97.

II

LA REPUBLICA FRENTE AL FASCISMO

«¡Viva Falange!»

Las ondas de Radio Valencia retransmitieron al país el día 13 de julio ese grito subversivo. Cuantos lo oyeron comprendieron perfectamente que la gran tragedia comenzaba. El audaz golpe de mano de ese grupo de jóvenes falangistas a los estudios radiofónicos de Valencia ponía en marcha precipitada la rebelión facciosa.

Desde hacía varios meses la capital de España era teatro de pequeños combates de calle en donde intervenían los grupos de choque de Falange atentando a alguno que otro destacado militante de izquierdas, a un simple obrero, o a un vendedor de prensa socialista, comunista o libertaria. La réplica de los hombres de izquierda era contundente e inmediata. En estas condiciones el clima de guerra era permanente, registrándose cada día algún incidente o, incluso, disparos desde ocultas celosías de las casas señoriales o burguesas, que dejaban también la visión de la muerte.

Pero la noche del 13 de julio fue diferente. Los grupos de choque falangistas llevaron su provocación hasta la última consecuencia atentando contra el teniente de Asalto, Castillo, hombre muy popular no sólo entre los guardias sino también en los medios izquierdistas por su fervorosa adhesión a las instituciones populares del gobierno republicano.

Ese atentado tuvo una réplica inmediata en la

persona del líder derechista, Calvo Sotelo. En la madrugada del 14 un grupo de guardias de Asalto se personó en el domicilio del que consideraban instigador de la revuelta facciosa y lo condujeron prisionero. Su cadáver se encontró horas más tarde en el Cementerio del Este.

Entre las dos Españas, la noria de la muerte comenzaba ya a devorar vidas humanas.

Dos días más tarde, el 16 de julio, tuvieron lugar los funerales de ambas víctimas. Las izquierdas aprovecharon aquella ocasión para demostrar públicamente su repudio al falangismo haciendo del funeral una manifestación obrera. Las derechas llevaron más lejos su provocación en el entierro de Calvo Sotelo. Oficiales en uniforme desfilaron también en manifestación y sobre la tumba de la víctima proclamaron, a la vista de la Guardia Civil a caballo que escoltaba aquella manifestación netamente facciosa, el «Te vengaremos», entonando acto seguido el himno de Falange, y el de Requetés. El retorno a la capital de las dos manifestaciones se marcó con encuentros sangrientos y disturbios callejeros entre grupos de Falange y grupos de socialistas y libertarios.

Era la tarde del 16 de julio. El servicio de cifra había captado mensajes llegados de Canarias y Marruecos por los que se podía apreciar que el levantamiento faccioso encabezado por el general Franco ya había tenido lugar en esas zonas. Estos mensajes, los choques sangrientos y el clima que se respiraba en la capital hizo que el presidente de las Cortes suspendiera las sesiones del Parlamento aquel día. El Gobierno lanzó órdenes represivas, ordenando la clausura de los centros sindicales de la CNT — que no admitía provocación — y de Renovación Española, así como la suspensión de las publicaciones de derechas «Ya» y «Epoca», fomentadoras del clima de guerra.

El dilema: fascismo o armamento del pueblo

En Madrid la noche del 16 al 17 de julio, fue una noche pasada en blanco. La ciudad quedó a merced de los dos grupos en lucha: los fascistas y trabajadores. El Gobierno, que era quien por la ley podía organizar su propia defensa, se sintió, como en otros momentos de la historia de España, vaciado de contenido jurídico y de autoridad. De hecho, la autoridad gubernamental había fenecido cuando los teletipos del Ministerio de la Guerra y el de Gobernación, habían recogido el grito de «¡Guerra a la República!» lanzado desde Marruecos.

Los hombres que representaban al Poder y a quienes las masas populares habían confiado la defensa de las instituciones democráticas que por segunda vez se habían refrendado en febrero, demostraban en la prueba que no eran otra cosa que entes sin fibra popular, y frío mecanismo de un sistema jurídico que sólo sabía ponerse en marcha cuando de frenar el impulso popular se trataba. Ahora que llegaba el gran momento de la acción, de la iniciativa y de la defensa de un Estado republicano que el pueblo había impuesto a la reacción en dos maravillosas ocasiones, esos hombres seguían considerando la marcha del país con la misma mentalidad con que en las Cortes se replicaba a los ataques de la derecha: la frase, chistosa o venenosa. De ahí la que se le adjudica a Casares Quiroga — cierta o incierta —: «Si ellos se levantan yo me voy a dormir.» Pero a la hora tan sumamente trágica que al chiste callejero o parlamentario había de suceder la acción eficaz y contundente si se quería salvar no ya la institución republicana sino la vida personal de todos cuantos eran declarados enemigos del fascismo. Era la hora de las grandes

decisiones. ¿Tendrían los hombres del gobierno republicano el poder mágico de elevarse en un instante de su categoría de enanos a la de gigantes?

En el reloj de la puerta del Sol iban desfilando las horas...

Los funcionarios del Estado aquella noche habían dormido bien. Y como si nada hubiese ocurrido, como si nada ocurriera en el país y como si el incidente del día anterior ya estuviese archivado, el Parlamento iba a abrir sus puertas a los representantes del país... Para los hombres del gobierno la vida pareció continuar plácidamente... En aquella histórica sesión, la última que iba a celebrar la República en completo, Gil Robles, desde su escaño apuntó amenazador con su índice al banco del Gobierno: «El asesino de Calvo Sotelo es el Frente Popular.» Los diputados de izquierda solidarizados respondieron a aquella acusación con otra: «Teniente Castillo». A través de treinta años será el mismo leit-motif:

— ¡García Lorca!

— ¡José Antonio!

García Lorca fue asesinado un día de agosto de 1936.

José Antonio fue condenado en consejo de guerra y fusilado el 20 de noviembre de 1936.

El teniente Castillo fue asesinado el 13 de julio.

Calvo Sotelo fue sentenciado el 14 de julio.

El 14 de julio era el aniversario de la toma de la Bastilla.

La C. N. T. y la F. A. I. entran en acción

Si el Gobierno republicano, desasistido, traicionado, se siente ya derrotado antes de que los mercenarios de Franco crucen el Estrecho de Gibraltar

y las huestes de Mola pongan en práctica su plan de ocupación de la península, la CNT y la FAI, acostumbradas durante toda su vida de actuación pública a forzar las circunstancias y a entregarse con más ardor cuando la pelea se presenta más dura, más difícil, ahora el momento crucial de España, que es sumamente difícil, que se trata no sólo de combatir al fascismo sino incluso de batirse contra el estado jurídico que representa la nación por las trabas que pone al lógico desarrollo de una réplica contundente al intento fascista, la CNT y la FAI van a forzar las circunstancias, como las forzara el 20 de julio en la toma del cuartel de la Montaña, después de que una comisión obrera, compuesta por Celedonio Pérez, Inestal, Tortosa y Moreno, reclamara en vano al Ministerio de la Gobernación armara a la clase obrera y encontrara como respuesta de los poderes públicos: «No tenemos armas. No mandamos más que en la puerta del Sol.» Ahora, tres días antes de esa magnífica gesta obrera en que bajo la dirección del dedo de Don Quijote, apuntando desde su monumento de la plaza de España hacia el cuartel de la Montaña, el Madrid obrero derrotó al fascismo dirigido por el general Fanjul, la CNT se prepara a la batalla defensiva.

Sobre las espaldas de los hombres que representaban a la CNT en su organismo nacional recayeron en aquellos instantes las decisiones de forzar la historia, y decidir el futuro del país. La constante en todo el territorio era la misma. La CNT iba en vanguardia.

En la misma tarde del 16 de julio, cuando la fuerza pública clausura los centros de la C. N. T. en Madrid, el Comité Nacional reunido y falto de su secretario general, David Antona, que se encuentra detenido, decide, anexionar un grupo de militantes a ese organismo y despachar de inmediato a varios de ellos en misión explorativa para confirmar el rumor de la sublevación de Marruecos. Al día si-

guiente, por la mañana, ya no había duda. La noticia era terriblemente cierta. Desde ese instante cesó el teléfono. Se llamó a conferencia a las Regionales (Comités Regionales) para informarles de la situación. Se pudo contactar con Cataluña y Levante, con muchas dificultades con Asturias y el Norte. Contestaron a la llamada Andalucía y Aragón, pero de las Islas Canarias llegó el silencio, así como de Galicia. El fascismo reinaba ya en «las desafortunadas». En esa labor informativa el C. N. desde el 16 a la madrugada del 19 sostuvo ochenta conferencias telefónicas y otras tantas que no se pudieron atender reclamadas de diversos lugares por los pésimos servicios de correos en donde agentes fascistas comenzaban a sabotear las comunicaciones, alegando «razones de censura».

En la tarde de ese día 17 los organismos nacionales del Movimiento Libertario: el Comité Nacional de la C. N. T., el Comité Peninsular de la F. A. I. y el Comité Peninsular de la F. I. J. L., se reunían en pleno. La resolución era concreta: movilizar a la clase obrera del país y oponerse valientemente al fascismo. Forzar a las demás fuerzas políticas y obreras a adoptar idéntica actitud. Cada miembro se constituyó en delegado en función para entablar contactos con los hombres representativos de los partidos políticos u organización obrera. Más tarde uno de los componentes de aquel Comité Nacional escribirá: «En los alarmantes cambios de impresiones que, por teléfono o personalmente, hubo de tener el C. N. con representantes de organismos de significación popular, unos oficiales y otros oficiosos, según su matiz político, era de lamentar sus titubeos, por carecer de órdenes concretas de los hombres políticos con mando en las plazas respectivas». Y prosigue: «convencido el C. N. de que los militantes confederales y anarquistas de toda España estaban dispuestos a emprender la lucha, solos o acompañados, y que durar más en esas condiciones era trabajar en favor de los sublevados, optó

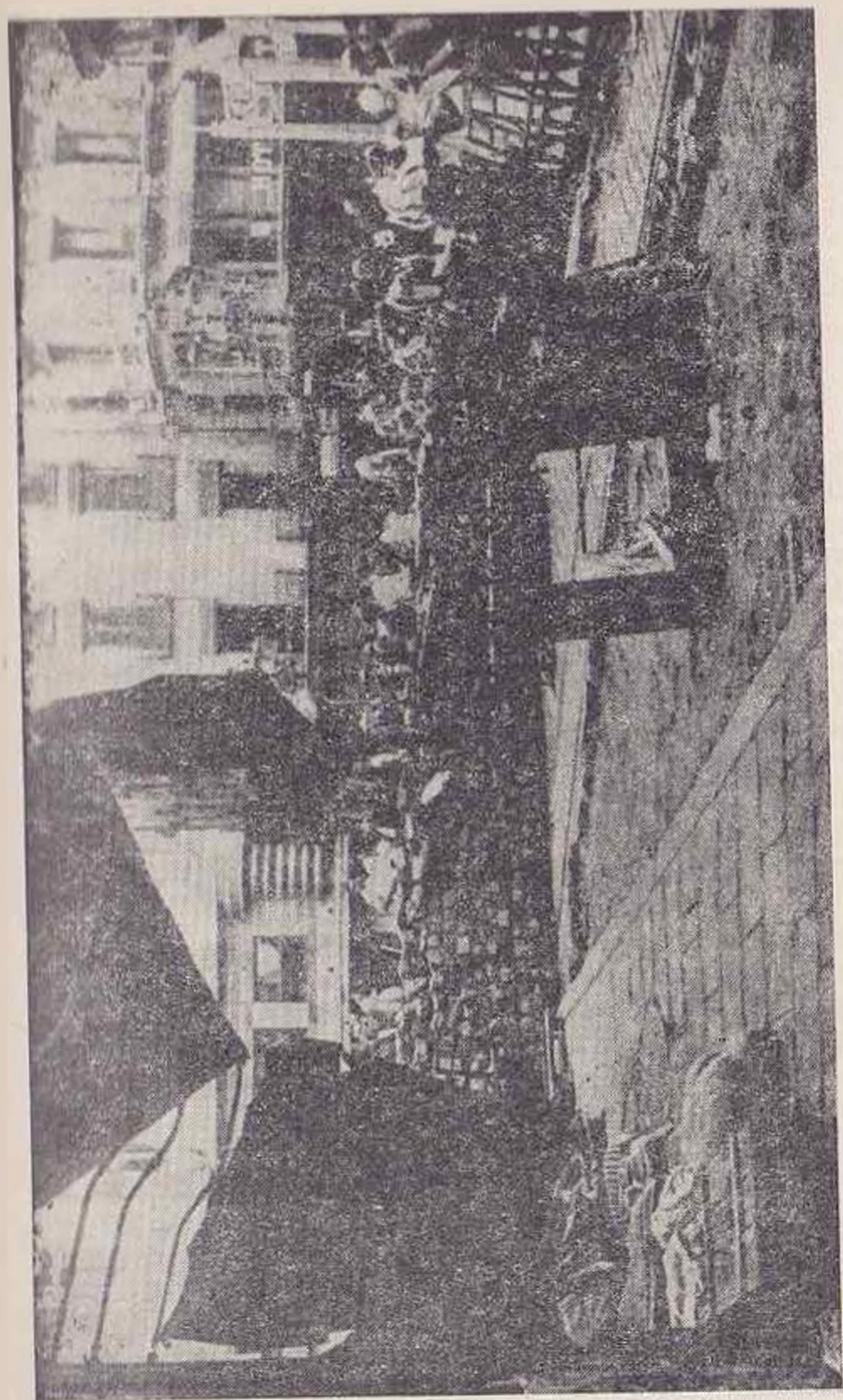
por redactar a las tres de la tarde del día 18 un comunicado informando a la clase obrera española del alzamiento fascista e instándola para que saliese a la calle a cerrar la marcha de los sublevados.» «A las siete de la tarde de ese mismo día, una delegación del Comité Nacional se personó en los estudios radiofónicos de la Emisora nacional solicitando permiso para dar lectura a un comunicado de la C. N. T. En seis minutos dimos lectura a nuestro llamamiento ante la perplejidad del responsable de la emisora que era desconocedor de nuestro texto. En resumen, lo que dijimos fue lo siguiente: «... que el anarcosindicalismo se lanzara sin demora al combate para destruir al fascismo allí donde se manifestara y en donde no diera señales de vida se vigilaran sus movimientos para abatirlo tan pronto intentara poner en práctica su fatídico plan...» (10).

Desde las siete de la tarde hasta las 10 de la noche la U. G. T. pasó tres horas reflexionando y al fin proclamaba mediante las mismas vías que la C. N. T. un llamamiento parecido. El Gobierno necesitó más tiempo. Sonadas ya las 12 de la noche hizo una declaración pública anunciando la sublevación...

Y mientras tanto ¿qué ha ocurrido en Barcelona durante esa semana que va del día 12 de julio a la madrugada del 19?

(10) F. Crespo. Art. aparecido en «Espoir» julio 1962.





III

ENTRE EL FASCISMO Y LA REVOLUCION

«¡Alerta, compañeros!»

Del día 12 al 18 de julio fue una semana de angustia para la Barcelona proletaria. El resumen de ella puede presentarse en esta concreta pregunta: ¿se tiran o no se tiran a la calle? El día 12 los sindicatos obreros sufrieron el primer impacto. Desde ese día ya no hubo sosiego. Los militantes confederales, grupos de la F. A. I. y los jóvenes libertarios tenían clara conciencia de que la conspiración se desarrollaba abiertamente en los cuarteles, en las sacristías, en los centros de derechas y en los salones de la burguesía. Y que todo ello, tenía que desembocar necesariamente en un enfrentamiento entre los trabajadores y los conspiradores.

En los centros oficiales dependientes del gobierno autónomo de Cataluña también se tenía una clara visión de lo que se estaba preparando. Así, ni el gobierno ni los trabajadores podían sentirse sorprendidos. Sólo faltaba unificar los propósitos y marcar sinceramente una línea de respuesta al fascismo. Los trabajadores contaban con su firme voluntad de barrer la ruta a los presuntos sublevados, pero el gobierno disponía de los resortes bélicos que podían hacer eficaz el combate; si no, sería un combate de manos desnudas y pechos descubiertos contra los cañones y fusilería facciosa.

Como en Madrid, los hombres del Gobierno de la Generalidad se encontraban ante el mismo dilema:

dejar franco el camino a la sublevación o apoyarse en la clase trabajadora. Pero en Cataluña el dilema era más contundente: armar a los trabajadores era la revolución social. No armarlos, era el triunfo del fascismo y la derrota de los sueños de libertad de Cataluña.

También en Cataluña como en Madrid los hombres de gobierno tenían que salir de los límites cerrados de una política burguesa para afrontar la solución que se presentaba con fibra popular y revolucionaria, confiando en el impulso de las masas y su capacidad constructiva. También en Cataluña como en Madrid iba a ser la C. N. T. y la F. A. I. quienes iban a forzar las circunstancias y decidir el futuro no sólo de Cataluña sino de España entera.

El Gobierno de la Generalidad tenía como Presidente a un demócrata, Luis Companys, a él competía el mantener las libertades públicas de Cataluña, la decisión del enfoque futuro de su pueblo, el comprender que si no confiaba en el pueblo las libertades catalanas iban a perecer como ya le ocurriera el 6 de octubre al intentar hacer una revolución contra el gobierno central reaccionario de la época y a la propia vez una persecución contra la C. N. T., organización que controlaba el 80 % de la clase obrera catalana. Así, si para los hombres de Madrid era un salto gigante en sus concepciones y métodos de lucha, la decisión que precisaban tomar para captar la realidad social del momento, para los de Barcelona era peor: el triunfo del fascismo en Cataluña era la muerte de la República en España, y la muerte de todas las aspiraciones por las cuales el pueblo catalán había venido batiéndose a lo largo de su formación histórica como pueblo, cultura, tradición y lengua.

Companys era consciente de la carta que se jugaba en aquellas horas, la cual sería decisiva para su pueblo. Político formado en la base militante, conocedor de la tradición revolucionaria del pueblo catalán, conocedor igualmente de casi todos los diri-

gentes obreros por haberlos tratado en la cárcel o haberlos defendido en el ejercicio de la abogacía, sabía perfectamente que sin la C. N. T. no podía vencer al fascismo, y que con la C. N. T., Cataluña iba hacia la revolución social. Este mismo dilema se le había presentado ya al capitán general de la Región Militar de Cataluña, Llano de la Encomienda, que, instado por los conspiradores para que se uniera al proyectado movimiento, les había replicado: «Antes que el fascismo triunfe, la revolución social». Pero, ¿cómo iba a resolverlo Companys? Por el diálogo con la C. N. T. para tratar de hacerla su aliada.

Companys, la C. N. T. y la F. A. I.

Un escritor fascista hablando sobre la C. N. T., la ha descrito con las frases siguientes que explican perfectamente lo que era esta organización en aquellos momentos: «De todos los organismos sociales y políticos que actuaban en el territorio catalán, la C. N. T. era el más fuerte. Más del 60 % de la masa obrera le era adepta, con una adhesión constante a prueba de adversidades y de crisis. En ciertos ramos de la industria o de la economía, tales como el fabril y textil, obreros portuarios u obreros de la construcción, los adheridos a la C. N. T. constituían el 80 % o más de la totalidad... En la C. N. T. y la F. A. I. formaban los hombres más resueltos y combativos del movimiento revolucionario. Eso explica que la C. N. T. dispusiera, desde el primer instante, de temibles grupos armados y que no necesitase gran esfuerzo para apoderarse en 24 horas de todos los resortes de la vida catalana» (11).

(11) Lacruz, ob. cit., página 134.

En realidad; la descripción se ajusta más o menos, a lo que era la C. N. T., pero hubiera sido más perfecta si el escritor en cuestión hubiera añadido, que se apoderó en 24 horas, porque, precisamente, fue ése el tiempo que empleó para vencer la revuelta facciosa.

Companys sabia perfectamente todo esto. Igualmente sabia que fuera de la C. N. T. y de la F. A. I. no podría encontrar nada más que formaciones políticas tras las cuales no había masas; o dicho en otros términos: partidos, cuadros. Entre esas había una de reciente creación, el Partido Socialista Unificado de Cataluña, o sección catalana del Partido Comunista Español; figuraba además el Partido Obrero de Unificación Marxista, la Esquerza, partido político oficial del gobierno catalán, y otras formaciones pequeño burguesas. Todos ellos eran aliados cuando la derrota de octubre de 1934; pero en aquel momento Companys ya no podía aventurarse confiándose en ese conglomerado político. Existía también como organización obrera la U. G. T. (Unión General de Trabajadores) pero ésta era minúscula. Quien realmente movilizaba la clase obrera era la C. N. T. (Confederación Nacional del Trabajo).

En la mañana del jueves, día 16, la Generalidad expresó el deseo de abrir negociaciones con los hombres de la C. N. T. Santillán, que es el mejor cronista de esos momentos, describe las cosas así: «Para estudiar esa demanda los comités regionales de la C. N. T. y de la F. A. I. se reunieron en pleno, ampliado a diversos militantes significados de ambas organizaciones. La resolución de esa reunión fue: «que ante la amenaza fascista la C. N. T. y la F. A. I., olvidando todos los agravios y todas las cuentas pendientes, sostenían el criterio de que era indispensable, o por lo menos aconsejable, una colaboración estrecha de todas las fuerzas liberales, progresivas y proletarias que estuvieran dispuestas a enfrentarse con el enemigo». Y fue en ese momen-

to cuando se constituyó por las organizaciones libertarias de Barcelona una Comisión de Enlace con la Generalidad compuesta por cinco militantes de las dos organizaciones: Santillán, García Oliver y Francisco Ascaso, representando a la F. A. I.; Durruti y Asens a la C. N. T., tanto local como regionalmente.» (12).

En esa reunión se planteó también otro problema: el armamento. Si la Generalidad acudía a la C. N. T. no era precisamente para que ésta hiciera una declaración platónica de antifascismo, cosa que venía haciendo ya desde meses; si acudía a la organización era para que ésta participase en la lucha, pero para participar en la lucha era preciso armamento, del que la C. N. T. carecía. Un acuerdo con la Generalidad implicaba necesariamente que esta abasteciese de armas a los trabajadores. Era justamente esa determinación la que la Comisión de Enlace se encargó de presentar a la Generalidad: que esta se comprometiese a armar a los cuadros de defensa de la C. N. T. Para ver en qué condiciones esa comisión obtuvo satisfacción a su demanda y para replicar a las versiones que desde el lado fascista se dieron, y que aún hoy hay historiadores que las recogen, veamos como Santillán explica esos hechos:

«Largas y laboriosas fueron las negociaciones y siempre que presentábamos nuestra demanda se nos replicaba que: careciendo de armas la Generalidad, no se nos podía atender en esa demanda. Nosotros — sigue Santillán — no pedíamos 20.000 fusiles para los hombres que estaban en nuestros sindicatos y en los puntos estratégicos de concentración que habíamos convenido la noche del día 12, sino algunos instrumentos de lucha para lanzarnos al combate. Todo cuanto solicitábamos era armas para 1.000 y

(12) Santillán: «La revolución y la guerra en España» pág. 34.

nos comprometíamos, con ellos, a impedir la salida de la guarnición de Barcelona y forzar su rendición dentro de los cuarteles. Tampoco esto se nos dio, pero con armas o sin ellas nuestra gente estaba dispuesta a batirse.»

Más lejos, el mismo Santillán sigue lamentándose de la incomprensión de aquellos momentos, en la que tuvieron la clara percepción «de que si bien los políticos temían al fascismo, temían aún más al pueblo armado» y explica: «lo lamentable de todo esto es que en vez de dárse nos armas, por el contrario, se trataba de desarmarnos de las que penosamente habíamos sabido guardar de todas las represiones». Así, sucedió que «en las noches pasadas en vela, en el Departamento de Gobernación, eran continuas las llamadas de las diferentes comisarias comunicándonos la detención de camaradas a quienes se pretendía quitar la pistola e incluso procesar por tenencia ilícita de armas. Hubimos de intervenir en muchos casos, y aunque siempre llegábamos a acuerdos amistosos, no por eso es menos doloroso el hecho de que en vísperas del 19 de julio, hayamos tenido que dedicar tantas energías para hacer que fueran respetadas las pocas armas que teníamos para luchar contra el fascismo.» (13).

Lo que resultó en conclusión, de las conversaciones entre la C. N. T. y la Generalidad, o si se quiere, y Companys, fue un pacto de compromiso: la C. N. T. está frente al fascismo y colabora no sólo con la Generalidad sino con cuantos partidos y organizaciones estén dispuestos a afrontar el fascismo. Esta posición es clara, pero lo que no está claro, es cómo la C. N. T. va a formular esa colaboración desde el punto de vista bélico.

El armamento de que dispone una organización revolucionaria — y de revolucionarios obreros — que vive más tiempo en la clandestinidad

(13) Santillán, op. cit., págs. 35 y 36.

que en la legalidad, será siempre un armamento de fortuna: pistolas y bombas de fabricación propia. No podrá contar ni con ametralladoras, ni con fusiles ni otros instrumentos de combate lo suficientemente contundentes como para afrontar a un ejército. Eso es lo clásico. En aquellas circunstancias, la C. N. T. tenía algo más que eso, y fue gracias a que sus militantes supieron, a costa de su vida y libertad, aprovechar la oportunidad de la derrota catalanista del 34, recogiendo en las cloacas o en campo descubierto las armas (rifles) que los derrotados tiraban. Pero todo ese armamento era mínimo en proporción a las necesidades y en volumen de militantes que estaban dispuestos a ofrecer su vida. De ahí la insistencia de la Comisión de Enlace en pedir 1.000 fusiles. Con esa dotación el ejército no hubiera salido a la calle, pero también es posible que el 19 de julio no hubiera tomado el cariz revolucionario que tomó. Esto resta como incógnita, pero queda también como hecho concreto, que la Generalidad, no armó al menos a los hombres de la C. N. T. Unicos, justamente, en quienes Companys podía confiarse para salvar a Cataluña del fascismo.

Los Sindicatos antes de julio, centro de concentración obrera

Ciertamente, ni la C. N. T. ni la F. A. I. tenían que improvisar nada para poner en marcha su estrategia revolucionaria ni sus grupos de combate. Organizaciones que vivían entregadas a la formación revolucionaria y constantemente bajo el peso de la represión gubernamental, tenían sus bases de resistencia en acción permanente, en movilización constante. Tanto la F. A. I. como la C. N. T.

contaban con sus grupos de defensa («esos grupos temidos») que no eran otra cosa que células de combate y de preparación revolucionaria, que sostendrán por sí solos, la mayoría de las veces, toda la lucha contra la represión gubernamental. Bastaba únicamente poner en marcha toda la organización, cohesionada por los Comités de Defensa, convertidos en Comités Revolucionarios de barrio, distrito o zona. Ligado todo ello a través de enlaces, en un mínimo de tiempo Barcelona estaba toda abarcada por el Comité Local Revolucionario y de igual modo la comarca, la provincia y la región.

Tan pronto como el Comité de Defensa Regional y la Comisión de Relaciones de los grupos anarquistas adquirieron informaciones concretas de lo que se tramaba en el Ejército, por mediación de los Comités Antimilitaristas que funcionaban clandestinamente en los cuarteles, estas organizaciones no esperaron la llamada de la Generalidad para pasar a la movilización, no sólo de sus militantes sino de toda la clase obrera.

El primer toque de atención se produjo en la noche del 12 de julio. Durante esa noche, en los sindicatos, ateneos o lugares elegidos, se concentraron los militantes de las tres ramas del Movimiento Libertario. Los militantes armados eran los menos y sobre ellos recaía el trabajo más difícil: montar guardia de vigilancia en los cuarteles del Ejército, así como en los de la Guardia Civil o presuntos lugares de concentración facciosa. Era, justamente mientras se vigilaban esos lugares cuando la Guardia de Asalto o la Policía Secreta, movilizada también por la Generalidad, detenía a algunos militantes, provocándose las situaciones expuestas más arriba por Santillán. El acuerdo tácito era no resistir ni a la Guardia de Asalto ni a la Policía Secreta, sino dejarse detener y discutir pacíficamente después. Una resistencia como los militantes confederales estaban acostumbrados a realizar, hubiera creado una atmósfera perniciosa

que hubiera posibilitado el trabajo de los sublevados. En este aspecto hubo también más comprensión por parte de los obreros que por la de los gobernantes. Si la indignación, se hubiese manifestado, como era lógico, por parte de los militantes obreros ante el acoso sistemático de la Guardia de Asalto, hubiera dado por resultado una situación envenenada que habría minado la mutua confianza. Y ya era mucho pedir a los obreros de la C. N. T. que tuviesen confianza en quienes hasta dos días antes les habían aporreado en las comisarías.

Todas estas dificultades estaban soslayadas por los poderes públicos, sin abandonar al mismo tiempo su función coercitiva. Aunque parezca inexplicable no sólo se les pedía a los trabajadores que defendieran la República a pecho descubierto, sino que aun debían dejarse desarmar sin oponer resistencia. Pero lo cierto es que durante esa semana las fuerzas «anárquicas e indisciplinadas» comenzaron a dar pruebas de mayor sensatez que las «fuerzas de la administración del orden».

La espera se prolongó del 12 al 17, los militantes anarcosindicalistas, siguiendo las instrucciones de los comités regionales y las recibidas del Comité Nacional de la C. N. T. y del Comité Peninsular de la F. A. I., «no descansaban, no dormían, esperando noche tras noche que los fascistas se echaran a la calle... y aguardaban solo el toque de sirena — señal de que la reacción aparecía en la calle — para lanzarse a los lugares de combate y apoderarse de la primer arma que un caído dejara inactiva.» (14).

(14) Mariano R. Vázquez, secretario de la C. N. T. en Cataluña, art. aparecido en «Solidaridad Obrera», 18 de julio de 1937.

17 de julio: Franco declara la guerra

Como todos los días de esta agotadora semana, con el apuntar del alba la gente va abandonar el Sindicato para ir a cumplir la jornada de trabajo. En todos los rostros se nota la misma ansiedad y el mismo pensamiento. El cansancio no deja huella, es la espera la que da un tinte de inquietud a la gente.

Este viernes será el primero del «vía crucis» con que el franquismo inicia su «cruzada» contra la España proletaria, progresiva y liberal.

En el Parlamento, Gil Robles desafía a las izquierdas acusándolas de haber dado muerte al líder de las derechas, Calvo Sotelo; pero el dedo acusador de Gil Robles no señala seguro, es un dedo que tiembla movido por su nefasta gestión gubernamental, ya que tiene en su haber la matanza de los mineros asturianos... No; a Gil Robles no lo escucha nadie... ni los propios conspiradores que lo consideran un hombre «flojo»...

Llegan las noticias a los ministerios, al Gobierno, y esas noticias se ocultan total o parcialmente para no dejar transparentar el pánico que causa el levantamiento de Franco en Marruecos. Con una inconsciencia rayana en la estupidez, el Gobierno impone la censura y... se cruza de brazos. Como consecuencia de su actitud pierde la iniciativa y la conspiración se desarrolla a ritmo natural, tal como el general Mola, desde Pamplona, la ha planeado.

Frente a esa estúpida actitud, el Comité Nacional de la C. N. T., como ya hemos visto, se pone en marcha y da la voz de alerta. El Gobierno no tiene consciencia de lo que es el fascismo, pero los trabajadores, sí. Los trabajadores saben los estragos

que Mussolini ha hecho en Italia, y más recientemente, las barbaridades que el nazismo ha cometido en Alemania, y ahora se intenta aplicar en España una mezcla de ambos, con su ingrediente a la «española».

En Barcelona las cosas se precipitan. A prisa en la tarde se ha compuesto un manifiesto. Ese manifiesto aparecerá mañana en «Solidaridad Obrera», pero mañana quizás sea ya tarde, por lo que se decide imprimirlo rápidamente y repartirlo aquella misma tarde a las salidas de las fábricas. En los centros más concurridos, hacia las puertas de los centros fabriles, en cualquier parte donde hay trabajadores se encaminan grupos de repartidores y se distribuye el manifiesto ante los obreros que nerviosamente leen el texto:

«El peligro fascista ya no es una amenaza sino una sangrienta realidad... Una parte del Ejército levantado en armas contra el pueblo quiere hundirlo en la más atroz tiranía. No son horas de vacilaciones. Nuestros acuerdos deben ser puestos en práctica. En cada localidad los grupos anarquistas y las Juventudes Libertarias obrarán en estrecho contacto con los organismos responsables de la C. N. T. Se evitará entrar en colisión con las fuerzas antifascistas, cualesquiera que sean, porque el imperativo categórico de la hora es el aplastamiento del fascismo militarista, clerical y aristocrático. Que no se pierda el contacto, que ha de ser permanente con la Organización Específica (F. A. I.) regional y nacional. ¡Viva la Revolución! ¡Muera el fascismo!»

Y lo firman: el Comité Peninsular y Regional de Cataluña y Local de Grupos Anarquistas (F. A. I.); la Federación Local y el Comité Regional de las Juventudes Libertarias. (15).

La prensa de la noche quita importancia al levan-

(15) «Solidaridad Obrera» 19 de julio 1936.

tamiento de Marruecos, pero la gente del pueblo está convencida de que la hora está cargada de dramatismo y, que el enfrentamiento ya es un hecho, quizás, cuestión de momentos.

Aquella noche, como las otras, los sindicatos y lugares de aviso están al rojo vivo. Circulan rumores extraños, tales como el de que la Generalidad armará al pueblo en el último instante, e incluso se exigirá a cada obrero su carnet de afiliación sindical o política... Por otro lado, a estos rumores se agregan otros menos optimistas: la Guardia de Asalto y la Policía siguen desarmando a «sospechosos» y haciendo verificaciones de identidad. Al fin, hacia las 12 de la noche, circula otro rumor de fuente orgánica: a las 3 de la mañana se repartirán unos fusiles en un punto equis. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? ¿A quién hacer caso?

El Sindicato del Transporte

En el centro de Barcelona, los tres puntos culminantes son: el Sindicato del Transporte, el de la Metalurgia y el de la Construcción. En cualquiera de estos Sindicatos puede encontrarse a miembros responsables de los Comités o a un miembro de los cinco que siguen actuando en la Comisión de Enlace de la Generalidad. Aquí también la inquietud gana a la gente.

Un marino, Juan Yagüe, reúne a un grupo de militantes y les expone un plan para apoderarse de una cierta cantidad de fusiles. Como preámbulo a su plan les dice: «Dada la situación creada por el levantamiento fascista y ante la actitud de la Generalidad de no poder o no querer armar al pueblo, nosotros debemos buscar nuestra salvación por nuestros propios medios.» El plan consistía en apode-

rarse de la dotación de fusiles que tenían los barcos mercantes surtos en el Puerto: el «Magallanes» y el «Marqués de Comillas».

Bajo su dirección y orientación se realizó el asalto. Solo el «Magallanes» proporcionó unos cuarenta fusiles y algunas pistolas. En el «Marqués de Comillas» el alijo fue mayor. Pero, a lo sumo, entre uno y otro mercante, sumarían unos 150 fusiles y una docena de pistolas.

Ese armamento se repartió entre los Sindicatos del Transporte y Metalurgia. Mientras los revolucionarios se repartían el botín, el jefe de la guardia del puerto comunicó a Gobernación el sorprendente asalto. El Consejero de Gobernación ordenó a Escofet, jefe de Policía, que recuperara ese armamento, y para tal fin, este último envió una compañía de guardias de asalto al Sindicato del Transporte. El capitán que mandaba aquella tropa, después de sitiar el edificio, parlamentó con los trabajadores, comunicándoles que debían entregar las armas... Si el capitán no se conduce diplomáticamente, o si bien entre los trabajadores hubiera habido un agente provocador, el momento tan deseado por los conspiradores habría llegado.... Se discutió violentamente, se intentó hacer comprender al capitán que aquello era insólito, que no podía ser, que de aquellas pocas armas dependía quizás la salvación de Barcelona, que...

Pero no hubo forma, el capitán era serio. Tenía la orden de recuperar las armas por las buenas o por las malas. En ese instante alguien telefoneó apremiando a la Comisión de Enlace para que se presentara en el Sindicato del Transporte.

Pocos momentos después, llegaron dos miembros: Durruti y García Oliver. Ni uno ni otro poseía argumentos válidos para convencer a aquellos trabajadores que se aferraban al fusil prestos a dar la vida antes que entregarlo. Ellos mismos, como comisionados, debían haber sido puestos al corriente del hecho por el Consejero de la Gobernación y evitar

la entrada en juego de la policía. Los dos comprendían perfectamente la situación, pero también comprendían que «provocar una carnicería comprometería seriamente la necesaria unidad de acción que había que mantener a toda costa». Guiados por ese propósito, García Oliver explicó la situación a los obreros y Durruti trató con el capitán de encontrar una salida airosa a aquella actuación insólita que el mismo capitán no comprendía. Al fin, «de común acuerdo» se entregaron a la Guardia de Asalto una docena de fusiles que, en forma simbólica representaba el triunfo de esta en su misión encomendada.» (16).

Con la solución de este problema, apunta un nuevo día, que como los anteriores ha pasado en blanco.

El sábado 18 de julio

La prensa matutina amplía las noticias de la noche anterior. Poca cosa sobre la situación militar. «Soli» el órgano de la C. N. T. en Cataluña ha sido censurado y del manifiesto publicado por la F. A. I. en la tarde del viernes, la censura ha mutilado el párrafo que hace referencia al levantamiento militar en Marruecos. Pero, pese a esta falta de información, la gente se interroga y coincide en considerar la situación como grave.

Aparentemente todo es normal, como un sábado cualquiera, sin embargo, no es así. Nadie toma su traje de baño para aliviar su cuerpo del calor que hace. Nadie de los que festejan la «semana inglesa» tiene la idea de divertirse.

Para los militantes obreros este sábado es dife-

(16) Santillán, op. ct. pág. 36.

rente al viernes. Sin compromiso de trabajo, se aprovecha para calmar la fatiga del cuerpo y relajar un poco los reprimidos nervios de toda una semana de impaciencia. Ya no se trata de conciliar el sueño; tras pocas horas de cama se vuelve a la calle, al sindicato, a la espera...

La sede del Comité Regional de la C. N. T. es un hervidero de gente y de enlaces que acuden de los pueblos cercanos y de las comarcas para mejor enterarse y de viva voz de la marcha de los acontecimientos. La Comisión de Enlace tiene un trabajo enorme, y cada uno de los miembros multiplica sus tareas, acude a todo.

Se ve a Durruti en un rincón, rodeado de mineros que acaban de bajar de Figols y mientras les habla se apoya en una silla; le molesta la herida de su reciente intervención quirúrgica de dos hernias, aun no cicatrizada, y puede ser algo infectada. Más lejos, Marianet conferencia con Madrid y desde otro punto se llama a Ascaso, quien se apresura para acudir al célebre café «Pay-Pay», de la Brecha. Los militantes, casi todos del Sindicato de la Madera, le preguntan «qué hacer», le someten un plan... Francisco rechaza: «aun no ha llegado el momento». Y en este vivir impaciente se cruza la mitad del día. Los enlaces de los cuarteles sin dar noticias concretas, transmiten «el nerviosismo de la oficialidad».

En la calle se respira el mismo ambiente y las amas de casa comienzan a hacer provisiones. En las panaderías la hornada está casi agotada. Todo el mundo se prepara y, pese a que la gente consume en las populosas Ramblas y en el Paralelo bocks de cerveza, ésta, ni ninguna de las otras bebidas sabe como otras veces. No apaga la sed.

En la Generalidad, en Gobernación y en la Jefatura de Policía hay movimiento nuevo. Se ha detenido a un oficial de la Guardia de Asalto llamado Valdés y que debía dirigir el movimiento faccioso en ese cuerpo; se le sustrae un sobre con instruccio-

nes, un plano y la hora exacta de la salida de la tropa.

A las cinco de la tarde, se vuelve a llamar al Comité Nacional en Madrid. La situación empeora por momentos.

A las seis de la tarde llega al Comité Regional Manuel Pérez con el fin de recibir instrucciones para Palma de Mallorca, donde al día siguiente, el 19 de julio, tiene que intervenir en un mitin en nombre de «Solidaridad Obrera» junto con Vergara, contador del Comité Nacional y que lo hará en nombre de este organismo. Ascaso y Durruti se le aproximan:

— ¿Qué te trae por acá? le preguntan.

— Salgo esta noche a las ocho para Palma y vengo a recoger instrucciones del Comité Regional.

— ¿Para Mallorca?, le pregunta extrañado Durruti. — Demora el viaje. La cosa está fea.

— Esa es tu opinión, no la mía. Manuel Pérez mañana estará en Mallorca para intervenir en ese mitin.

Durruti sabía que no podría convencer a aquel «viejo canario», recto de palabras y de hechos. Y se abrazaron, escribiría más tarde Manuel Pérez, «como si fuera por última vez.»

Coincidencias del destino, a las ocho de la noche zarpaba rumbo a Mallorca el «Ciudad Valencia». En ese mismo vapor, en el que Pérez y Vergara habían tomado plaza, viajaba también el enlace que tenía Goded con Barcelona.

Entre las siete y las ocho de la noche, la emisora de Radio Nacional, en Madrid, radiaba el mensaje del Comité Nacional de la C. N. T.: «como un solo hombre, hay que barrer la ruta al fascismo. Que los hombres de la Confederación se pongan todos en pie de guerra...»

A las veintiuna, se produjo una entrevista entre el Comité de Enlace C. N. T.-F. A. I. y Companys: «La Generalidad — les dijo — está dispuesta a luchar cualquiera que sea la perspectiva.» Y se volvió

a insistir a Companys en la necesidad de armar a mil militantes confederales. Y Companys volvió de nuevo a explicar la «imposibilidad de la Generalidad para dar satisfacción a esa demanda. «La Generalidad no dispone — les dijo — de más armamento que el de la guardia de Asalto y los mozos de escuadra.»

A las veintidos, la C. N. T. y la F. A. I. celebraron una reunión plenaria para informar a todos los militantes de cual era la situación. Y esa información que se traducía en «no hay armas, sólo hay nuestro valor» hizo en muy poco tiempo la ronda de todos los sindicatos y lugares de espera.

A partir de ese momento, el contacto entre la Comisión y la Gobernación fue permanente e igualmente el contacto de la Comisión con la Organización confederal.

La nota alarmante de la Generalidad y de la propia Comisión era la enigmática actitud de la Guardia Civil. Para mejor neutralizarla se convino en la necesidad de llamar a Gobernación al jefe de ese cuerpo, General Aranguren y al coronel Brotons. Ambos, jefes de la Guardia Civil, más que colaboradores parecían prisioneros. Desde Gobernación, Aranguren daba sus órdenes al coronel Escobar que tenía su puesto en el cuartel de la calle Consejo de Ciento.

«Entre las veintitrés y las veinticuatro, desde el Comité Regional se insinuó a unos grupos la conveniencia de disponer de vehículos de transporte para moverse con más facilidad en Barcelona. Y no había pasado una hora, cuando ya circulaban por las Ramblas coches particulares requisados con las iniciales «C. N. T.-F. A. I.», escritas con tiza en las partes más visibles de la carrocería. El paso de esos vehículos hizo prorrumpir en aclamaciones a la F. A. I. por los obreros concentrados en las Ramblas.» (17).

(17) Santillán, op. ct.

Después de esa requisa, se asaltaron igualmente las armerías, vaciándolas de pistolas y escopetas de caza. Eso era ya tener algo, por lo menos mejor que las manos vacías.

Entre las once y medianoche, miembros de la Comisión visitaron personalmente varios sindicatos. El de la Construcción, sito en la calle Mercaders, rebosaba de gente. Se estaba celebrando una reunión, y «en ella Francisco Ascaso, con su sonrisa habitual, y recalcando bien las palabras, síntoma de la agitación de su alma, se dirigió a un grupo de jóvenes que apasionadamente inquirían noticias sobre la marcha de los acontecimientos, para decirles: «hay que desengrasar bien los cerrojos, amigos, que esta vez va de veras.» Su aspecto no era pesimista, pero sí de una profunda preocupación». En esa reunión, como en todos los sitios se daba el mismo grito: ¡armas, armas, armas! Y armas no había. Durruti con la misma preocupación que Ascaso, que García Oliver, de todos los que compartían la responsabilidad de su gestión en ese momento, se irguió y exclamó con su voz tremenda: «¿armas? Pues bien: hay que arrancarlas con las uñas, con los dientes... no hay otra forma.» (18).

Y en Sans, entre los militantes de esa rebelde barriada proletaria, Ascaso volverá a decir lo mismo: «No hay armas. Que se queden sólo los que están dispuestos a derramar hasta la última gota de sangre...» Y en la Casa de los Sindicatos de San Andrés proclamara: «¿Armas? El cuartel está lleno — señalando el parque de Artillería — Las hemos mendigado, lo que nunca hemos hecho, y teníamos la firme convicción que no las obtendríamos. Ahora nuestro camino está limpio de todo reparo. Pese al que pese y caiga quien caiga hay que vencer al fas-

(18) Manuel Muñoz, «Marianet», pág. 73 y testimonio de Clemente Mangado.

cismo...» (19). En ese momento sonaban perezosamente las doce campanadas que dividían el tiempo en dos: el primer segundo del glorioso día del 19 de julio había comenzado.

Domingo rojinegro

En ese instante entraba en máquinas el número correspondiente al 19 de julio de «Solidaridad Obrera». Todo el editorial había sido suprimido por la censura. Sólo se había salvado del «lápiz rojo» el vibrante manifiesto del Comité Regional:

«¡Camaradas, hay que actuar a fondo! ¡Abajo el fascismo! ¡En masa, adelante!

Y en otra parte:

«En Sevilla el fascismo se adueña de la situación, en Córdoba hay un alzamiento, en el Norte de África se combate... Nosotros, el pueblo de Cataluña debemos estar en pie de guerra dispuestos a actuar... quien se inhiba es un traidor a la causa manumisora del pueblo.»

«¡Viva el Comunismo libertario!»

Esas palabras nadie las leerá. A las seis de la mañana Barcelona estará en llamas, tableteará la ametralladora, tronará el cañón, y la gente, los grupos decididos de la Confederación, con armas o sin ellas, serán los primeros en presentar su pecho al enemigo...

A las dos de la mañana dos miembros de la Comisión, Durruti y García Oliver entran en la Jefatura de Policía (¡que paradoja de tiempo y hora!) y piden enérgicamente a Escofet que desarme a la mitad de sus guardias de asalto para poder armar al pue-

(19) Testimonio Clemente Mangado.

blo. El jefe de policía se niega, alegando «que sus hombres cumplirán hasta el último momento con su deber y que no posee armas para entregarlas al pueblo.»

...Se le advierte «que sus guardias no resistirán el empuje faccioso, se alegan infinidad de razones y todo resulta vano». A la misma hora, los otros miembros, en Gobernación, presionan sobre el Consejero J. M. España... Y nada. «Un capitán de Asalto comunica confidencialmente a Santillán que en cierto lugar existe una cantidad de pistolas y que a última hora aparecerán». Santillán, miembro de esa Comisión, recordando esos momentos, escribirá más tarde: «Se tuvo la impresión de que, en el fondo, si se temía al Ejército, se temía también a la intervención de la C. N. T. y de la F. A. I.» (20).

A las tres de la mañana, el locutor de radio Barcelona radia para los trabajadores franceses: «Allo, allo, ici Barcelone, Barcelone parle. L'Espagne parle au peuple français, à la noble nation française» (21).

La inquietud aumenta. La rabia llena los corazones. El pueblo, los más conscientes de los militantes de la CNT y de la FAI, y la promesa del anarquismo: sus jóvenes libertarios, están en la calle vigilando los cuarteles del Ejército, de la Guardia Civil, o patrullando por las calles, pero desarmados... Si no hay suerte en el primer encuentro, el anarquismo perderá su mejor avanzada. Esta es la inquietud que embarga a los hombres responsables en esos momentos y que conocen la verdad del momento; porque la gente sigue pensando, en su fuero interno, que «a última hora» la Generalidad armará a los trabajadores...

(20) Santillán, ob. cit., pág. 36.

(21) Richard Bloch, «Espagne, Espagne», pág. 24.

A las 4,30 de la mañana

El teléfono, que sonaba constantemente, pareció esta vez diferente, su sonido metálico era otro. Todos los que estaban en la sala interrogaron a quien había tomado el auricular.

«— Ya está. Ha llegado el momento trágico..., la tropa comienza a hacer movimientos en Montesa y Pedralbes...» Ascaso y Durruti toman sus armas y abandonan el Palacio... Santillán y García Oliver, casi tomándolo por la chaqueta abordan al capitán de Asalto:

«— ¿Dónde están esas pistolas?, ¡rápido!

Y se inicia una búsqueda ansiosa.

Son las cinco de la mañana. En la calle, entre el retén de guardias que custodian Gobernación se produce una fuerte conmoción y empiezan a tomarse medidas defensivas. ¿Qué ocurre? Una masa de hombres avanza desde la Barceloneta hacia el Palacio. Los guardias temen un choque. Durruti, que hacía escasos momentos que acababa de llegar, y que estaba en el secreto de esa manifestación, sale al balcón. Los trabajadores portuarios de esa zona reconocen a Durruti y entonces piden a la guardia que deje entrar un grupo para hablar a la Comisión de Enlace.

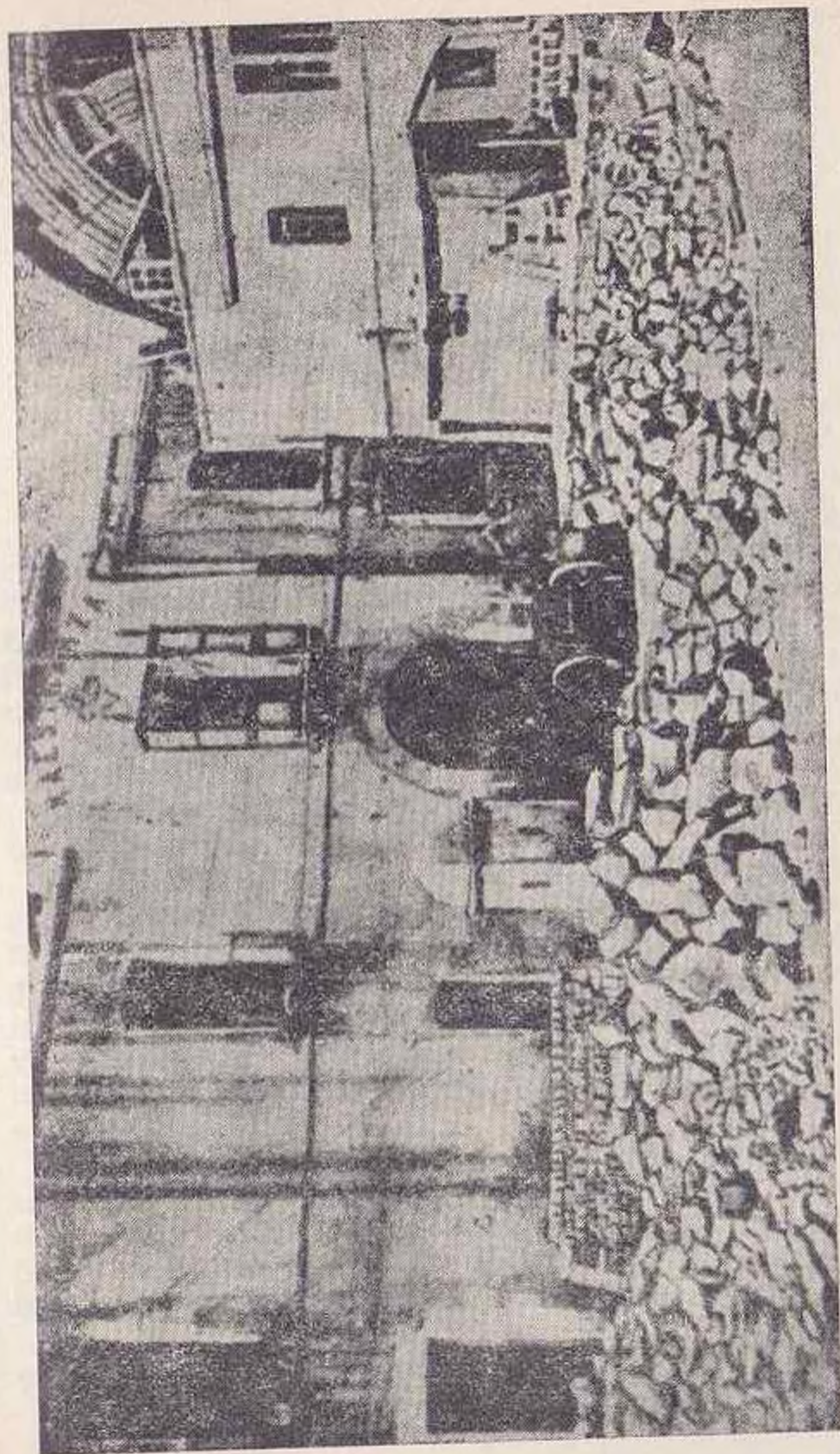
«Fue en ese momento — escribe Santillán — cuando se resquebrajó la disciplina y se dieron las primeras manifestaciones de fraternidad entre obreros y guardias de Asalto.» Lo que no había conseguido la Comisión con razones de peso ante Companys, lo lograba ahora el pueblo con una sencillez impresionante: «los guardias que disponían de un fusil y pistola daban ésta a un obrero, al más cercano.» Era el momento de las grandes transformaciones humanas: el policía deja de ser

policía para convertirse en hombre... Y en ese mismo instante — milagrosamente — aparecieron las pistolas ocultas en Gobernación: un centenar escaso que apresuradamente Santillán llevó al Sindicato de la Construcción, en donde mil manos se levantaban ansiosas para tomar una» (22).

Mientras Santillán repartía este escaso armamento, desaparecieron como por ensalmo Durruti, Ascaso, García Oliver, Asens, los cuales no volverán a reunirse de nuevo hasta el momento en que el fascismo es aplastado definitivamente en Barcelona...

En ese instante, desde todos los cuarteles de Barcelona, las fuerzas facciosas salen a la calle, pero un pueblo, aunque desarmado, los espera...

(22) Santillán, obs. ct. y páginas.



IV

LOS CONSPIRADORES, DESDE EL 17 AL 19 DE JULIO

«Cinco resmas de papel»

López Varela, enlace de Mola en Barcelona, recibió de éste la consigna siguiente en la tarde del viernes: «Mañana recibirá cinco resmas de papel». En la frase se daba la hora exacta de la salida de la tropa. Como consigna política: «¡Viva España!», «¡Viva la República!» (23). Bajo esa dirección se orientaron los trabajos preparativos de la tropa y del alzamiento.

El plan trazado, con su itinerario y objetivos para la tropa, estaba dividido así:

Regimiento de Caballería de Montesa, sito en la calle de Tarragona. — Las operaciones de esta fuerza quedaban circunscritas a la zona: comprendida de plaza de España, calle de las Cortes, hasta la plaza de la Universidad, rondas de San Antonio y de San Pablo, y Paralelo con objeto de enlazar, hasta dominar la entrada del puerto, con Montjuich y Atarazanas.

Regimiento de Caballería de Santiago, sito en la calle de Lepanto, se le asignó el dominio del cruce de la Diagonal con el paseo de Gracia o «Cinco de Oros», descender luego por la calle de Claris hasta la plaza de Urquinaona y enlazar en ese punto con

(23) Lacruz, op. ct., pág. 63.

la fuerza procedente del cuartel de Alcántara, o como también se le llamaba: regimiento de Infantería, de ese mismo nombre.

En lo que respecta a la preparación de la tropa y al dominio del cuartel en el regimiento de Montesa no hubo dificultades. A las tres de la mañana del día 19 de julio se reunió a la tropa en el patio y el coronel Escalera, en presencia del general Burriel, la arengó bajo los lemas establecidos: y terminó con los gritos de consigna: «¡Viva la República!» Mientras llegaba la hora de salir a la calle el coronel Escalera recibió un llamado telefónico desde Capitanía General y que provenía del propio general en jefe: Llano de la Encomienda. Este anunció que tenía conocimiento del movimiento de tropas que se estaba realizando en el cuartel para salir a la calle.

Escalera. — «Sí, mi general, me preparo para salir a la calle.

Llano. — ¿Sabe usted que tenemos nuevo gobierno formado por Martínez Barrio, a quien se le ha confiado la misión de hablar con el general Mola?

Escalera. — Sobre esto yo no puedo contestarle, pero aquí está el general Burriel, que le contestará.»

Burriel se puso al aparato y Llano le «participó que aquel movimiento a que se estaban lanzando era un acto suicida, que estaba condenado al fracaso y que lo máximo que los conspiradores podían obtener era que estallase en España la guerra civil...»

Burriel. — «Ahora ya no es hora de andar con componendas ni consideraciones. El Ejército está en pie, y en muchos sitios en la calle, lo único que cabe hacer es que el Gobierno entregue el poder y ya veremos nosotros después. Y escuche usted un consejo: súmese al movimiento, que, como usted

mismo puede comprobar, es incontenible, y en Barcelona todo se resolverá fácilmente.»

Llano continuó tratando de convencer a Burriel, pero éste, antes de cortar la comunicación le dijo: «Dentro de un rato iré a verle... y verá usted cómo nos ponemos de acuerdo.» (24).

En este cuartel existía un brigada llamado Chaveli, que estaba en contacto directo con el comandante de Asalto Garnier, a quien informaba de cuanto se tramaba entre los facciosos. Una de las primeras medidas que los facciosos tomaron fue encarcelar a Chaveli y a algunos soldados. Creyéndose tranquilos los conspiradores, el coronel reunió a la oficialidad en la Sala de Banderas para informarles, a los oficiales, claro está porque a los soldados no hubiera hecho efecto, sobre el «movimiento anarquista». En esa reunión un capitán llamado Algara replicó al coronel que no era cierta su información. Inmediatamente detenido, fue a reunirse con el brigada Chaveli. Así, ya, sin obstáculos, se pasó al estudio de los objetivos asignados al regimiento. Se convocó a la tropa en el patio y se esperó la hora fijada para la gran aventura.

Regimiento de Artillería de Montaña número 1, con domicilio en el cuartel de los Cocks, avenida Icaria. Este cuerpo, animado por López Varela, era el foco de la insurrección, ya declarado faccioso en la tarde del sábado, cuando la Generalidad radió la destitución de los capitanes de ese cuerpo: López Varela, Sánchez Contreras, Valero Ocaña y De la Guardia.

La causa de que la Generalidad diera esa orden radicaba en que en esa misma tarde se había detenido al capitán de Asalto, Valdés, a quien se le ocuparon los planos y consignas que López Varela le había entregado. El parte radiado por la Generalidad era difícil que llegara a oídos de los soldados,

(24) Lacruz, op. cit. pág. 16.

ya que éstos permanecían en sus dormitorios y estaban estrechamente vigilados por los fascistas paisanos que se encontraban en el cuartel. Esto pudo presumir la Generalidad y por esa razón comenzó por parte de Llano de la Encomienda un trabajo de clarificación cerca del coronel que mandaba el regimiento, Serra Castells, quien dudaba sobre las posibilidades del éxito de los conspiradores. Pero no sólo era Llano quien presionaba sobre él, sino que también lo hacían desde dentro los propios oficiales, y desde fuera Burriel.

En estas condiciones el coronel jugó una carta «diplomática»: declinar el mando en favor del comandante Unzué, elemento bien comprometido con los conspiradores y retirarse a sus habitaciones. Como consecuencia de este acto el regimiento de Artillería quedaba bajo el dominio absoluto de los facciosos.

Hacia las diez de la noche, comenzaron a entrar de nuevo los «voluntarios». Las noticias que traían propagaban el nerviosismo entre la oficialidad. Los paisanos decían que la Guardia de Asalto patrullaba por la calle, que grupos de obreros rondaban los cuarteles, que los sindicatos estaban rebosantes de gente, etc., y para terminar «aconsejaban a los oficiales prudencia, mucha prudencia». A pesar de todo, los conspiradores no se sintieron defraudados hasta llegar la hora de formar en la plaza del cuartel. Eran las cinco de la mañana y a esa hora debían de incorporarse a los facciosos dos compañías de guardias de Asalto y un grupo de guardias de Seguridad y ni uno ni otros comparecieron a la cita. Así, la fuerza quedaba disminuída. Pero ya eran las cinco de la mañana.

El Regimiento del 7 Ligero de Artillería, acantonado en San Andrés.

En aquella memorable jornada del sábado, mientras la ansiedad ganaba las filas proletarias y la Generalidad mantenía ante sus representantes que no tenía armas, López Varela daba consignas pre-

cisas al capitán Reinlein, del Parque Central para la sublevación:

«— Dentro de pocas horas la guarnición de Barcelona va a salir a la calle y es preciso saber qué actitud va a tomar el 7 Ligerero.»

El capitán Reinler, el más antiguo del regimiento y muy bien considerado por los mandos, pero ajeno hasta aquel momento a la sublevación, escuchó extrañado aquel mensaje, y el capitán Montesinos, agente faccioso en el Parque, le instó a que respondiese rápidamente asegurando que el 7 Ligerero formaría como las demás tropas a la hora de la «cita de honor».

A las 22 h., comenzaron a llegar al cuartel de San Andrés los primeros voluntarios bajo el santo y seña de «Fernando, Furriel, Ferrol», que una vez contestado pasaban al interior, donde tomaban el uniforme militar. A esa misma hora, la oficialidad estaba reunido en la Sala de Banderas en torno al coronel Llanas Quintanilla, quien daba las últimas instrucciones.

A las cuatro y media de la mañana se presentó en el cuartel el comandante general de Artillería, general Justo Legorburu. En esos momentos se daban las últimas precisiones para la salida de la tropa.

La misión que esta tropa tenía era la de proclamar el estado de guerra junto con el regimiento de Infantería de Badajoz, procedente del cuartel de Pedralbes. Con tal fin, a las cinco de la mañana salió la primera agrupación, seguida inmediatamente de la segunda. Una y otra deberían proteger y ayudar a las tropas de Pedralbes con las que se debía enlazar en la plaza de Cataluña en pleno centro de la ciudad. La segunda agrupación, más completa que la primera, llevaba integrada la quinta batería, protegida por artilleros armados de fusiles y, para «proteger» a estos soldados, se incorporó a trescientos voluntarios, entre requetés y falangistas armados de fusiles y mandados por el

capitán Reinler. Los itinerarios de una y otra agrupación eran diferentes. Mientras la primera, por el norte, costeando Horta y por el valle del Nerón debía ganar San Gervasio para dirigirse por la calle de Balmes hacia el centro de la capital, la segunda debía llegar al mismo punto siguiendo el paseo de Concepción Arenal, calle del Padre Claret y por el paseo de la Industria llegar al paseo de San Juan, tomando después la calle de Provenza hasta torcer la Diagonal por la calle de Gerona y por la calle de la Diputación entrar en la de Clarir para, desde ésta, alcanzar la plaza de Cataluña...

La infantería del Regimiento de Alcántara número 14. — Fue el único regimiento que hizo pocas armas contra la República, pero de hecho, se mantuvo bajo el control de los sublevados, que neutralizaron su acción. Al frente de este regimiento se encontraba el coronel Moracho, hombre adicto a la República, así como gran parte de la oficialidad, razón por la cual la Junta facciosa tuvo al margen de la conspiración a este agrupación, contactando sólo con aquellos oficiales que eran seguros y fieles al alzamiento. Estos oficiales tenían como misión apoderarse del mando del cuartel y obligar a los soldados a intervenir en el alzamiento y, en caso de no poder obtenerlo, mantener al regimiento neutral.

El clima que se respiraba en el cuartel la noche del sábado al domingo, era tirante. Los oficiales, en grupos, cuchicheaban entre ellos y comentaban cada uno a su manera la suerte que podía seguir el levantamiento. La oficialidad se encontraba dividida en tres facciones: la republicana, la facciosa y la neutral. La única forma de mantener la cordialidad de la unidad era la presencia del coronel que, secundado por la oficialidad republicana, podía frenar los impulsos de los oficiales facciosos. Pero, por causas imprevistas el coronel del regimiento hubo de ausentarse, supliéndole el teniente coronel

Jacobo Roldán, individuo adherido al alzamiento, sin que nadie lo hubiera sospechado hasta aquel momento, ya que había sabido disimular sus intenciones.

Jacobo Roldán aprovechó la ausencia del coronel para convocar a reunión a los oficiales. Con mucho tacto introdujo en el ánimo de éstos «que el regimiento debía adoptar una actitud neutral con el fin de no tener que hacer armas contra los compañeros de otros regimientos y fuerzas sublevadas.» Con esta táctica, Roldán intentaba neutralizar a los oficiales republicanos y ganar tiempo a la vez para asestar el golpe en el momento oportuno.

Mientras tanto, eran entonces las 4,30 de la mañana, llegó el enviado del capitán general, general de brigada San Pedro, quien llevaba la misión de pacificar a las tropas y evitar que éstas salieran a la calle, misión que Llano de la Encomienda le había encomendado después de la conversación telefónica que había sostenido con Burriel.

San Pedro, después de preguntar por el coronel y responderle Jacobo Roldán que había tenido que ausentarse y que él era el encargado provisional del regimiento, comenzaba a informar de las órdenes que traía de Capitanía, cuando se acercó presuroso al grupo de oficiales el capitán republicano Scanell: «—Mi general, las fuerzas de infantería de Badajoz se preparan para salir a la calle.»

San Pedro se puso al habla con Llano de la Encomienda y éste le instó para que a toda prisa fuera hasta Pedralbes para evitar la salida...

Cuando llegaba San Pedro a Pedralbes, ya se oían disparos por la parte de la plaza de España. Llano de la Encomienda telefoneó a Roldán «instándole para que tuviese preparado su regimiento para intervenir tan pronto se le comunicase la orden...»

Regimiento de Infantería de Badajoz 13. — Cuartel de Pedralbes.

Al frente de este regimiento se encontraba el coronel Fermín Espallargas, quien igual que Moracho, era adicto a la República, así como su ayudante el comandante Carlos Capdevila. Pero la acción de ambos hombres, por circunstancias adversas, fue neutralizada por el comandante López Amor, alma de los facciosos en Pedralbes.

A las 22 h., como en los otros cuarteles, comenzaron a fluir a éste los paisanos falangistas y requetés. Alguien previno al coronel y éste se presentó inmediatamente en el cuartel hacia las once de la noche sorprendiendo una reunión de oficiales. Salíó a recibirlo López Amor, quien como comandante, había asumido el mando. Cuando coronel y comandante se encontraron en la Sala de Banderas se entabló entre ambos hombres el siguiente diálogo:

«— Tengo ordenado — dijo el coronel — que no entren paisanos en el cuartel.

— Lo he ordenado yo, mi coronel — repuso el comandante.»

El coronel se quedó mirando a López Amor:

— «Pero quién manda en el regimiento, ¿usted o yo?

— Mi coronel, desde este momento, usted no manda en el regimiento, replicó el comandante.»

El coronel se dirigió a los oficiales:

«— Señores oficiales, ¿han oído ustedes lo que ha dicho el comandante? Ahora pregunto yo: ¿Quién manda el regimiento?»

Un oficial apellidado Quevedo repuso en nombre del resto de la oficialidad:

«— Manda el regimiento quien está con España y usted no está.

— Teniente Quevedo, llame usted a toda la oficialidad para que se concentre en la Sala de Banderas, ordenó el coronel.»

Una vez concentrada toda la oficialidad, el coronel les dijo:

«— Señores oficiales, esta conspiración es un acto suicida, una traición manifiesta a la patria y a la bandera que ustedes han jurado defender...»

«— No se canse, mi coronel — le interrumpió el capitán Fernández Belbis — sublevado el ejército en Africa, la oficialidad del Regimiento de Badajoz sigue a sus hermanos de armas, y puesto que usted no desea sumarse al movimiento, queda en este momento detenido...»

En ese preciso momento penetró en la Sala de Banderas el teniente coronel Antonio Radua, quien se sumaba a la sublevación. Y comenzaron los preparativos para la formación de la tropa.

Formada la tropa en el cuartel, próxima a salir, pues son las cinco menos unos minutos, llega al cuartel de Pedralbes el general San Pedro Aymat, quien es recibido por el teniente coronel Antonio Radua y López Amor. Sin más preámbulo, López Amor le indica al general la formación de tropa en el patio del cuartel. En vista de ello el general tomó al comandante por el correa:

«— Queda usted detenido por traidor a la patria.»

Uno de los capitanes se acercó al general y le rogó «que tuviera calma»; pero éste lívido de rabia intentó dirigirse a la tropa, cuando otro capitán, llamado Mercaders, pistola en mano le dijo:

«— Si da usted un paso más, lo mato.»

El general, que no salía de su asombro, comenzó a gritar: «¡Traidores, traidores!», e intentó de nuevo dirigirse a la tropa para informarla. En ese momento, tres o cuatro oficiales se abalanzaron sobre él y le condujeron preso junto al coronel Espallargas y otros oficiales... (25).

Dependencias Militares y Atarazanas. — En estos dos lugares de conspiración, el tiempo que ha transcurrido en esta noche memorable se ha empleado en la preparación de la sublevación.

(25) Para los entrecomillados en esta página corresponden a la obra citada de Lacruz, pág. 31.

Atarazanas es un viejo cuartel ya condenado a su derribo según el plan de urbanización del puerto, pero en los momentos que relatamos aún había en él una parte del Parque de Artillería y la Plana Mayor, ambos divididos por una tapia interior. La primera tenía como puerta de entrada la que daba al paseo de la Aduana, así como a Dependencias Militares; la segunda dependencia, la puerta lateral de la calle Santa Madrona.

Las Dependencias Militares integraban el gobierno militar, auditoría jurídica, fiscalía jurídica militar, juzgados militares y otros servicios auxiliares dependientes directamente de Capitanía.

Este edificio, enclavado al final de la rambla de Santa Mónica, dominaba toda la explanada por el lado de la calle Ancha y por el lateral opuesto, el paseo de Colón, y por su entrada principal toda la vista de Atarazanas, calle Santa Madrona, el mercadillo de libros y parte de la rambla. Desde su altura, Marqués del Duero y el Puerto de la Paz.

Su posición estratégica, así como la construcción de su edificio, de piedra maciza, hacía de él una fortaleza que jugaría un importante papel durante las horas que duró la sublevación, siendo el penúltimo punto de resistencia.

El entendimiento de Atarazanas y Dependencias Militares, a través del fuego cruzado que mantenían ambos puntos, tendrá dominada toda esa zona, que costará a los revolucionarios muchas víctimas antes de hacer capitular a los fascistas defensores de estas dos posiciones.

Como réplica a ellos, se levantan en la misma rambla de Santa Mónica dos posiciones fuertes de la CNT, los Sindicatos del Transporte y de la Metalurgia, divididos ambos edificios por el servicio turístico italiano, centro que será también punto de reunión de falangistas, secundando la acción mortífera de los sublevados con los disparos que bajo la impunidad diplomática partían desde las ventanas de ésta contra las barricadas levantadas

por los trabajadores para atacar y defenderse del fuego de Atarazanas y Dependencias.

Por lo que respecta a Dependencias Militares, allí se encontraban además de los soldados y los falangistas que habían entrado para colaborar en la defensa de este edificio, altos jefes del Ejército y el propio hermano del general Mola, Ramón Mola Vidal, que llegó el mismo sábado de Pamplona con instrucciones directas de su hermano.

Cuartel de San Agustín. Sito en el paseo del Comercio.

En este cuartel, viejo caserón dominando el Parque de la Ciudadela, se encontraban los servicios del Ejército, del tercer grupo, y la comandancia del Cuerpo de Sanidad; su comandante, Federico Altamira, era fiel a la República. El enlace que la Junta facciosa tenía en este cuartel, junto con los oficiales comprometidos, emplearon las primeras horas de la noche en planear la incorporación de la tropa a la sublevación. Como primera medida encarcelaron al comandante, que no quiso secundar el movimiento faccioso, y evitaron por todos los medios mantener a la tropa en el secreto de la conspiración.

A esta tropa se le asignó el papel de apoyar al Regimiento de Santiago, una vez que los escuadrones de este regimiento hubieran ocupado la zona del Arco del Triunfo, en el paseo de San Juan.

Aeronáutica Naval y Aviación Militar

La aviación, mandada por el coronel Díaz Sandino, desde su salida de la cárcel en virtud de la amnistía de febrero, se encontraba en manos de oficiales leales a la República en su mayoría. Por lo tanto, fue fácil para Díaz Sandino en aquellos

momentos dominar la situación, secundado además por los oficiales leales y todo el personal subalterno.

Respecto a la vigilancia exterior del campo, y previendo cualquier ataque de las fuerzas sublevadas, se apoyó en un grupo de carabineros y varios otros grupos más que desde la noche del sábado se habían puesto a su disposición, pertenecientes todos ellos a la CNT, ya que esa zona de Barcelona era netamente anarcosindicalista.

En la noche que transcurrió, del sábado al domingo, Díaz Sandino ordenó la detención de dos capitanes de simpatías fascistas, pero cuando se fue a proceder a su detención, se comprobó que habían levantado el vuelo, apoderándose de un avión, en dirección de Pamplona.

En la Aeronáutica, la situación se presentó de forma diferente: todos los oficiales de carrera estaban comprometidos en el alzamiento fascista y sólo los elementos auxiliares tenían simpatías por la República, pero desde un principio quedaron dominados por los conspiradores que, allí, como en el resto de los cuarteles, mantuvieron siempre aparentemente una posición «republicana».

Los facciosos, desde la noche del sábado, fortificaron las posiciones defensivas de la base-escuela, situando ametralladoras en los puntos estratégicos y arrastrando varios vagones en los que colocaron sacos terreros para defenderse del posible ataque.

Pese al dominio de la situación, los mandos facciosos estaban intranquilos, pues los elementos auxiliares (maquinistas, torpedistas, etc.), podían captar telegráficamente las llamadas del gobierno republicano y rebelarse y su ansiedad aumentaba a medida que se precisaba el objeto que los mandos facciosos relegaban a la base, que no era otro que el de la recepción del jefe supremo del alzamiento, general Goded, que debía llegar de Palma de Mallorca.

Cuerpos armados: Guardias de Asalto, Carabineros y Guardia Civil

Guardias de Asalto: Las medidas que tomó la Generalidad con respecto a los guardias de Asalto impidieron que los facciosos pudieran lograr el objetivo de inclinar este cuerpo a su favor. En general, el clima que reinaba entre sus componentes era bueno, registrándose sólo la defección de la tercera compañía, al mando del capitán Darnell, que se agregó a los sublevados de Montesa en la batalla que sostuvieron en la mañana del 19, en la Brecha San Pablo, contra los obreros cenetistas.

Carabineros. — Este cuerpo, por las reformas que había sufrido durante la República se podía considerar casi en su totalidad adicto a la República, salvo los jefes. La decisión de éstos fue, de acuerdo con los objetivos marcados por la Junta facciosa, mantenerlo al margen de la lucha. Desde la noche del sábado, el comandante jefe de Carabineros ordenó el acuartelamiento y, para evitar cualquier eventualidad dejó desarmado al grueso del cuerpo, excepto al retén de guardia que había en el cuartel de la calle de San Pablo, y que estaba formado por elementos simpatizantes con el alzamiento. Otra medida que tomaron los jefes fue la de sacar los cerrojos de los fusiles que había en el cuartel y ocultarlos fuera del mismo.

Guardia Civil. — En la noche del sábado, el general Aranguren convocó, a su despacho del cuartel de Ausias March, a los jefes y oficiales de este cuerpo. A esa reunión asistieron, además, los coroneles Escobar y Brotons, el primero, jefe del 19 Tercio, que estaba en su totalidad concentrado en la plaza de Barcelona, tenientes coroneles Moreno, Suera Lara y Aliaga. En esa reunión el general les dijo «que, de acuerdo con el capitán general, Llano

de la Encomienda, y con el consejero de Gobernación de la Generalidad, José María España, debía manifestarles que en el caso, cosa que parecía inminente, de una sublevación militar, la Guardia Civil permanecería fiel a la República y dispuesta a reprimir todo movimiento contrario a ésta.»

Tras esa reunión, el consejero de Gobernación invitó al general Aranguren y al coronel Brotons para que se instalaran en el palacio de Gobernación, quedando sólo el coronel Escobar en su puesto de mando del cuartel de Consejo de Ciento.

A la una de la mañana, cuando ya se tuvo la certeza del movimiento, el nerviosismo ganó a muchos de los oficiales. Alguien previno a Escobar que en el cuartel de Ausias March podía iniciarse un foco de defección y el coronel se personó en ese cuartel hacia las tres de la mañana, encontrándose con que algunos oficiales «le anunciaban que no estaban dispuestos a hacer armas contra el Ejército.» Escobar reunió a guardias y mandos y los tranquilizó diciéndoles que la Guardia Civil, mientras le fuera posible mantendría una posición neutral. Regresando a Consejo de Ciento informó al general del clima «poco grato que había encontrado en Ausias March»... Eran las cuatro y treinta minutos de la mañana.

En esas condiciones, la Guardia Civil seguía siendo una incógnita.

V

**...¡VIVA LA REPUBLICA! ...¡MUERA
EL FASCISMO!**

Son las 5 y cuarto

El locutor de Radio Barcelona lanza por la emisora la terrible noticia:

«Ciudadanos:

El momento tan temido ha llegado: El Ejército, traicionando su palabra y su honor, se ha echado a la calle para combatir a la República... Para los ciudadanos de Cataluña ha llegado la hora de las grandes decisiones y de los grandes sacrificios: destruir este ejército faccioso. Que cada ciudadano cumpla con su deber.

¡Viva la Generalidad de Cataluña! ¡Viva la República!»

Este llamamiento; que se comunica a las gentes por altavoces, va unido a descargas cerradas que proceden de la Plaza de España, donde los obreros han tomado los primeros contactos con los sublevados y donde truena un cañón, ocasionando 19 víctimas.

Junto al ruido de la fusilería y de las ametralladoras, mil sirenas suenan a la vez. Todo el mundo sabe qué representa ese sonido en la mañana del 19 de julio. Es la llamada proletaria a la lucha.

..

Es el instante en que la vida y la libertad se juega en Barcelona y en Cataluña entera, en que en

muchos lugares de España se ha comenzado una lucha a muerte, en que España comienza a arder. España está en llamas... Instante supremo en que los indecisos esperan, pero es también el momento de los audaces, de los valientes, de los que no reparan en su número para lanzarse al combate. Momentos en que el hombre se hace gigante, donde cada uno se multiplica por cuatro, momento en que un mundo nuevo nace.



Grupos obreros, con los nervios tensos, pero profundamente calmos, apostados en los cruces de calles, en los portales de las casas, en las azoteas, vigilan cada uno de los movimientos de las tropas. Quien tiene una pistola cree poseer un fusil, el que empuña un rifle cree tener una ametralladora, el que en su puño encierra una bomba rudimentaria, de fabricación casera, cree poseer un cañón.

Para todos, presuntos mártires de una causa general, no son las armas de fuego que empuñan, que acarician o miran con ambición aquellos que no las poseen, lo que cuenta; pues es el arma segura del triunfo su propósito, su voluntad de vencer, y será esa fe interior que hará real la profecía de Durruti en la noche del sábado: «con las uñas, con los dientes arrancaremos las armas al fascismo, y lo venceremos.»



La máquina de la conspiración se pone en marcha, pero como no lleva bandera propia, inicia su camino por el tortuoso de las traiciones. Falso y traidor su «viva a la República». Si hubiesen gritado en los cuarteles «viva el fascismo» la sublevación hubiese sido cortada de raíz seguramente.

Al mando de militares traidores, salen a la calle los regimientos de Caballería de Montesa por la Plaza de España y el de Santiago por Gracia, la

artillería Ligera por San Andrés y la de Montaña por el Parque de la Ciudadela; el Regimiento de Infantería de Badajoz avanza por la Diagonal; y el de Alcántara, a las órdenes de un Roldán cualquiera, espera el momento, como fuerza de refresco, de poder secundar a los «cruzados».

Las compañías de Zapadores avanzan por la calle de las Cortes para enlazar con la caballería de Montesa en la Plaza de España.

La Guardia Civil, inquieta, sufre la permanente vigilancia de unos jefes que hacen honor a su palabra.

Los Guardias de Asalto, se han confundido ya en los grupos obreros de la C. N. T. y de la F. A. I., que ambas cuentan con el 75 % de la aportación humana, con los obreros de la U. G. T. y del P. O. U. M., con los pocos militantes del P. S. U. C. y con los jóvenes del «Estat Català», así como con los veteranos de la Esquerra. Todo ese conglomerado ideológico y humano, sin distinción de anagramas ni recelos — unidos todos por una sola ambición y común anhelo — constituyen la vanguardia proletaria. La fuerza que va a oponerse a la maquinación fascista que avanza hacia la ciudad proclamando a su paso el Estado de Guerra.

El Estado Mayor de la Resistencia no está en Gobernación, donde el consejero, asistido por otros hombres políticos, por el general Aranguren y por un miembro de la Comisión de Enlace, esperan junto a ellos que se produzca el milagro.

El Estado Mayor de la Resistencia no está en la Generalidad, donde Companys, consciente de la hora grave que vive Cataluña, ha aceptado la lucha «sea cual sea la suerte que le espere».

El Estado Mayor de la Resistencia no está en la Jefatura Superior de Policía, donde un jefe del cuerpo, Escofet, no ha entregado a las 4 horas 25 ni una sola pistola a los obreros que la han solicitado, exigido, mendigado...

El Estado Mayor de la Resistencia no está en la Capitanía General, donde el general Llano de la Encomienda, fiel hasta el último momento a la República, resiste a los sublevados; secundado solamente por algún oficial que le ha seguido lealmente en su determinación: «antes que el triunfo del fascismo, el triunfo de los trabajadores».

El Estado Mayor de la Resistencia, descentralizado, se encuentra en los sindicatos obreros, en los comités revolucionarios, en las barricadas levantadas en la noche, de los que desde hace una semana esperan ese momento.

Esos son los estados mayores de la resistencia, con sus comandantes no detrás de una mesa, ni entretenidos en la lectura de sus planes, sino al frente de sus fuerzas, fuerzas obreras constituidas por indiscutibles militantes obreros, que se llenaron de gloria por su arrojo y valentía, distinguiéndoles el pueblo con su simpatía y adhesión. Esos militantes-comandantes tendrán nombres que la gente ya conoce y que la burguesía y los políticos hasta ayer llamaban «pistoleros». Serán los Durruti, los Ascaso, etc.

Plaza de España, Paralelo y Universidad

Son las cinco de la mañana. El primer escuadrón del Regimiento de Caballería de Montesa sale en dirección calle Tarragona hacia la Plaza de España, apoyado por los artilleros que dirige el capitán Sancho Contreras. Al entrar en la Plaza, pie en tierra los de caballería, se entabla el primer tiroteo con los grupos obreros que vigilaban desde lejos los movimientos de la tropa.

En ese instante de lucha, los Guardias de Asalto, que en otros lugares se batían heroicamente contra

los sublevados, aquí les hacen el juego; pero esta confusión durará poco. Ante el decidido afán de triunfo proletario los guardias se inclinarán del lado del pueblo... mientras tanto los obreros se batien solos, replegándose... Entran en acción los cañones que disparan contra la barricada que se eleva al pie mismo de la Alcaldía de Hostafranchs, ocasionando 19 víctimas, pero nadie corre si no es para atender a los heridos... Se sigue disparando y rehaciendo la barricada. El estruendo del combate llama a la gente que se agrega disparando contra los soldados que avanzan... Tiros de pistola, de escopetas de caza, de algún fusil, e incluso piedras... Y las mujeres desde algunos balcones no tienen otra cosa que lanzar que su grito de condenación: ¡Asesinos! En un árbol, como una bandera de combate, cuelgan pin-gajos de carne humana, resultante del cañoneo... Mal ha comenzado el fascismo en Barcelona, que no será la presa fácil de Burriel, ni «correrá la plebe ante los cañones».

El segundo escuadrón, que avanza por la calle de Valencia con una sección de ametralladoras y una compañía de falangistas llega tranquilo hasta el cuadrilátero, que en sentido paralelo forman las calles Valencia y Diputación y perpendicular a éstas, Urgel y Aribau. Allí tropiezan con un tiroteo de pistolas, fusiles y ametralladoras. Tres fuerzas fascistas están ahora bajo la presión de los trabajadores: por Urgel baja una compañía de infantería al mando del capitán López Belda, que desde Pedralbes envían a Llano de la Encomienda que la solicita para defender Capitanía, pero cuyo capitán lleva, en realidad, la misión de oponerse a Llano; por Aribau baja el Regimiento al mando del comandante López Amor que tiene el objetivo de apoderarse de la Plaza de Cataluña. Muchos soldados, muchos tiros y muchos gritos de ¡Viva la República!

Hay un momento en que reina la confusión, y ésta la aprovecha el segundo escuadrón de Montesa para llegar hasta la Plaza de la Universidad al

grito de ¡Viva la República! Los grupos de obreros que esperan a las fuerzas facciosas en esta zona, quedan un momento sorprendidos, creen que a última hora esta tropa se ha inclinado al lado de la República y no ofrecen resistencia alguna. Es un instante. Los falangistas disfrazados de militares se ponen inmediatamente en acción deteniendo a varios obreros, los primeros que cayeron en sus manos. Entre los detenidos se encuentra Angel Pestaña, que continuará preso en la Universidad hasta la caída de este edificio.

El resto de los grupos, replegándose hacia Pelayo y Ronda, dispararán contra las tropas. Algunos, comprendiendo que la lucha será dura, toman posición en las azoteas de los edificios que están frente a la Universidad.

Mientras tanto, siguen batiéndose los de Infantería de Pedralbes con los obreros que los hostigan desde las bocacalles, logrando al fin llegar hasta la Plaza de la Universidad e iniciándose un tiroteo entre ambas fuerzas fascistas, unas y otras confundidas. Pero pronto el tiroteo cesa entre ellos logrando, los de infantería situarse en la Ronda y avanzar por ella, siempre al grito de «Viva la República», grito engañoso que paraliza a los trabajadores y a los Guardias de Asalto que se encuentran apostados en esos lugares.

La Plaza de Cataluña estaba guardada por varios de estos grupos obreros, los unos en las Ramblas de Canaletas, los otros en la calle Pelayo, así como en la Puerta del Angel, salida a la Telefónica, Fontanella, etc. Algunos ocupaban puestos avanzados en las puertas del metro. En estas condiciones, la tropa irrumpió en la Plaza. Los que estaban al lado del sector de la Telefónica, quedaron sorprendidos al ver cómo en el sector de enfrente los obreros y los soldados confraternizaban, y como siempre, ese momento fue aprovechado por los oficiales para situarse en condiciones ventajosas. Pronto quedó despejada la incógnita cuando se intentó

hacer detenciones... Hubo un despegue rápido, un deslinde de campos. Entre los fascistas y el pueblo se estableció la división. Fue en ese instante cuando comenzó el tiroteo intenso. Los sublevados comenzaron a replegarse hacia los puntos que ofrecían mejor defensa, sin que hubieran podido empujar las ametralladoras. Unos ocuparon la Telefónica, otros el Hotel Colón, otros la «Maison Dorée» y el Circulo Militar. El propósito de los sublevados era mantenerse dueños del terreno en la Plaza de Cataluña, teniendo como objetivos ganados la Telefónica, por su importancia militar, y el Hotel Colón por su importancia estratégica. Pero la verdad es que la primer batalla la había ganado el pueblo encerrando la tropa sublevada en esos edificios, que si bien arrojaban la muerte por sus múltiples ventanas, capitulaban al fin. El asedio del Hotel Colón, de la Telefónica y de otros centros comienza.

El terreno de la Plaza de Cataluña será terreno de nadie, batido sólo por las ráfagas de ametralladora.



El Tercer Escuadrón de Montesa, abandonando a su suerte al Primer Escuadrón que seguía batiéndose en la Plaza de España sin ganar terreno y con el compromiso de mantenerse en pie firme, para dejar abierto el camino de retorno al cuartel en el caso que los rebeldes hubieran de replegarse, avanzó por la Avenida del Marqués de Duero, más conocida por el Paralelo.

El objetivo que el mando faccioso había asignado a este escuadrón era el dominio de la zona que abarcaba la Brecha San Pablo, Atarazanas y Puerto de la Paz, con objeto de dejar el camino libre para cuando Goded llegara de Mallorca. Para cubrir ese objetivo avanzó ese escuadrón sin tropiezos hasta la altura del Bar «Chicago». Allí fue recibido a tiros procedentes de la barricada que los trabajadores, en su mayoría pertenecientes al Sindi-

cato de la Madera de la C. N. T., habían levantado. Cogida de improviso la tropa ocupó varios edificios e intentó montar las ametralladoras, pero esto tampoco les fue posible debido al intenso tiroteo. Al fin siguiendo el «Plan Mola», el mando optó por detener a varias mujeres, niños y ancianos tomándolos como escudos, y contraatacaron la barricada. Gracias a esta treta pudieron hacerse de ella ocupando la Brecha de San Pablo, en la que plantaron ametralladoras a las órdenes de un capitán, procediendo después a asaltar el Sindicato de la Madera, sito en la calle del Rosal. Pero su objetivo quedó incumplido. Esta tropa, dueña a las ocho de la mañana del círculo Brecha, «Moulin Rouge» y «Victoria», no pudo avanzar hasta el puerto, ya que los trabajadores que habían defendido durante dos horas la barricada del Paralelo se habían apostado en las bocacalles y se habían subido a los terrados de las casas, desde donde seguían el tiroteo.

Hasta las once de la mañana la tropa fue dueña de la zona, pero a esa hora los trabajadores dirigidos por Francisco Ascaso contraatacaron por la calle San Pablo y desde otros puntos, a pesar que las ametralladoras batían fuerte, haciendo numerosas víctimas entre los atacantes.

En medio de la Brecha y al pie de una ametralladora, un capitán alentaba a los soldados para que no cedieran, para que siguieran alimentando las ametralladoras. Desde un punto estratégico, en el que se había situado Ascaso, tomó por blanco a aquel capitán barriéndolo con una descarga de pistola ametralladora con riesgo de su propia vida. Un teniente quiso ocupar el puesto del abatido capitán, pero un cabo de caballería aprovechando el momento disparó contra el teniente. La resistencia había alcanzado su fin. Los trabajadores avanzaron rápidos reconquistando la posición ganada a costa de muchas víctimas. De esta derrota los fascistas han escrito, y puede darse por bueno: «Así, entre las once y las doce de la mañana las tropas de Mon-

tesa y Zapadores fueron materialmente desbordadas por los grupos armados y puede decirse que aniquiladas.» (26).

¿Qué suerte corría el escuadrón de la Plaza de España?

Cuando los del Paralelo comenzaban a ser contratacados, el Primer Escuadrón, aislado del resto de la tropa, fue dominado por los grupos obreros, replegándose algunos de los que sobrevivían hacia el cuartel, dejando abandonados en la plaza caballos muertos, armas y piezas de artillería sin munición.

Diagonal, Cinco de Oros, Convento de las Carmelitas

El Regimiento de Caballería de Santiago, a la misma hora que el de Montesa, pie a tierra salió del cuartel de Lepanto, avanzando por la calle Industria, Paseo San Juan y Córcega hasta el cruce Diagonal Paseo de Gracia. Ese era su itinerario, así como dominar por el Paseo de San Juan, la entrada del Parque con el Arco de Triunfo y la estación del Norte. Ya este segundo objetivo no pudo cubrirlo por impedírselo los grupos obreros de San Martín y de Gracia que comenzaron a hacer fuego corrido en todo su trayecto. El Regimiento se concentró sobre el principal objetivo: Diagonal. Al llegar a este punto, tropezó con una resistencia tenaz de los grupos armados, de la Guardia de Asalto, y de la Guardia de Seguridad. Los puntos de resistencia eran siempre los mismos: el quicio de una puerta, una esquina, un árbol o una azotea y las barricadas de adoquines levantadas como por

(26) Lacruz, op. ct., pág. 45.

ensalmo y en las que colaboraban desde las mujeres hasta los chiquillos cuando se inició la lucha seriamente.

En ese momento la lucha era intensa en toda Barcelona. Claramente, se podía escuchar las ametralladoras emplazadas en Colón, en la Universidad, en la Brecha y los cañones de la Plaza de España y de la Barceloneta.

La ciudad ardía, por sus cuatro costados. Desde los campanarios de las iglesias se tiroteaba a los grupos obreros, a las mujeres. Desde las casas aristocráticas se tiroteaba igualmente a los trabajadores y de los centros de derecha algunos «valientes» apostados, disparaban, de vez en cuando, causando víctimas inocentes... Más de un chiquillo entrada la mañana fue muerto así: por los tiros que salían del campanario de una iglesia o de un balcón. Sembrar el terror, sembrar el terror... Queipo de Llano lo aplicaba seriamente, metódicamente en esas horas en los campos de Andalucía...

El Regimiento de Santiago que logró emplazar sus ametralladoras, dominaba la zona del Paseo de Gracia. La lucha aquí era también tenaz. Los Guardias de Seguridad intentaron atacar por la retaguardia, pero las posiciones tomadas por el enemigo hacía inútil todo contraataque en ese sentido y los valientes guardias no lograron nada más que dejar sobre el terreno a varios de sus compañeros muertos o heridos, así como catorce caballos en idéntico estado. Las ametralladoras segaban vidas humanas y todo cuanto se encontraba a su paso.

Esa derrota de los guardias de seguridad, animó a los obreros a redoblar el ataque, y los Guardias de Asalto confundidos ya con los trabajadores no seguían la táctica aprendida en los libros, sino el instinto defensivo de la lucha callejera en la que los militantes obreros se habían formado. Confundidos en un solo cuerpo y animándose mutuamente se contraatacó, pero no de cara sino por un lado o por otro, por una esquina, desde un terrado, des-

de un balcón, hasta virtualmente desmoralizar al enemigo que no tenía un frente seguro ante si si no una lluvia de balas que le causaba victima tras victima.

La táctica guerrillera enfurecía al enemigo ya que gastaba inútilmente su munición. No obstante la lucha se prolongó por espacio de dos horas, es decir, hasta las ocho de la mañana. Comprendió el coronel del regimiento Lacasa que su objetivo había fracasado y que si continuaba luchando en esas condiciones sus tropas serian dominadas poco a poco, por lo que decidió iniciar la retirada hacia el convento de los Carmelitas. Para garantizar ésta, dejó un retén en la plaza y con el resto de su tropa se retiró por la calle de Lauria hasta ganar el mencionado convento. A medida que se retiraba iba dejando puestos avanzados en Córcega, Santa Tecla, Claris y Diagonal-Menéndez Pelayo-Lauria. El convento sería el encierro y la muerte del Regimiento de Caballeria de Santiago, sin que éste hubiera podido cubrir ningún objetivo.

Comprendiendo los trabajadores y Guardias de Asalto las intenciones de esa retirada, fueron presentando aisladamente, la batalla a esos puestos avanzados reduciéndolos, uno a uno, hasta quedar cercado virtualmente el Convento, lo que ocurría hacia el mediodía.

En el cuadro de combate de este Regimiento, formaba desde la seis de la mañana, una aportación considerable de Guardia Civil, mandada por el comandante Recas, que se incorporó al Regimiento siguiendo las vicisitudes de éste.

El asedio al Convento se mantenía firme, pero las ventanas desde donde disparaban soldados, guardias civiles y curas, eran puntos mortíferos para los sitiadores...

La artillería de Montaña número 1 o las balas de papel

Las baterías mandadas por el capitán Sancho Contreras — y que a las once de la mañana ya estaban en poder del pueblo — fueron las primeras en salir, logrando esquivar la vigilancia que los trabajadores montaban en el cuartel de los Docks, por lo que consiguió cruzar Barcelona y llegar hasta la Plaza de España sin más custodia que la de los pocos artilleros que servían la batería. Es la mejor acción bélica realizada por los sublevados en Barcelona.

Por los contratiempos que sufrió, este regimiento, demora su salida hasta las 5h.45. El anuncio de que la artillería estaba en la calle fue dado en el patio del cuartel por un cañonazo. Quince minutos más tarde, es decir, hacia las seis de la mañana, salió una batería al mando del comandante Urzúe y López Varela. Precedía a la batería una compañía de falangistas al mando de un teniente de Intendencia. Con unos minutos de intervalo salió otra formación militar, precedida de otra batería al mando del capitán Torres; y detrás de ésta la cuarta batería, con sus cuatro piezas y ametralladoras correspondientes, al mando del capitán José de la Guardia...

La marcha hasta el puente de San Carlos se hizo sin dificultad, pero en el cruce de la avenida Icaria, grupos de obreros, de Guardias de Asalto y Seguridad abrieron fuego contra los sublevados. Los facciosos se vieron acosados por dos flancos por lo que hubieron de detener el avance e intentar emplazar los cañones y las ametralladoras, cosa que no resultaba fácil. Hubo repliegue de fuerzas. Una sección ocupó posiciones en la avenida Icaria, de cara a la Plaza de Toros Monumental para defen-

derse de los ataques de los obreros procedente de ese punto. Otra sección emplazó una ametralladora en el paso nivel que, por la estación de mercancías, abre el paso del puerto, con objeto de impedir que se les cerrara la retirada al cuartel.

Una vez asediadas, sin poder avanzar ni retroceder, esas tropas se mantuvieron a la defensiva. Durante ese tiempo los facciosos lograron situar algunas ametralladoras en las azoteas de unas casas... Las baterías de López Varela, que fueron las únicas que se pudieron emplazar, abrieron fuego contra las barricadas... «Los objetivos de la artillería habían fracasado», comunicó el comandante Urzúe a López Varela «que volvía al cuartel a buscar refuerzos.»

Mientras esos refuerzos llegaban, la tropa al mando del capitán Varela se situó en el edificio del Economato situado en la estación M. Z. A. El tiroteo era duro y persistente, había momentos en que, a causa de los disparos que caían sobre los cargamentos de los mulos, provocaban las explosiones de la carga, viéndose a esos animales correr despavoridos entre los combatientes. Todo ese aspecto de guerra callejera no impedía que se desarrollase una lucha a muerte, sin cuartel. Las fuentes fascistas dando cuenta de esta batalla escriben: «como el acoso se realizaba de las azoteas y bocacalles próximas, en las que los obreros habían levantado barricadas con balas de papel, y desde el edificio de la Escuela Náutica, la situación de la tropa (facciosa) era insostenible. Reiteradamente los cañones de López Varela disparaban contra las barricadas obreras deshaciéndolas, pero volvían a rehacerse y la situación continuaba igual.» (27).

Esa situación se mantuvo hasta las 9 h. 30 en que los facciosos comenzaron a iniciar la retirada hacia el cuartel, obedeciendo las órdenes de su coman-

(27) Lacruz, op. ct., pág. 56.

dante, pero esa orden no era fácil cumplirla, pues a medida que los soldados se retiraban, las balas de papel — que servían de barricadas — empujadas por unos iban avanzando, a medida que otros, resguardándose tras ellas disparaban. La retirada en estas condiciones fue un romper de filas. Y pese a que las ametralladoras barriaban la zona de lucha obreros y guardias dieron el asalto final, quedando presos los oficiales y en manos de los trabajadores, varios cañones. Libres los soldados de la coacción de los oficiales, confraternizaron con los trabajadores uniéndose a ellos. Esto ocurría a las 10 de la mañana. Era la primera batalla que el pueblo había ganado.

Los cañones en manos de los obreros encontraron pronto improvisados artilleros que iban a acelerar el triunfo de los trabajadores contra los facciosos... Los que pudieron ganar el cuartel se encerraron en los Docks y comenzó un asedio tenaz al cuartel de Artillería de Montaña número 1. El pueblo, dueño de la calle, levantaba barricadas a menos de cien metros de la puerta principal.

Mientras los artilleros se batían en retirada, encerrándose en el cuartel, había movimiento de tropas en el cercano cuartel de Infantería, donde el teniente coronel Roldán estaba ya decidido a sacar la tropa a la calle. Durante las primeras horas, Llano de la Encomienda había estado telefoneando al teniente coronel del cuartel de Alcántara para que ayudara a sofocar la rebelión, pero éste contestaba con medidas dilatorias. Sólo comenzó a actuar hacia las ocho de la mañana, cuando desde Capitania, el miembro faccioso, capitán Lizcano, le anunció «que el general Burriel era dueño de la situación y allí Llano estaba neutralizado. Entonces se le ordenó que sacara dos compañías a la calle para que una de ellas se apoderase de la emisora de Radio Barcelona y la otra fuese en auxilio de la artillería de Montaña número 1, acosada por el

pueblo» (28). Pero antes de relatar en qué forma Roldán cumplió las órdenes, veamos en qué situación se encuentra la artillería Ligera número 7 a esas horas.



El regimiento de artillería ligera número 7 se puso en movimiento a la misma hora en que las fuerzas facciosas salieron de otros cuarteles. A este regimiento se le asignó la misión de apoyar al Regimiento de Infantería de Badajoz, que tenía la misión a su vez de proclamar el Estado de Guerra y apoderarse del centro de Barcelona. (Plaza de Cataluña, Telefónica, etc.). La Primera agrupación, costeanado Barcelona por el norte llegó hasta la calle de Balmes por la altura de la Diagonal, pero no pudo seguir hacia el centro, ya que estaba literalmente asediada por los grupos obreros acantonados y parapetados en ese sector. Por lo que respecta a la Segunda agrupación, ésta pudo llegar hasta la calle de Clarís hacia las siete de la mañana. Sin embargo había ido dejando cadáveres a su paso a lo largo de todo su trayecto en diversos choques, y las tropas estaban bastante mermadas. Llegado a la calle Clarís intentó cruzar la calle de las Corts, pero allí encontraron una fuerte resistencia por parte de los grupos obreros y Guardias de Asalto que disparaban de todos los lugares. Vista, por los oficiales que mandaban estas fuerzas, la imposibilidad de avanzar, los capitanes Reinler, Montesino y Torres Chacón dieron orden a los artilleros para que emplazaran las piezas de artillería en el cuadro comprendido entre las calles Clarís-Lauria-Diputación-Gran Vía.

Las piezas estaban precedidas por una línea de ametralladoras y protegidas por fuerzas de artilleros-falangistas que se defendían de los ataques pro-

(28) Lacruz, op. ct., pág. 38.

cedentes de la zona de la Diagonal. Eran las ocho de la mañana cuando tronó el cañón, soliviantando a los grupos obreros que atacaban el Hotel Colón, la Telefónica y el Dorado, puntos fuertes de la resistencia de la infantería de Badajoz. Para sitiadores y sitiados, el cañoneo tenía significación: «Si es nuestra la artillería, nuestra victoria es segura...»

La lucha se prolongó hasta las nueve de la mañana en que el Regimiento de Infantería de Alcántara (cuartel del parque de la Ciudadela) salieron dos compañías, una de ellas, al mando del capitán faccioso Maeztú, quien recibió la orden de ocupar el número 12 de la calle de Caspe, lugar en que se encontraba la emisora de Radio Barcelona, que cada cinco minutos radiaba:

«Los facciosos dominados por el pueblo, sufren derrota tras derrota y, no pudiendo cubrir ningún objetivo de los fijados en su plan de ataque, se refugian en los lugares que encuentran a su paso. En estas condiciones y sitiados por el pueblo, se encuentran: el Regimiento de Caballería de Montesa, en la Plaza de la Universidad, las tropas de Infantería de Badajoz, en la Plaza de Cataluña; las del Regimiento de Caballería de Santiago en el sector de Lauria; en cuanto a los artilleros de los Docks, los grupos armados y los guardias de Asalto que actúan en ese sector tienen completamente dominados a los facciosos...»

La otra compañía al mando del capitán faccioso Pulido, que tenía como misión socorrer a los artilleros de los Docks, sufrió el primer encuentro serio al desembocar en la avenida Icaria. Allí se entabló un duro tiroteo entre soldados y grupos armados. Protegidos por las descargas procedentes del cuartel «algunos soldados y el capitán pudieron entrar dentro del recinto, cuya entrada desalentó y abatió aun más a los oficiales (facciosos) que se encontraban en los Docks.» (29).

(29) Lacruz, op. ct., pág. 40.

En cuanto a las fuerzas armadas mandadas por el capitán Maeztú, siguieron bordeando el parque hasta desembocar en el Paseo de San Juan, aproximadamente entre las 8 horas 30 y 9 de la mañana. Al llegar a ese punto los soldados se encontraron frente a unas fuerzas de la guardia civil, mandadas por el coronel Escobar. Unas y otras quedaron frente a frente, sin saber que actitud tomar. El capitán Maeztú avanzó al encuentro del coronel Escobar, y después de intercambiar «unas palabras», la Guardia Civil y los soldados siguieron distintos itinerarios. Escobar hacia el Palacio de Gobernación, según las órdenes del general Aranguren para defender ese Palacio de un posible ataque de la artillería de Montaña. Pero esa orden Escobar la había recibido hacia las siete de la mañana, virtualmente ahora, el Palacio de Gobernación estaba fuera de peligro y materialmente derrotados los artilleros. Por lo que respecta a los de Infantería, al mando de Maeztú, continuaron por el Paseo de San Juan hasta el Arco del Triunfo. Desde allí por la calle Trafalgar, llegaron a la Plaza de Urquinaona... con el objeto de cruzar la plaza y ganar la calle de Claris y por ésta la de Caspe. Pero ese objetivo no se logró. Ya en el Arco de Triunfo hubieron de hacer frente a los grupos armados que disparaban desde la estación del Norte, y ganando precipitadamente la calle de Trafalgar, se encontraron al llegar a Urquinaona, materialmente asediados y entre varios fuegos. El fragor del combate de la plaza de Cataluña con el incesante sonar de las ametralladoras y el ruido de la fusilería y ametralladoras de la calle Lauria, y desde el convento de las Carmelitas constituían aquella zona, la más batida y mortífera de la lucha.

Entre los facciosos, cortadas las comunicaciones telefónicas que los unían y las que habían iniciado de la primera hora para comunicarse a través de

Francia (30), los hundía en un desconcierto terrible y los obligaba a actuar a ciegas. Las órdenes que los facciosos daban desde Capitanía eran interceptadas por los servicios de Correos, que estaban en poder de un comité revolucionario desde la noche del sábado y retransmitidas directamente después a Gobernación.

En esa situación, repetimos, la lucha la sostenían por sorpresa, encontrándose en cada bocacalle con un obstáculo imprevisto. Por otro lado dificultaba la tarea la táctica seguida por los trabajadores que sin formar frente en parte alguna, desplazaba los grupos de un lado a otro con una facilidad sorprendente.

Ocurrió, pues, que esa compañía de Infantería, incapaz de alcanzar la calle de Claris, hubo de refugiarse en la de Lauria, situándose en pleno centro del combate que se sostenía contra los artilleros del Séptimo Ligero. Presionado desde varios puntos la lucha duró hasta las diez de la mañana, y vista la derrota, el capitán y un alférez abandonaron la tropa, buscando refugio en una casa cercana del Hotel Ritz. La tropa, libre de sus mandos, se entregó sin resistencia...

Camiones contra cañones

Como la resistencia de los artilleros del Séptimo Ligero se prolongaba se decidió poner fin a ella recurriendo a la sorprendente medida de atacar de

(30) «Espagne Antifasciste» número primero de agosto 1936. Publica un interview de Arcos, miembro del Comité de Correos en el cual explica que durante la lucha se percataron que los facciosos se comunicaban por vía fran-

frente la línea de ametralladoras. La iniciativa corrió a cargo de un grupo de militantes de la CNT y de la FAI, quienes montados en «tres camionetas las pusieron en marcha a máxima velocidad, desembocando en la avenida, a cincuenta metros de la torpa, contra la que se lanzaron los tres vehículos. La línea de ametralladoras no tuvo tiempo de percibir esos bólidos a 120 kms. por hora, y los camiones cayeron sobre ellos, destrozando así la línea defensiva de los sublevados. Perseguidos ya por los obreros que habían descendido de los camiones, se encontraron con que las ametralladoras hacían fuego contra ellos.» (31).

Este fue el botín más importante tomado al enemigo. Y he aquí, donde el obrero portuario Lecha, corpulento y con conocimientos de artillería por haber servido en esa arma, tomó un cañón e hizo la proeza de pasearse con él hasta la plaza de Cataluña, y poner sitio más tarde a Capitanía General, refugio del general Goded.

A la misma hora en que se obtiene el triunfo sobre el Regimiento Ligero de Artillería, a las once de la mañana, en el otro extremo de la ciudad, en la Brecha de San Pablo, los grupos anarquistas triunfan también sobre los de caballería, conquistando el dominio del Paralelo.

La derrota de los facciosos va perfilándose claramente, inclinándose la balanza en favor de los trabajadores. Los obreros portuarios de la Barceloneta tienen sitiado también el cuartel de los Docks y, en su poder varias piezas de artillería tomadas bravamente a López Varela.

cesa y que Correos envió comunicado al sindicato de P. T. T. francés para que intercedieran a fin de que todas las comunicaciones se realizaran por las vías gubernamentales republicanas.

(31) Citado por Santillán, ob. ct., pág. 32, por Block, ob. ct. pág. 34 y por André Malraux «L'Espoir» pág. 33.

Los obreros que estaban en la Brecha, animados por Ascaso, después de fortificar esas posiciones, remontan unos el Paralelo para ir a terminar con el foco de la plaza de España y otros, a través del casco viejo de Barcelona en dirección hacia Atarazanas, donde se sigue sosteniendo una lucha tenaz: pero los más tomaron por la ronda de San Antonio y se dirigieron hacia la plaza de la Universidad, lugar en que la lucha es singularmente dura.

En la plaza de Cataluña, la lucha se mantiene difícil y dividida en dos sectores: rambla con calle Pelayo, y el sector opuesto, telefónica con calle Fontanella. Desde el hotel Colón las ametralladoras siguen batiendo los jardines y puntos de apoyo que ofrece la plaza.

Varios grupos atacaban por el sector de la rambla, tratando de mejorar sus posiciones, mientras Durruti orientaba a los trabajadores con el fin de que, resguardados por los árboles y otros puntos factibles de servir de parapeto, sigan estrechando el círculo de tiro de los facciosos del hotel Colón y de la telefónica.

Cuando el agobio era terrible por el calor y por el olor de pólvora que secaba las gargantas, por el coraje con que se arrostraba el ataque y por las víctimas que yacían en la playa sin posibilidad de ser evacuadas, caídas en el momento de saltar de un refugio a otro punto de apoyo, sonó un cañonazo. A las cinco y cuarenta y cinco, dentro del cuartel de artillería de los Docks, el mando faccioso había hecho tronar el cañón para demostrar que la artillería estaba en la calle, ahora, a las once de la mañana, el compañero portuario, Lecha, hace tronar el cañón para animar a los obreros combatientes. Dos momentos decisivos en esta gloriosa jornada.

Los grupos obreros se interrogaron ansiosos al oír tronar el cañón tan cercano. Pero la ansiedad dura sólo un momento, la noticia voló pronto de

boca en boca: Son los nuestros, que han arrancado los cañones de las manos fascistas.

A las dos de la tarde la Guardia Civil acudirá a la plaza de Cataluña. Pero antes es preciso conocer cuál era el espíritu de este cuerpo y su comportamiento en esta jornada, cuya victoria sólo corresponde a los primeros grupos de la FAI y de la CNT, a los que dijeron «¡presente!» al romper el alba, en la hora de las grandes decisiones: «Los que luchaban realmente en las primeras filas — escribirá más tarde Santillán — eran casi todos militantes de nuestros grupos de la FAI, camaradas que se conocían íntimamente desde muchos años y que comprendían la trascendencia de la hora en que vivían... «Cuando la lucha, después de las diez de la mañana fue tomando más cuerpo, comenzaron a verse voluntarios de todas las tendencias y gentes que no podían permanecer impasibles ante una contienda tan apasionada y de tanta magnitud... pero es un hecho real que aquella victoria se debió a nosotros y que nos ha costado centenares de nuestros militantes más probados..., nosotros no teníamos un estado mayor dirigiendo las operaciones de la calle desde un despacho confortable. Nuestro verdadero estado mayor estaba allí, donde estaba el peligro y trazaba los planes mismos del ataque en el terreno mismo de la acción.» (32). Confirmando esta participación a que hace referencia Santillán, André Malraux, en «L'Espoir» escribe: «Los guardias civiles y los guardias de Asalto luchan en el centro y los comunistas eran contados (peu nombreux) en Barcelona, esto hacía que, de hecho, los jefes de este combate que se libraba fueran jefes anarquistas.» (33).

(32) Santillán, pág. 40.

(33) Malraux, op. ct., pág. 28.

La Guardia Civil, cuerpo muerto

Cuando el general Aranguren, desde Gobernación, dio la orden al coronel Escobar, a las cinco de la mañana, de que preparase fuerzas para cortar el paso al Regimiento de Caballería de Santiago, la Guardia Civil se ponía a prueba. Y esa prueba no la resistió. Cuando el teniente coronel Lara ordenó al capitán Pin que dispusiera de varias camionetas para cortar el paso a la caballería, éste le dijo «que él no haría armas contra el Ejército». Ante esta negativa se ordenó lo mismo a otros capitanes, que replicaron de la misma manera. Fue sólo al presentarse el comandante Recas, comprometido directamente con el alzamiento, cuando salieron esas tropas y, ya en la calle, al ponerse en contacto con los de caballería, Recas se pasó al lado faccioso.

En estas condiciones, para los mandos de la Guardia Civil era aventurado encomendar otra misión cuyo desenlace no podía preverse. Por lo tanto, al ser requerida de nuevo la Guardia Civil para que saliera hacia la Diagonal, Aranguren insistió a Escobar para que pusiera al frente de ellas una persona de probada lealtad. A las seis de la mañana, Escobar encargó al teniente coronel Moreno Suero de esa otra nueva salida, que no tuvo historia, puesto que la Guardia Civil volvió al cuartel a instancias del coronel Pérez Farrás, quien, seguramente, se sentía más tranquilo con la Guardia Civil acuartelada que en la calle...

**

Los aviones de Díaz Sandino habían volado sobre los cuarteles de Pedralbes, San Andrés y Atarazanas, entre las once y las doce de la mañana. Pero

entre las doce y la una otros aviones volaban sobre la ciudad de Barcelona. Uno de ellos conducía a Goded, quien desde el espacio contemplaba a la Barcelona insurrecta, a la Barcelona revolucionaria...

Pero desde su avión Goded no podía ver lo que realmente ocurría en Barcelona. La realidad era que el fascismo estaba virtualmente vencido y que los trabajadores eran dueños de la situación. En todas las barriadas, quienes estimulaban, dirigían y controlaban las barricadas eran los más revolucionarios.

Y esos combatientes coordinados se orientaban, según las consignas que emanaban del lugar donde el Comité Regional de la CNT y de la FAI habían instalado su punto de convergencia. Este ya no estaba en los sindicatos, sino en un imponente edificio que se levantaba en la Vía Layetana frente a la sede del Banco de España, más conocido por «casa de Cambó» que por el Instituto de Fomento del Trabajo, y que a partir de ese momento será mundialmente conocido por «casa de la CNT-FAI».

La consigna de paso en la calle era ya única: «CNT-FAI», y esa misma consigna la daban las bocinas de los coches que circulaban, en un noventa por ciento con los mismos anagramas, al llegar a los puntos donde los obreros, tras la barricada, guardaban las salidas o entradas de la ciudad.

Las banderas rojinegras se habían multiplicado, apareciendo sobre las barricadas, en los balcones y edificios... Los guardias de Asalto y los guardias civiles, que habían roto con la disciplina del cuartel seguían fascinados por las órdenes de Durruti, de Ascaso o de cualquier otro militante convertido, de hecho, en alma conductora de ese movimiento revolucionario.

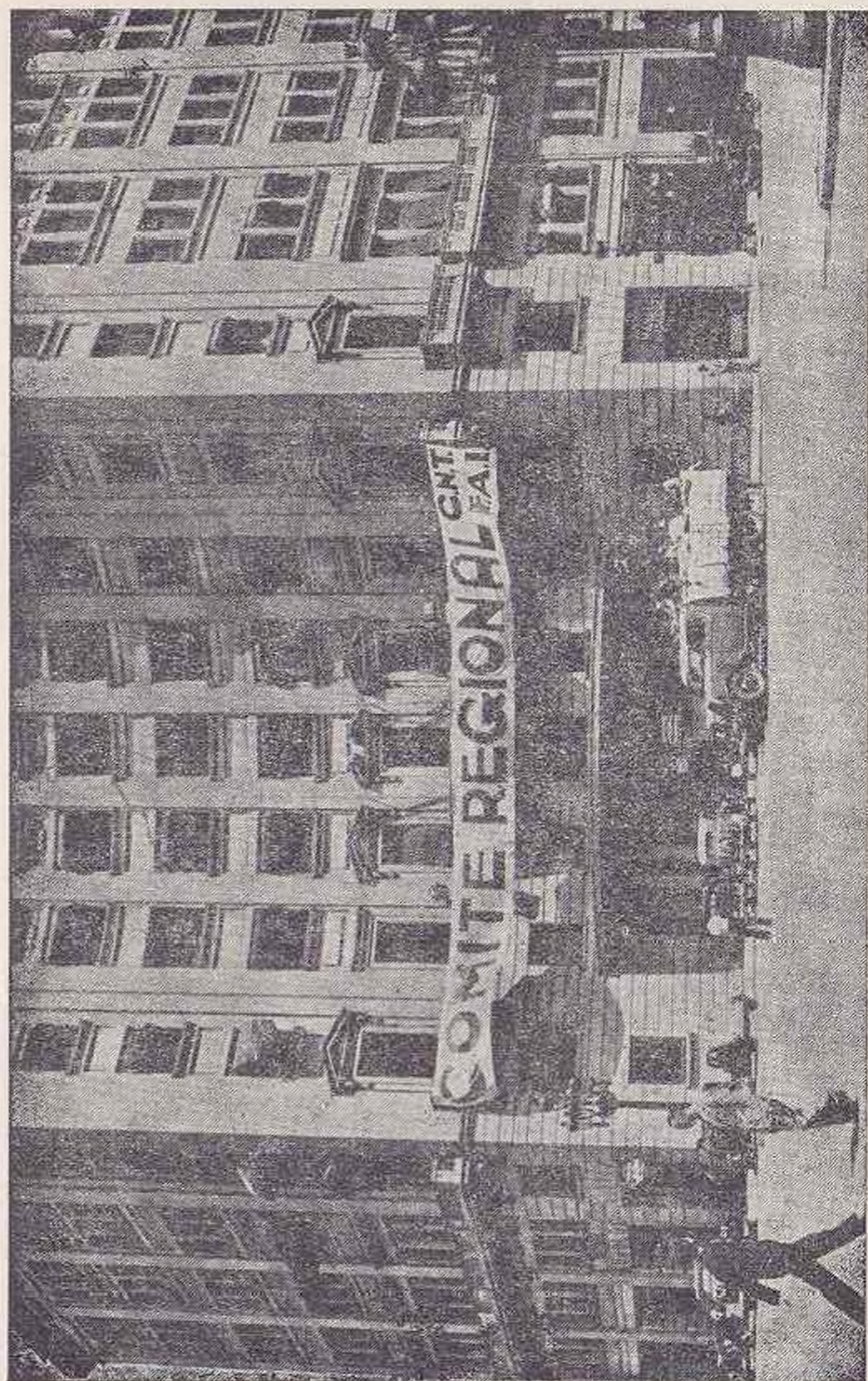
Cada minuto que transcurría era un paso adelante que daban los trabajadores. Varios talleres y fábricas metalúrgicas estaban ya bajo el control obrero y se aprestaban a fabricar bombas de mano

o comenzaban la construcción de los primeros coches blindados.

Company's en la Generalidad, Escofet en la Jefatura o el consejero de Gobernación no eran otra cosa que figuras anecdóticas del momento, sin influencia ni peso en los acontecimientos. Las órdenes de los trabajadores de la CNT tenían todo el peso y todo el crédito de una orden que había que cumplirse incluso por las fuerzas procedentes del orden público burgués, que había fenecido o incluso obreros de otra filiación política.

Era el triunfo neto de la revolución social con unas características nuevas, tal vez como jamás se habían conocido...

La casa de Cambó, Via Layetana (Via Durruti), ocupada durante la revolución por los trabajadores de la C. N. T. y de la F. A. I. →



VI

LOS GENERALES LEJOS DEL FUEGO

Donde hay ejército hay generales, lo que no quiere decir que los generales estén en primera línea, pero la singularidad de los hechos que ocurrieron en Barcelona entre los días 19 y 20 de julio, radica en que los generales no sólo no estuvieron en primera línea sino que su acción es lo anecdótico de la lucha. Y si pasan a la historia es porque los que actuaron al lado del pueblo lo hicieron con entereza y valor, mientras que los que se sublevaron, a más del acto de rebelarse contra la República, fueron incapaces hasta, llegado el momento final de su derrota de ser consecuentes con su traición.

Pero cedamos el paso a los hechos.

El general Llano de la Encomienda

Pese a encontrarse este general, que representaba al poder militar en la región, dueño del edificio de Capitanía General, ello no quería decir que fuera dueño también de los resortes militares que tenía en sus manos, los cuales estaban minados por los militares sublevados. Así sus órdenes eran saboteadas y sus servicios de información inoperantes. Pero no obstante, tan pronto tuvo la convicción que

se realizaban en los cuarteles movimientos sospechosos envió al viejo general de brigada San Pedro Aymat a los posibles focos de insurrección con el fin de que valiéndose de su prestigio conminara a los mandos para evitar la lucha.

Despachando a San Pedro hacia el cuartel de Infantería de Alcántara y de cuyas actividades ya ha quedado informado el lector, Llano de la Encomienda se puso al habla con el general Burriel acantonado con el regimiento de Montesa en el cuartel de Tarragona, y también sabemos de la conversación habida y sus resultados. Tras estos intentos comprendió el general que era preciso rodear a Capitanía de una fuerza militar que la defendiera ante un posible asalto exterior e incluso precaverse contra los oficiales facciosos que actuaban ya dentro de Capitanía considerándose dueños de la situación. Para ello conferenció con el regimiento de Badajoz, solicitando de éste el envío urgente de una compañía para fortalecer el retén de guardia de la división. López Amor, jefe sublevado del regimiento después de encarcelar al coronel Espallargas, designó al capitán López Belda para que saliese con una compañía, dándole instrucciones concretas para que colaborase con los oficiales adictos al alzamiento y todos juntos someter a Llano a las directivas de la Junta facciosa (34).

El capitán López Belda pudo llegar a Capitanía después de sortear diversos obstáculos y sostener un duro tiroteo con el retén de carabineros de guardia en el Puerto de la Paz, así como los grupos de obreros armados que sitiaban ya el cuartel de Atarazanas.

En Capitanía se inició el forcejeo entre los militares facciosos y Llano de la Encomienda, que persiste enérgicamente en su intento de mantener a la

(34) Lacruz, pág. 18.

tropa fiel a la República. En la ciudad se ha generalizado la lucha y se sostiene briosa batalla en los centros que quedan relatados en los capítulos anteriores.

Burriel, que hasta el momento no ha dado prueba alguna de iniciativa en tanto que jefe de la sublevación en ausencia de Goded, se ha limitado, desde las cinco de la mañana en que salieron los tres escuadrones del regimiento de Montesa, a esperar junto al teléfono hipotéticas llamadas, comunicándole la victoria. Visto que el teléfono seguía mudo y marcando ya las agujas del reloj las ocho de la mañana, decidió ponerse al habla con Goded, quien ya había declarado el estado de guerra en la isla de Palma de Mallorca, iniciándose la lucha entre los sublevados y los obreros enérgicamente. Conseguida la comunicación entre ambos generales se entabló el siguiente diálogo:

Burriel. — «Mi general, la batalla nos es favorable.

Goded. — ¿Qué posición tiene el general Llano?

Burriel. — En Capitanía, pero frente a nosotros.

Goded. — ¿Preso?, indagó Goded.

Burriel. — No. En libertad... pero vigilado estrechamente.

Goded. — Eso es una locura, repuso Goded: o con nosotros o encarcelado. Libre, de ninguna manera. Mis órdenes son terminantes. Cúmplalas, general Burriel.» (35)

Desplazarse desde el cuartel de Tarragona era una verdadera aventura. No se conocía la suerte que habían seguido los escuadrones que debían enlazar con las tropas del puerto; en estas condiciones salir a esa hora hacia Capitanía era expo-

(35) Lacruz, pág. 25, op. ct.

nerse a caer en manos de los grupos armados que comenzaban ya a dominar al escuadrón que sostenía batalla en la plaza de España y quedarse parado en Montesa era dejar incumplida una orden que más tarde, en el supuesto que la victoria se decidiese por el lado sublevado, podía costar la vida a Burriel. Su capitán ayudante salvó la situación informándole que siguiendo un itinerario fuera de las zonas de tiro y valiéndose del coche blindado que había en el patio, quizás se pudiera llegar a Capitanía sin contratiempo.

Pero en realidad no había más itinerario que el del Paralelo, en donde afortunadamente para Burriel seguía dominando la situación el escuadrón de Caballería que había asaltado la barricada levantada por los obreros en la Brecha de San Pedro. Gracias a esto y a la defensa que ofrecía el fuego cruzado de Atarazanas y Dependencias Militares, no existía más peligro que sortear que el que ofrecían los carabineros que desde el edificio de la Aduana dominaban parte del Puerto de la Paz. Así, acompañándole la suerte logró llegar Burriel y su ayudante a Capitanía hacia las nueve de la mañana.

Las escaleras fueron subidas al trote y queriendo hacer una entrada espectacular al penetrar en las oficinas en que Llano tenía instalado su puesto de mando, ordenó a sus ayudantes que se tuvieron prestos a repeler cualquier agresión. Pero tan pronto Llano apercibió a Burriel, ordenó, sin mediar explicación alguna: «Deténgase a ese general faccioso». Pero Llano, que estaba rodeado de oficiales y jefes comprometidos en el alzamiento, era un general sin mando. Ningún oficial hizo ademán de detener a Burriel y éste, avanzó satisfecho, instando a Llano para «que declarase el estado de guerra y que entonces el ejército se retiraría a sus cuarteles».

«— Eso es imposible. Es la Generalidad y el

pueblo armado quien dirige la lucha, le repuso Llano.

— General, queda usted detenido, fue la respuesta de Burriel.

Los oficiales, al oír esta orden apuntaron a Llano con sus pistolas.»

El capitán general, que no se impresionó por aquella salida espectacular, correspondió a Burriel con una frase lacónica, pero contundente:

«— Están ustedes fracasados.»

Como epílogo a esta escena, la crónica facciosa hace el comentario siguiente: «La frialdad de aquel hombre llenó de cólera a la oficialidad (facciosa), quienes quisieron acabar con él a pistoletazos, cosa que Burriel evitó, quizás porque sentía ya el peso de la derrota, interviniendo: he ordenado que preso nada más.» (36)

Dueño, Burriel, de Capitanía hizo lo propio que en el cuartel de Montesa: Esperar a que llegara Goded. A esa hora, hacia las diez de la mañana, en la bahía de Palma de Mallorca amaraban cinco «savoiias» con la misión de conducir Goded a Barcelona, tomando vuelo hacia la capital, media hora más tarde, cuatro de ellos con todo el estado mayor del general. Sobre las doce y media los «savoiias» avistaron Barcelona. Goded ordenó al piloto que lo conducía que diera una vuelta por la ciudad antes de amarar, ya que quería darse cuenta de cuál era la situación real de la lucha. El vuelo de exploración duró unos diez minutos y desde la altura Goded pudo ver claramente que las tropas estaban sitiadas sosteniendo combates callejeros.

Al posarse los hidroaviones en la base naval de la Aeronáutica salieron al encuentro del general los oficiales que había enviado Burriel con la misión de darle escolta. Fue recibido con gritos de «vivas».

(36) Lacruz, op. cit., pág. 25.

que alertaron a los «auxiliares» de la base, quienes habían creído que el alzamiento era «un movimiento anarquista contra la República», comprendiendo ahora netamente que la sublevación era eminentemente militar y contra el gobierno, lo que hizo que comenzasen ya a preparar una revuelta contra la oficialidad facciosa.

El recibimiento hecho a Goded era más protocolario que entusiasta y pese a que a este general le atraían esa clase de recibimientos, en esta ocasión por entusiastas que hubiesen sido no hubieran podido borrar la imagen que Goded había recibido a la vista de Barcelona.

El comandante Lázaro, jefe del estado mayor del general, se acercó un momento a Goded y deslizó a su oído:

«— Mi general, creo que nos metemos en una ratonera...

— Ya lo sé. Pero yo he dado mi palabra y aquí estoy.»

Mientras este diálogo se sostenía en voz baja claramente se oía el fragor del combate por las descargas de la fusilería y el tableteo de la ametralladora.

Un oficial se acercó a Goded para prevenirle que el camino que había que seguirse hasta Capitanía era muy peligroso.

A lo lejos tronó un cañón.

«— ¿Está la artillería en la calle?, preguntó Goded?

«— Sí, mi general — le repuso un oficial: Esta mañana salieron unas baterías... pero cayeron en poder del populacho.»

En estas circunstancias subieron en un coche blindado que les condujo a Capitanía hacia las trece horas. Goded, al ver a Llano rodeado de oficiales no pudo reprimir su cólera:

«— ¡Traidor!

«— El traidor eres tú.»

Goded echó mano a la pistola, pero Burriel se interpuso:

«— Un tribunal de honor juzgará su traición.»
Llano sonrió sarcástico. (37)

Un reinado que dura sesenta minutos

El general Burriel, al suplantar a Llano de la Encomienda se sentó en la silla del general y esperó, pacientemente la llegada de Goded. Ahora, suplantado Burriel, Goded traza su plan de ataque para sacar a las tropas facciosas del callejón sin salida en que el pueblo las ha arrinconado. En ese **plan Goded**, es una pieza decisiva la Guardia Civil, única que puede venir en auxilio de los sublevados. Los servicios de información establecidos por los facciosos informan al jefe de la sublevación que el general Aranguren se encuentra en Gobernación y Goded entabla relación telefónica con él:

«— General Aranguren, grita Goded por teléfono, póngase usted a mis órdenes.»

Aranguren desde el otro lado:

«— Yo sólo obedezco órdenes de la República.»

Goded exhaló una exclamación:

«— Es increíble que usted, mi general, ante la ruina de España no sepa decirme otra cosa.»

Y Aranguren con su calma imperturbable:

«— Pero, Goded, contra quien se subleva usted, contra el gobierno o contra el régimen?»

«— Contra el gobierno, lo del régimen es cosa aparte, que se resolverá cuando convenga.

(37) Lacruz, op. ct., pág. 25.

«— Si es así, le informó Aranguren, debería usted saber que desde esta mañana tenemos nuevo gobierno.

«— No es nuevo gobierno, replicó Goded, perdiendo la paciencia, sino los mismos partidos.» Y cambiando el tono de acritud por la afabilidad, insistió de nuevo: «Piense usted, general Aranguren, que el ejército está en pie y no se podrá evitar nuestro triunfo.»

«— Y usted debe tener en cuenta la realidad de los hechos: el gobierno domina la situación y el alzamiento de ustedes es un fracaso completo...»

Goded cortó colérico:

«— ¿Es su última palabra, Aranguren?

«— Mi última palabra, Goded.

«— Entonces será muy triste para nosotros tener que luchar contra la Guardia Civil, pero no habrá más remedio, general Aranguren...» (38)

Aquella calma del general de la Guardia Civil sacó de quicio a Goded, y mirando despreciativamente al general Llano de la Encomienda, que seguía imperturbable las idas y venidas de Goded alrededor de la gran sala de Capitanía, le dijo:

«— Aranguren es un traidor como tú.»

Llano pasó en silencio el insulto. Burriel, nervioso, trataba de achicarse para no recibir la cólera del soberbio Goded. Era un trío de generales frente a frente, con una cohorte de coroneles y oficiales que no sabían qué hacer...

Goded tomó de nuevo el teléfono y pidió contacto con el regimiento de Infantería de Alcántara.

El teniente coronel Roldán, que ya conocía la llegada de Goded, acudió a la llamada:

«— ¿Eres tú, Roldán? Te llamo para comunicarte que me he hecho cargo de la división y que voy a

(38) Escena relatada por Lacruz y Santillán en las obras citadas.

lanzar una operación de reconquista. ¿Qué fuerzas tienes ahí?»

Desde Alcántara la voz sin entusiasmo de Roldán explicó la situación:

«— Dispongo de casi todo el regimiento... pero el cuartel está rodeado por el populacho..., dos compañías que han intentado salir han quedado deshechas. Los soldados creen que luchamos para defender la República, pero esta situación no se podrá aguantar por mucho tiempo y sólo Dios sabe lo que puede suceder tan pronto sepa la tropa que nos levantamos contra ella...»

Goded no comentó la información de Roldán sino que secamente le dijo:

«— Espera mis órdenes.»

Junto a Goded seguía el comandante Lázaro, repitiéndole lo mismo:

«— Ya se lo decía yo, mi general, que esto era una ratonera...»

Estas palabras le recordaron a Goded los hidros:

«— Lázaro, envía a un oficial a la base naval, ordenando que no salgan los hidros..., pues tendremos necesidad de ellos para bombardear el campo de aviación del Prat...»

La respuesta a esa orden la trajo el capitán Lecuona:

«— Mi general, tan pronto como abandonamos la base, los hidros levantaron el vuelo hacia Mahón.»

Eran las 14 h. 45.

«— Comandante Lázaro, tenía usted razón..., mucha razón. Estamos abandonados... Pero...»

Y Goded volvió a telefonear a Roldán:

«— Envía fuerzas al cuartel de artillería de los Docks, sal tú mismo al frente de ellas, y allí espera mis órdenes para salir escoltando una batería que mandará el propio comandante Urzúe.»

Y después, por teléfono, ordenó lo mismo al comandante de artillería Urzúe:

«— Comandante Urzúe, urge la salida de dos baterías apoyadas por las fuerzas de infantería que

le llegarán o le han llegado ya al mando del teniente coronel Roldán.»

Y el comandante Urzúe, como respuesta al entusiasmo de Goded:

«— Si mi general lo manda se cumplirán sus órdenes, pero debo antes informarle de lo que ocurrió esta mañana, antes de llegar usted: Salí con dos baterías, con sus piezas completas y otras con mosquetones para la protección de ellas, pero fuimos tan terriblemente atacados por grupos de paisanos y guardias de Asalto que la que iba en avanzada cayó en manos del enemigo así como sus oficiales entre los que se encontraba el capitán Varela. Sólo con grandes dificultades pude retirar la otra. Ahora la salida del cuartel es mucho más difícil, puesto que el populacho ha levantado una barricada a poco menos de cien metros desde la que dominan la entrada principal del cuartel, así que en estos momentos estamos sufriendo un duro tiroteo a causa de que los que se encuentran en la barricada y otros puntos, se han dado cuenta de la entrada de refuerzo de Roldán... Puedo decirle que estos refuerzos nos han llegado por verdadero milagro... Esta es mi situación, mi general...»

Goded:

«— Permanezca ahí, hasta ver si es posible organizar otra cosa...» (39).

«— Abandonado, abandonado...», repetía Goded. Y Llano desde el otro extremo:

«— Derrotados, que no es lo mismo, Goded.»

«— Aún no, Llano.»

«— Lázaro, envía un radiotelegrama a Palma para que se nos envíe urgentemente un batallón de infantería y una batería de Montaña. Otro cable a Zaragoza, solicitando envío rápido de fuerzas. Intenta ponerte al habla con Mataró y Gerona para que esas tropas marchen sobre Barcelona.»

(39) Lacruz, pág. 35, y para el resto de entrecomillados la misma obra.

A los pocos minutos el comandante Lázaro venía con la respuesta:

«— Mi general, los radios han sido cursados... imposible relacionarse con Mataró y Gerona: las comunicaciones están cortadas...

«— Envíe a un oficial a Mataró para que personalmente cumpla esa orden.

A los cinco minutos el enviado a Mataró volvía al despacho de Goded:

«— Imposible salir de Capitanía, estamos rodeados...»

*
**

La atmósfera que reinaba en los salones de Capitanía era deprimente. Los «briosos» oficiales que por la mañana querían abatir a pistoletazos al general Llano, lo miraban ahora con una cierta deferencia como queriendo borrar el «brío» empleado por la mañana. Entre ellos cuchicheaban ya sin recato y sin importarles la presencia de Goded que se mantenía aislado de los grupos de oficiales y jefes que se dividían en dos grupos, los que propugnaban por una rendición inmediata, entre ellos Burriel, y los que querían resistir a ultranza...

Goded seguía paseándose por el amplio salón y a su lado el asustado comandante Lázaro que seguía murmurándole:

«— La ratonera, la ratonera...»

VII

PLAZA DE CATALUÑA Y UNIVERSIDAD

Después de los intentos fracasados del general Goded para reanimar la lucha fascista, el pueblo en posesión ya de buen armamento ataca a los bastiones que resisten aún a la acción de las masas revolucionarias.

La lucha era desesperada en todos los lugares. Las calles estaban cercadas con barricadas levantadas con entusiasmo y fervor por trabajadores y obreros. Los cuarteles prácticamente estaban cercados por los grupos anarquistas, apoyados por toda la población. Los metalúrgicos comenzaron desde la mañana a fabricar bombas de mano improvisadas. Un grupo de la F. A. I. se apoderó por sorpresa del cuartel de Pedralbes y desde entonces pasa a ser el histórico cuartel de Miguel Bakunin, en honor al revolucionario ruso. Mientras todo el mundo, incluso los chiquillos colaboran al triunfo de la causa popular, la guardia civil sigue inactiva concentrada ante el Palacio de Gobernación. Al general Aranguren se le presentó netamente la cuestión: ha llegado el momento de probar a la Guardia Civil. Y es la hora en que Goded da por fracasado el movimiento faccioso en Barcelona. Sólo resisten los focos localizados de los cuarteles del Convento de Carmelitas, de la plaza de Cataluña, de la Universidad y en la entrada de la Rambla, Atarazanas y el Gobierno Militar.

La orden era categórica: «La Guardia Civil debía salir a pacificar la zona Cataluña-Universidad. La

tarea se le encomendó al 19 tercio de la Guardia Civil», es decir al coronel Escobar quien salió al frente de esa fuerza para cumplir la misión encomendada. Hacia las dos de la tarde rompió a andar la columna. Entre la primera comandancia y la segunda, para aislar ambos cuerpos, se intercalaron las tropas de Intendencia fieles a la República. Y en columna abierta y en doble fila, arrimándose a los edificios, avanzó la Guardia Civil remontando la Vía Layetana por Urquinaona, para ganar la Plaza de Cataluña y Universidad. Las fuerzas populares flanqueaban esa columna con desconfianza y recelo. La Plaza de Cataluña hormigueaba de gente acantonada en las calles adyacentes y en las bocas de los Metros. Era el momento del asalto final a esta zona. La Guardia Civil inició un recio tiroteo y el cañón de Lecha comenzó también a tronar. Las ametralladoras desde el Hotel Colón, segaban la avalancha de gente que se lanzaba tras la Guardia Civil; mientras otros daban el asalto delante de ella. Al frente de estos grupos se encontraba lo más aguerrido y consciente de la militancia confederal y antifascista. Al cabo de media hora de lucha, en que se ganaba y perdía terreno a cada instante y en que la plaza se cubría de cadáveres, se vieron aparecer banderas blancas de rendición en los edificios.» (40).

Aquello fue el desborde general. La Guardia Civil se lanzó sobre el Hotel Colón que era desde donde las banderas blancas aparecían más llamativas, pero los grupos anarquistas, llevando a su frente a Durruti, afrontaron la Telefónica, en la que los fascistas resistían aún. En el recorrido de la Rambla de Canaletas hasta la desembocadura de la Puerta del Angel quedaron en el suelo más cadáveres; entre ellos el del militante anarquista y secretario de la Federación Local de grupos anarquistas, Obre-

(40) Santillán, op. ct.

gón, pero el avance era tan endiablado y perseverante como tenaz era la resistencia. Al fin, se llegó a la puerta y el primero en entrar fue Durruti tras los militantes ya aguerridos que se repartieron en el edificio para poner fin al combate... La Telefónica la había ganado la C. N. T. y la F. A. I., dejando en esa conquista decenas de sus mejores hombres.

En el Hotel Colón antes que la Guardia Civil penetrase lo hizo un militante obrero y dirigente del P. O. U. M.: Rovira.

Tras esta victoria, la caída de la Plaza de la Universidad fue instantánea. El pueblo entusiasmado y enardecido por la pólvora de aquel combate singular, liberó a los presos que los fascistas no habían tenido tiempo de ejecutar.

Cárcel Modelo

La cárcel Modelo de Barcelona, cuyo ángulo principal se encuentra entre las calles de Entenza y Provenza se encontraba en la mañana del 19 de julio, como casi todas las cárceles españolas, con una importante población carcelaria de militantes de la C. N. T.-F. A. I.-J.J. LL. Para todos estos hombres el triunfo del fascismo era su muerte inminente, suerte que en general ninguno de los encarcelados «pensó en ello en aquellos momentos, pues todos consideraban como imposible un triunfo del fascismo en la capital.» (41). En estas condiciones de ánimo los presos fueron despertados en esa mañana por las descargas de fusilería y cañonazos

(41) Art. Max Valois en «Umbral» 18 de julio 1937.

procedentes del choque entre los grupos paisanos y las tropas de caballería en la Plaza de España.

Las primeras horas pasaron en la inquietud, no de sentirse en peligro, sino inútiles en la lucha que se sostenía en la capital. Esta inquietud fue agrandándose hacia las once de la mañana en que la Comisión que los presos tenían nombrada para tratar con la Dirección se entrevistó con el director y su ayudante. El primero, que ejercía esa función desde el mes de febrero en reemplazo de Rojas, era una persona de sentimientos republicanos cuya mayor preocupación era mantener el orden en el interior de la prisión; en cuanto al segundo era lo que hoy podría llamarse un «individuo progresista» llamado José Vicente. Fue este jefe de Servicios quien aseguró a los presos sociales que no debían temer nada, que sus vidas estaban seguras y que llegado el momento serían puestos en libertad.» Tranquilizados a medias, los comisionados informaron a los detenidos, pero estos volvieron a encargar a la Comisión, hacia el mediodía, que volviese a entrevistarse con la Dirección para pedir que las puertas de las celdas quedaran abiertas con el fin de poder transitar libremente por la galería y poderse visitar entre sí los detenidos. El permiso fue otorgado y cuando varios de ellos se encontraban tomando café en una celda que daba a la calle Provenza (Tercera galería), oyeron vivas a la C. N. T. en la calle. Uno de ellos subió a la ventana y pudo ver un camión atrincherado de colchones, cuyos ocupantes armados de fusil daban vivas a la C. N. T. y a la F. A. I. Desde la ventana fueron contestados los gritos e inmediatamente con los taburetes y otros objetos se comenzó a golpear las puertas, gritando vivas a la C. N. T. y avanzando los presos hacia la cancela. Ese ruido se propagó a otras galerías y aumentó el griterío, pero desde el centro de la cárcel, lugar en que se encuentra el puesto de vigilancia para la oficialidad, se comenzó a disparar al aire, seguro de impresionar a los presos, quienes, replegados

hacia las celdas seguían gritando y dando vivas a la C. N. T. y muertas al fascismo.

Cuando mayor era el desconcierto, uno de los comisionados gritó desde la planta de la galería: «¡Compañeros, salimos en libertad!» Por ensalmo, cesó el ruido y desde el Centro, don José Vicente, dirigiéndose hacia la tercera galería, comunicó: «Bajo mi responsabilidad, quedan ustedes libres», pero «les ruego orden con el fin de ganar tiempo.» (42). Se formaron inmediatamente fila de dos y los detenidos avanzaron hacia la cancela que ya estaba abierta para ganar la calle. Al llegar a la última cancela, y en una mesa, había varios oficiales que iban tomando el nombre de los detenidos...

La salida a la calle se produjo en tromba. En la acera de enfrente de la cárcel había mujeres y hombres que aguardaban a los presos, quienes se confundieron entre abrazos y vivas.

El suspenso duró apenas unos minutos pues el grueso de los presos, a medida que iba ganando la calle, orientados por los que les esperaban se dirigían en grupos hacia los lugares en donde aún la lucha se mantenía...

La cárcel Modelo de la calle Entenza quedó vacía.

Capitanía

Como ya hemos visto en el capítulo anterior, los moradores de este edificio se encontraban divididos en dos bandos hacia las 15 horas, ahora el bando de los capituladores era más importante...

Mientras tanto las avionetas de Díaz Sandino seguían bombardeando los cuarteles pero ahora con octavillas previniendo a la tropa su licenciamiento y la derrota del fascismo en Barcelona. Los oficiales que seguían dominando a la tropa primero pusie-

(42) Testimonio L. R.

ron empeño para evitar que esas octavillas llegaran a manos de los soldados pero no pudieron evitar que algunas fueran leídas por la tropa y tras ello comenzó el amotinamiento de los soldados contra los oficiales, huyendo algunos soldados saltando la tapia de los cuarteles para prevenir a los grupos que ponían asedio a ellos. (43).

Hacia las 16 horas Goded desde Capitanía llamó al general Aranguren. Cuando tuvo a éste al teléfono, Goded le anunció:

«— General Aranguren me valgo de usted para que solicite a la Generalidad la rendición del pueblo, pues la jornada me ha sido favorable.»

«— Mi general, lo siento mucho, pero mis informes son opuestos a los suyos y, me dicen, que la rebelión está dominada. Así que le ruego haga cesar el fuego donde aún se mantiene para evitar inútil derramamiento de sangre. Además pongo en su conocimiento que hemos resuelto darle a usted media hora para rendirse. Al expirar ese plazo nuestra artillería comenzará a bombardear Capitanía...

«Goded debió responderle de mala manera, pero Aranguren, con su vocecita de anciano, sin inmutarse, sin el más leve asomo de irritación, le comunicó nuevamente la orden de rendición con garantías para la vida de los sitiados. (44).

A las 16 h. 30 expira el plazo sin que Capitanía dé la más ligera muestra de rendición y a esa hora comenzó el cañoneo de ese edificio, por lo que los disparos de fusilería y los cañonazos resultaron más elocuentes que las palabras de Aranguren...

Con este ataque la confusión entre los sitiados aumentó. Y Goded que había sido uno de los candidatos a la jefatura principal del alzamiento nacional, sufrió la más terrible de las «ofensas»: ser derrotado por el «populacho».

(43) Lacruz, op. ct. pág. 28.

(44) Santillán op. ct. página 28.

Burriel, comprendiendo que toda resistencia era inútil y sin consultar con Goded ni oponerse éste a ello, comunicó a Gobernación la rendición de Capitanía. Desde Gobernación le dijeron que sacaran bandera blanca y que entonces se darían órdenes de cesar el asedio. El coronel Sanfeliz comunicó a Goded las condiciones, sin que éste hiciera el más leve comentario. (45).

El reinado de Goded terminaba a las 17 horas del domingo del 19 de julio.

Gobernación envió, para hacerse cargo de los jefes y oficiales, al comandante de Intendencia Neira, quien se abrió paso entre la multitud seguido de un pelotón de Guardias de Asalto y Guardias Civiles y cuando se encontraba ya casi a la puerta principal, desde un balcón de Capitanía una ametralladora comenzó hacer fuego cerrado contra la multitud.

Acto absurdo que causó diversas víctimas entre los sitiadores, que puso al rojo la tensión y los nervios, y rompiendo la guardia formada alrededor del comandante Neira la multitud avanzó compacta hacia la puerta principal, desafiando los tiros mortíferos que seguían saliendo del balcón. En ese momento cesó la ametralladora y volvió a verse una bandera blanca, pero ya era tarde, después de la primera traición la multitud no respetó la segunda muestra de la rendición y entró en tromba encontrándose al frente de ella el propio comandante Pérez Farrás, iniciándose la razia de prisioneros.

La multitud enfurecida quería linchar a Goded así como a los jefes que se encontraban a su lado, pero una guardia improvisada evitó el linchamiento. Con los detenidos formóse una cuerda de presos para ser dirigidos hacia una prisión cercana es decir uno de los barcos surtos en el puerto. Para Goded había otra suerte reservada. Pérez Farrás tenía la orden expresa de Companys de llevarlo a su presencia.

(45) Santillán y Lacruz, pág. 82.

Goded ante Companys

Hubo un momento de emoción profunda. Los dos se miraron fijamente unos instantes sin hablarse, siendo Companys quien primero habló:

«— Le he hecho traer aquí — le dijo — para que hable usted por radio pidiendo a las tropas sublevadas que depongan las armas.»

(Goded). «— Yo no puedo hacer eso.»

(Companys). «— Cuando yo me rendí el 6 de octubre, para evitar el inútil derramamiento de sangre, no tuve inconveniente en hacerlo.

(Goded). «— Yo no me he rendido, a mi me han abandonado...

(Companys). «— Es igual... la sublevación está fracasada y usted debe evitar que continúe el inútil sacrificio de vidas.» Y Companys le acercó el micro.

Goded se quedó meditando unos segundos y después pronunció su histórica declaración:

«— La suerte me ha sido adversa y yo he quedado prisionero. Por lo tanto, si queréis evitar el derramamiento de sangre, los soldados que me acompañáis quedáis libres de todo compromiso.» (46).

Este último parte de guerra del general vencido retransmitido por radio Barcelona sonó como un disparo al oído de los que aún resistían, sosteniendo ya un combate suicida y condenado al fracaso.

La situación en el resto de Barcelona era la siguiente:

Cuartel de Pedralbes. — Hacia media tarde, cuando en la Plaza de Cataluña cesaba la lucha, grupos armados de la C. N. T. y de la F. A. I., en colabo-

(46) Lacruz, pág. 28.

ración con soldados que habían desertado del cuartel, tomaron por asalto ese edificio, haciendo prisioneros a los oficiales que lo custodiaban.

Cuartel del Parque (Alcántara). — Hacia las seis de la tarde los soldados, uniéndose a ellos los oficiales republicanos lograron amotinarse y apoderarse del cuartel liberando acto seguido a los oficiales republicanos que Roldán y los facciosos habían detenido. A esa misma hora, abrieron las puertas del cuartel penetrando grupos de paisanos que habían sostenido el cerco del mismo.

Cuartel de Caballería de Santiago (calle de Lepanto). — Asediado durante todo el día, cedía a la presión de los grupos armados hacia las siete de la tarde.

Artillería de Montaña (Cuartel de los Docks). — Se comunicó desde Gobernación a los artilleros que toda resistencia era inútil y que iría un grupo de asalto a hacerse cargo de los oficiales y del cuartel, pero la Guardia de Asalto llegó tarde, ya que, hacia las ocho de la noche, los grupos armados, que habían tenido a raya a los artilleros facciosos, tomaron por asalto el cuartel.

Artillería Ligera número 7 (San Andrés). — En este cuartel estableció su puesto de mando el general de artillería Justo Legorburu, bajo sus órdenes el cuartel resistió durante el día los asaltos de los grupos de obreros. Hacia media mañana, las avioetas de Sandino dejaron caer bombas de pequeño calibre, pero no cesó la resistencia hasta entrada la noche del domingo, cuando los trabajadores tomaron por asalto el cuartel.

Parque de Artillería (contiguo al anterior). — Hasta las primeras horas de la noche resistió al tenaz acoso de los grupos armados, quienes tuvieron muchas víctimas, y al final, vista la avalancha humana que lo asediaba el general Legorburu ordenó su rendición y evacuación, «compromiso que no alcanzaba a los paisanos falangistas y requetés que habían colaborado en su defensa, quienes, vistiendo

de nuevo sus vestimentas civiles, intentaron evacuar el cuartel, unos protegidos por la noche y otros mezclándose después con los asaltantes.» Antes de la rendición los jefes y oficiales cambiaron impresiones y juzgando la situación perdida para ellos, el teniente coronel Daza y varios oficiales también intentaron salir del cuartel, hacia las ocho de la noche en un coche, pero fueron pronto apresados por los grupos armados que sitiaban el edificio. Al fin, hacia el filo de las once de la noche cayó en poder del pueblo el Parque de Artillería.

Los focos que quedan en pie y que hicieron más resistencia eran: Convento de los Carmelitas, Atarazanas y Dependencias Militares. En poco más de 12 horas el pueblo había decapitado totalmente la intentona facciosa.

Los sitiados: En Dependencias Militares cundía el desorden y la agitación. En uno de los despachos, visto el fenomenal fracaso y oído el último parte de guerra de Goded el hermano del general Mola decidió pegarse un tiro. Un oficial lo encontró muerto y fue a dar cuenta a quien oficiaba de jefe en ese sector, coronel Cañadas. Al comunicarle esa triste nueva, ordenó: «Que nadie sepa nada. Cierren la puerta del despacho en que se encuentra el cadáver. Nuestra misión es resistir.» (47).



En la base de la Aeronáutica Naval los «auxiliares» lograron al fin hacerse en el transcurso de la noche con los oficiales y contactar con el campo de aviación del Prat, poniéndose a las órdenes de Díaz Sandino.

Los soldados de puesto en Montjuich, después de liberar a su comandante, Gil Cabrera, que había

(47) Lacruz, op. cit., pág. 28.

sido detenido por los facciosos, comunicaron a la Generalidad que «eran dueños de la situación en Montjuich.»

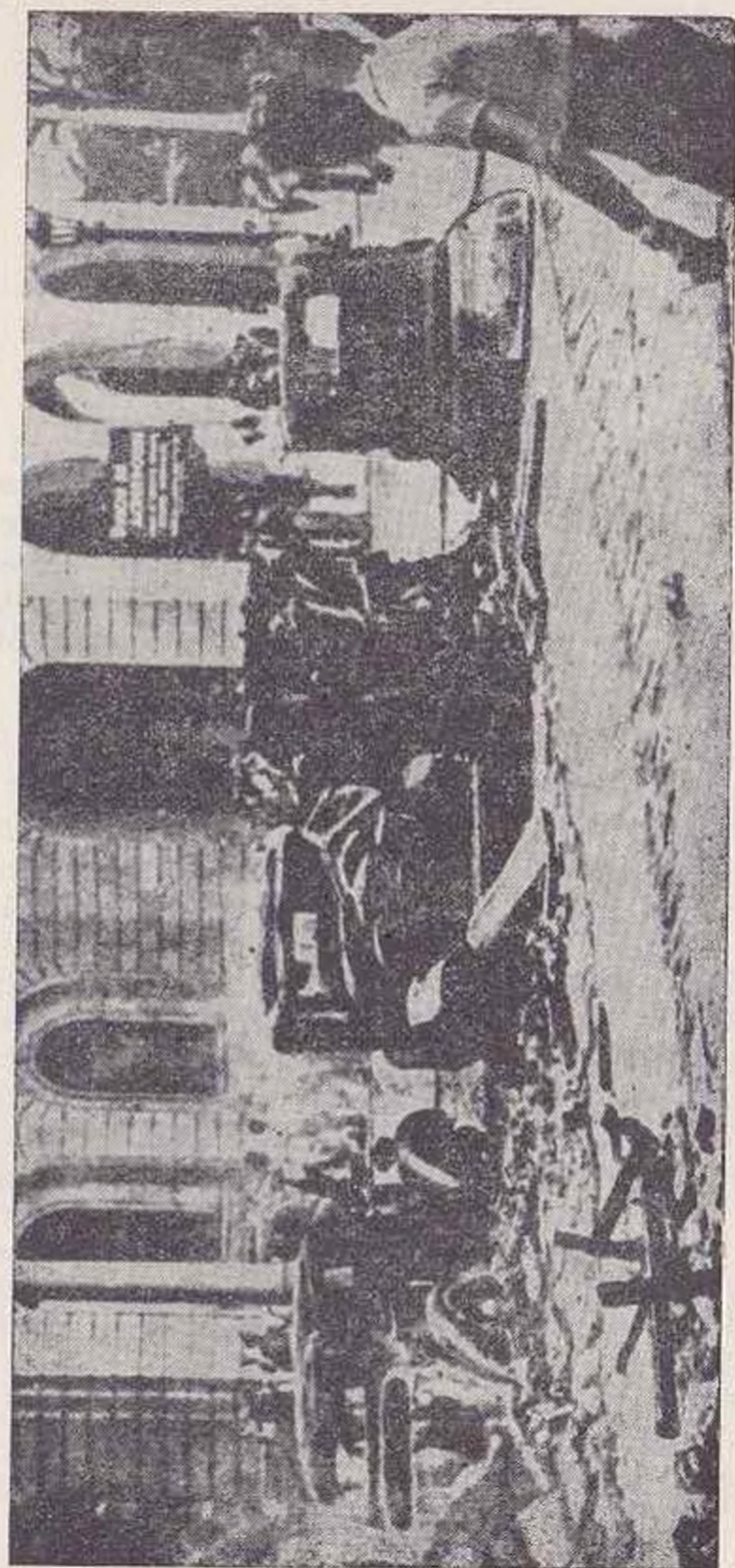


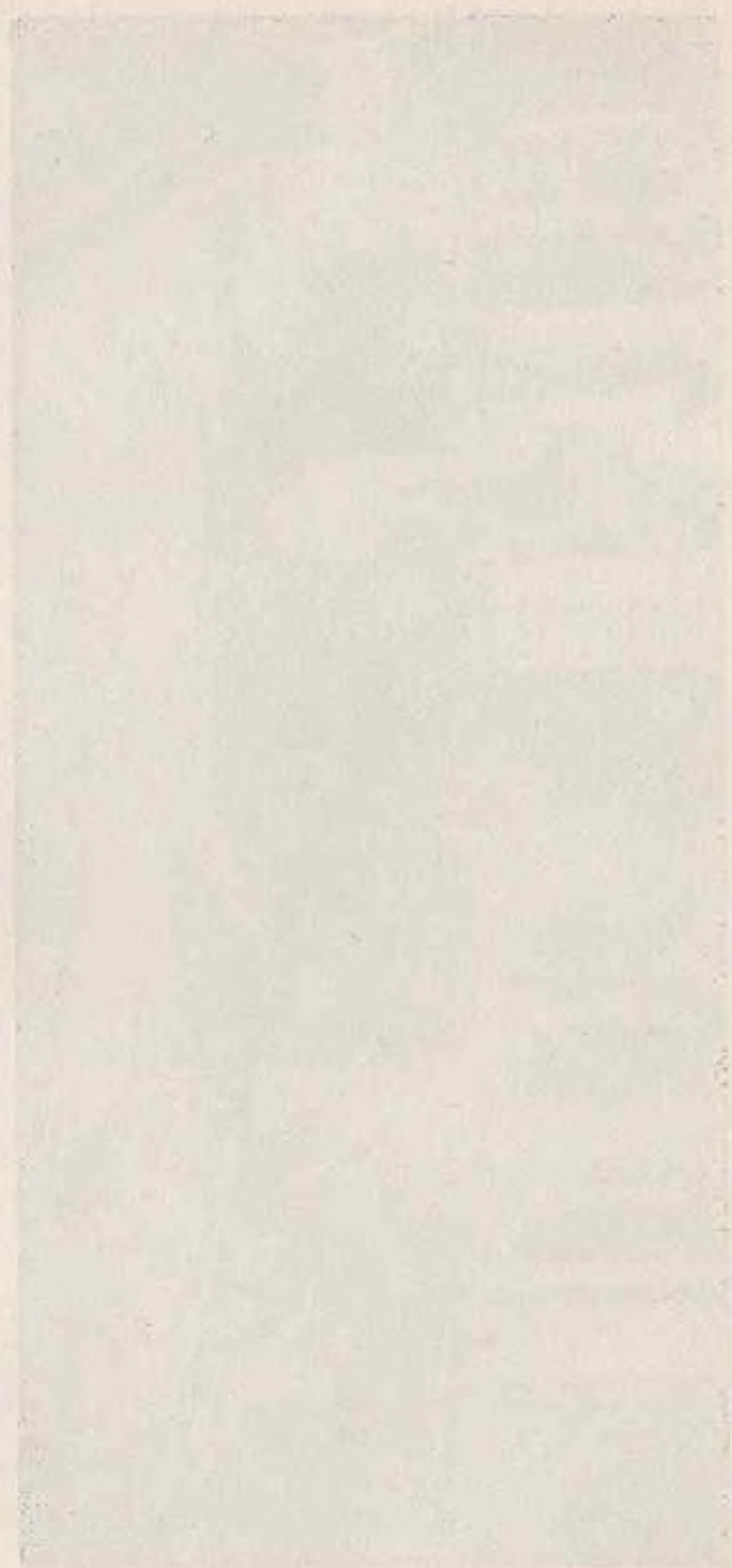
A la hora en que uno a uno los cuarteles caían en manos del pueblo, en el cuartel de Carabineros de la calle San Pablo, también se decidía la incógnita. Huídos los jefes, los carabineros confraternizaron con el pueblo hacia las ocho de la noche...



Imágenes de la lucha poco después de vencido el fascismo.







VIII

20 DE JULIO: ATARAZANAS (48)

A la noche del 19 al 20 de julio, sucedía el alba radiosa del 20 de iba a traer, aunque con nuevas y sentidas víctimas, la dominación total del fascismo en Barcelona: la caída en poder del pueblo de Atarazanas, Dependencias Militares y el convento de los Carmelitas.



El fuego cruzado entre Atarazanas y Dependencias Militares hacía de estos lugares posiciones inexpugnables, que reciprocamente se defendían, no existiendo un punto sólido de ataque sino era el frontal, lo que ocasionaría infinidad de víctimas inútiles ya que realmente la sublevación estaba vencida y la caída definitiva de estos dos fortines facciosos era cuestión de horas. Así, lo sensato era mantener un cerco cerrado y rendir por hambre y fatiga a los sitiados, pero lo sensato en una revolución no existe, como tampoco la lógica. Para los revolucionarios que sitiaban esos dos puntos desde la madrugada del 19 de julio, Atarazanas y Dependencias les atraía irresistiblemente por su desafío y por las víctimas que el asedio había hecho entre las filas obreras. Además — pensaban — libres de esta pesadilla podremos mejor encarar el futuro que nos brinda la victoria del pueblo en armas.

(48) Diversos testimonios, Pablo Ruiz, L. R., el libro de José Ullra dedicado a Durruti, etc.

Este era el estado de ánimo de lo más acrisolado de los vencedores del 19 de julio, concentrado en la Rambla Santa Mónica para dar el asalto final al cuartel fatídico, sueño de irresistible asalto, sentido por el anarcosindicalismo en todas sus intenciones revolucionarias, y jamás logrado. Ahora que se veía realizable era imposible solicitar calma a aquella militancia confederal y anarquista que formaba en las barricadas levantadas en la Rambla o disparaba de improvisados parapetos instalados en camiones.

«Los combatientes obreros» que ayer vencieron al fascismo en la Brecha de San Pablo, en la toma de la Telefónica, en el dominio de la Plaza de Cataluña, en el asalto a la Universidad, en el destroce del Regimiento de Santiago en la Diagonal, en los Docks o en la Plaza de España, estaban ahora concentrados aquí, viéndose entre ellos a Durruti, a Ascaso, a Mariano R. Vázquez e infinidad de militantes más, flor y nata de la C. N. T. y de la F. A. I., al pie de la barricada, revolucionarios, como lo que habían sido toda su vida, impacientes, sudorosos y angustiados por las pérdidas que aquellos mortíferos disparos de las torretas de Atarazanas hacían tantas víctimas o los que fluían de las ventanas de Dependencias Militares, o inclusive de aquella ametralladora que disparaba desde la parte alta del monumento de Colón que siempre con su brazo tendido seguía proféticamente señalando al Nuevo Mundo cómo se hacía una revolución...

«— Hay que acabar y pronto con esos reductos.» Era la decisión del más inquieto, del héroe de todos los movimientos revolucionarios que la C. N. T. y la F. A. I. había desencadenado en España. Quien hablaba así era Francisco Ascaso.

En el reloj daban las once de la mañana.

Rambla abajo marchaba una tropa de la Guardia Civil llevando a su frente un coronel. Alguien previno a los combatientes de la barricada que, entre-

gados como estaban a la ardorosa lucha, no tenían tiempo de mirar hacia atrás...

¿Qué querían aquellos guardias? Venían, acaso a salvar la vida de aquellos oficiales que tantas víctimas habían ocasionado en las filas proletarias? La respuesta fue rápida:

— Ve a su encuentro — le dijeron a Durruti varios combatientes — y diles que Atarazanas pertenece a la C. N. T.

Los guardias se habían parado a una distancia prudencial. Durruti avanzó hacia ellos. Y el coronel salió a su encuentro.

— ¿Qué queréis?, preguntó Durruti.

— Que nos dejéis terminar con esos reductos.. ya habéis tenido demasiado víctimas...

— Justamente por eso, esos reductos pertenecen a la F. A. I.

El coronel dio media vuelta y ordenó a su tropa que se retirase.

En ese momento, García Oliver llamaba la atención a unos jóvenes que descerrajaban a tiro limpio la puerta de una casa para tomar posesión de ella e instalar una ametralladora:

— No malgastéis así la munición, pues cuando terminemos aquí tendremos necesidad de ella, señalando hacia unos guardias civiles que habían tomado asiento en unas sillas de la Rambla.

Mientras estos hechos sucedían Ascaso había planeado ya una salida de la barricada para asaltar el cuartel desde el lado de la calle Santa Madrona, pero era preciso cruzar toda la zona batida desde Dependencias, así, esa salida constituía un verdadero peligro, aventura en la que todos podían dejarse la vida. En este trance de la discusión un disparo rozó el pecho de Durruti. Instado por los demás, acudió al puesto de cura en la que la improvisada enfermera, combatiente también de las primeras horas, Lola Iturbe hacía cuanto podía para contener hemorragias y curar heridas. Más

tarde, Lola escribiría: «¡Pobre Durruti, una bala asesina iba rondándote ya el corazón!»

Mientras Durruti curaba su leve herida un grupo compuesto por Ascaso, G. Oliver, Ortiz, Vivancos, Lucio Gómez, Justo Bueno, Barón, etc., había iniciado el zig-zag de la muerte hacia el mercadillo de libros para ganar, tras las barracas los mejores puestos de tiro desde donde atacar a Atarazanas por la calle Santa Madrona.

En esa operación cada combatiente alcanzó el lugar que previamente se había fijado, Ascaso, más intrépido y como si la vida le importara muy poco, eligió el peor de los objetivos porque era el que más pronto podía alcanzarse: desafiando la lluvia de balas que comenzó desde los balcones de Dependencias y desde las torretas de Atarazanas tranquilamente se situó tras un camión que había a pocos metros de la torreta avanzada que dominaba la calle fatidica.

Desde la barricada Durruti seguía la operación lleno de envidia, murmurando a Pablo Ruiz:

— Me habéis engañado con el cuento de irme a curar...

El tiroteo seguía intenso. Durruti ordenó que se hiciese fuego contra la torreta que amenazaba a Paco Ascaso, con el fin de proteger a éste de una posible ráfaga.

Pronto los combatientes de la barricada comprendieron que la operación estaba condenada al fracaso, ya que había perdido el poder de sorpresa. En ese instante, en ese terrible y amargo instante, Ascaso enfiló su fusil ametrallador, apoyándose en el capote del camión para disparar contra aquella torreta que paralizaba todo avance... Un disparo certero, un tiro en la frente dejó a Paco sin vida...

El primero en darse cuenta, fue García Oliver quien quiso salir de su parapeto para socorrer a Ascaso, pero gracias al instintivo gesto de Barón, García Oliver no hizo un sacrificio inútil más.

Como un rumor de tragedia llegó hasta la barri-

cada, después de una ronda siniestra, la noticia de la muerte de Ascaso. Para Durruti aquello era el más terrible de los golpes que había sufrido en su vida de luchador: Ascaso para él era más que un hermano; era su segundo yo. Y en un instante surgió a la superficie de aquel gigante, de aquel «gorila» como lo llamaban los íntimos, toda su incontenible fiereza...

Pero si Barón había contenido a García, nadie pudo contener a Ricardo Sanz ni Ortiz que a riesgo de sus propias vidas traían Ascaso hacia la barricada entre las balas que siluetaban sus figuras arrancando chispas de los adoquines y polvo de la tierra.

De brazos de ambos, Ascaso, con el cráneo destrozado, fue depositado en el zaguán del Sindicato del Transporte... Al verle Durruti no derramó una lágrima. ¡Qué sentimientos más extraños se daban cita en aquel coloso siempre presto al gesto cariñoso, al llamado sentimental! Volvió a la barricada. Era otro Durruti. Es posible que la visión de la muerte mate en el hombre al hombre. Todos cuantos vieron a Durruti en ese momento vieron un Durruti diferente e incluso hasta más grande. Comenzó a dar órdenes concretas que nadie se atrevía a discutir. En un reloj cualquiera que contaba sin emoción el tiempo sonaban trece campanadas.

Saltando la barricada, sin temor a aquellas descargas que sembraban la muerte, Durruti, gritó:

— ¡Viva la F. A. I.!

Y como un solo hombre avanzó la militancia libertaria por entre las balas que venían ahora de frente, ya que había cesado el fuego de Dependencia Militar rendida hacía un cuarto de hora.

Los de Atarazanas al ver avanzar hacia ellos aquella avalancha, se precipitaron a enarbolar un trapo blanco. Pero ya era tarde. En un abrir y cerrar de ojos el cuartel fue tomado por asalto. El último reducto fascista caía en manos de la C. N. T. y de la F. A. I. Los de caballería del Convento de los

Carmelitas se habían rendido hacia las once de la mañana.

Barcelona estaba totalmente liberada del fascismo.

De esa memorable batalla de Atarazanas, uno de los combatientes, Tejedor, rendirá homenaje a uno de los luchadores de los primeros momentos: «En las tremendas horas de lucha apareció un chaval, no mayor de doce años que, atento a órdenes iba y venía sirviendo munición a los combatientes, entre un diluvio de balas. Aquel Gavroche barcelonés, desapareció de nuestro lado cuando sonó el último disparo. Había cumplido su misión revolucionaria y seguramente volvería a su casa, tras las dos jornadas trágicas y besando la angustiada frente de su madre le diría: «me fui a dar un paseo, mamá...» (49).

Los muertos

Si un hombre puede por sí solo simbolizar a la colectividad, el heroísmo de Francisco Ascaso simboliza los cientos de militantes obreros que en esas 30 horas de lucha no regatearon su vida por la causa de la libertad; y si una madre o una hermana puede simbolizar el dolor de todas las madres, el dolor de la madre de Ascaso que sin soltar una lágrima besó el cráneo destrozado de su Paco, puede ser también la expresión colectiva y humana del dolor...

Y el dolor de las esposas... En uno de esos comedores que se improvisaron al socaire de la lucha para atender a los combatientes, servía Isabel. Isa-

(49) Peirats: «La C. N. T. en la Revolución Española». I. V., pág. 122.

bel era la simpática y generosa compañera de Mariano Obregón, la que le había seguido a través de toda su vida militante sin tener jamás un reproche para ese abnegado compañero. Era el comedor que se había instalado en la planta baja de la Casa C. N. T.-F. A. I. Y allí, después de terminada la lucha, se dio cita lo más granado de la militancia confederal, todos, amigos íntimos de Obregón. Y a todos aquellos rostros conocidos, Isabel preguntaba, mientras les servía la comida.

«— ¿Has visto a Obregón?»

«Disimulando la amargura, tragando saliva y perfilando una sonrisa que era preludio de una lágrima, todos le respondían:

«— No te inquietes, pequeña, debe de estar ocupado en algún lugar... ya vendrá...» (50).

¡Pobre Isabel!

Obregón, como Ascaso, como Alfredo, como Monterde, como tantos y tantos revolucionarios habían muerto con la muerte gloriosa de ver triunfante sus ideales... Ellos, aunque muertos eran los verdaderos triunfadores de la hora, de aquella inmensa y dilatada hora en que la revolución proletaria era un hecho en Barcelona.

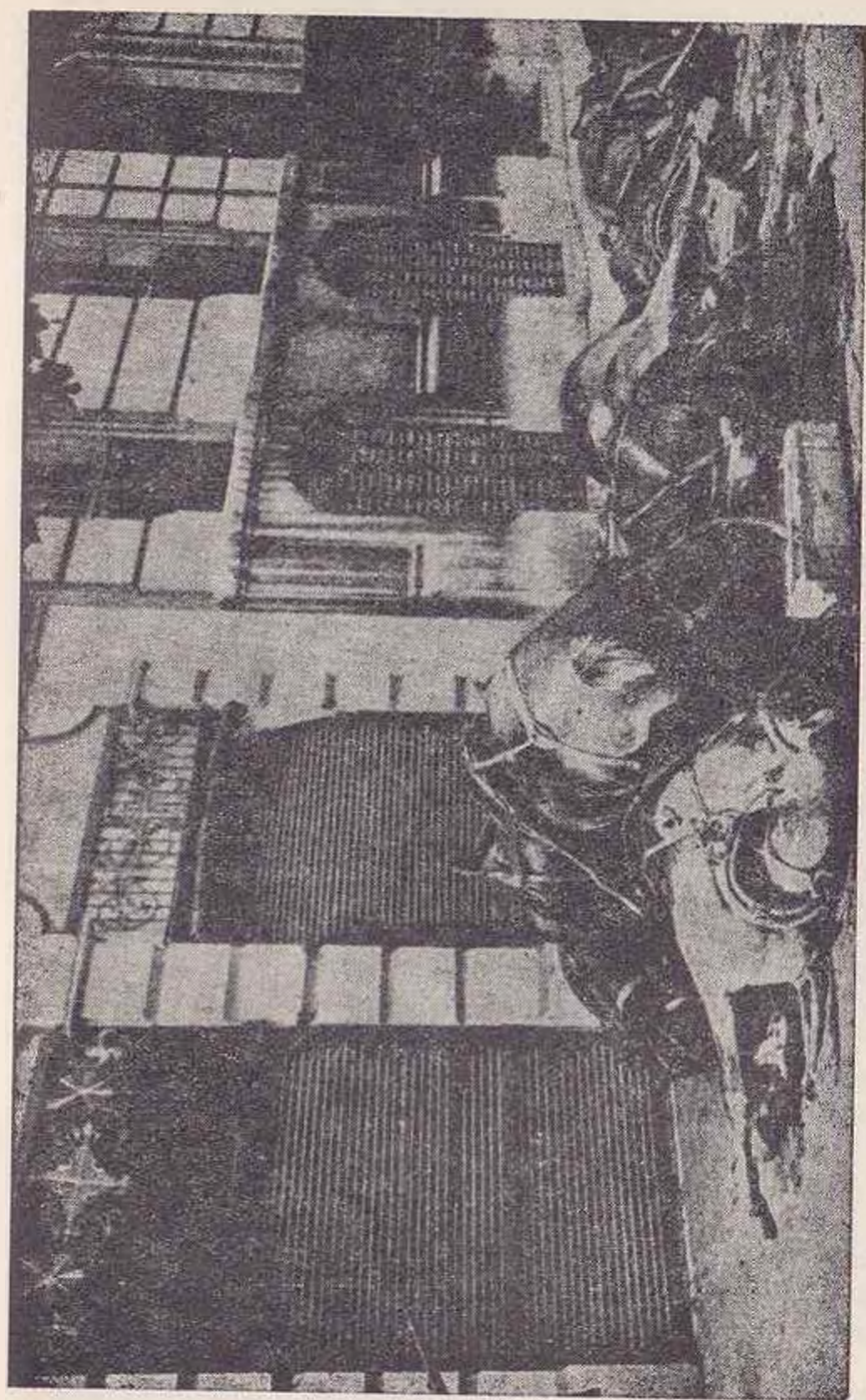
¡Cuántas Isabelitas, cuántas Marías y cuántas y cuántas esposas, novias y madres iniciaban ahora la ronda trágica y dolorosa en busca del ser querido que en la tarde del sábado, con un beso y «hasta ahora» salió de su casa para dar a la causa de la libertad lo que en un hombre tiene de más valor: la vida!

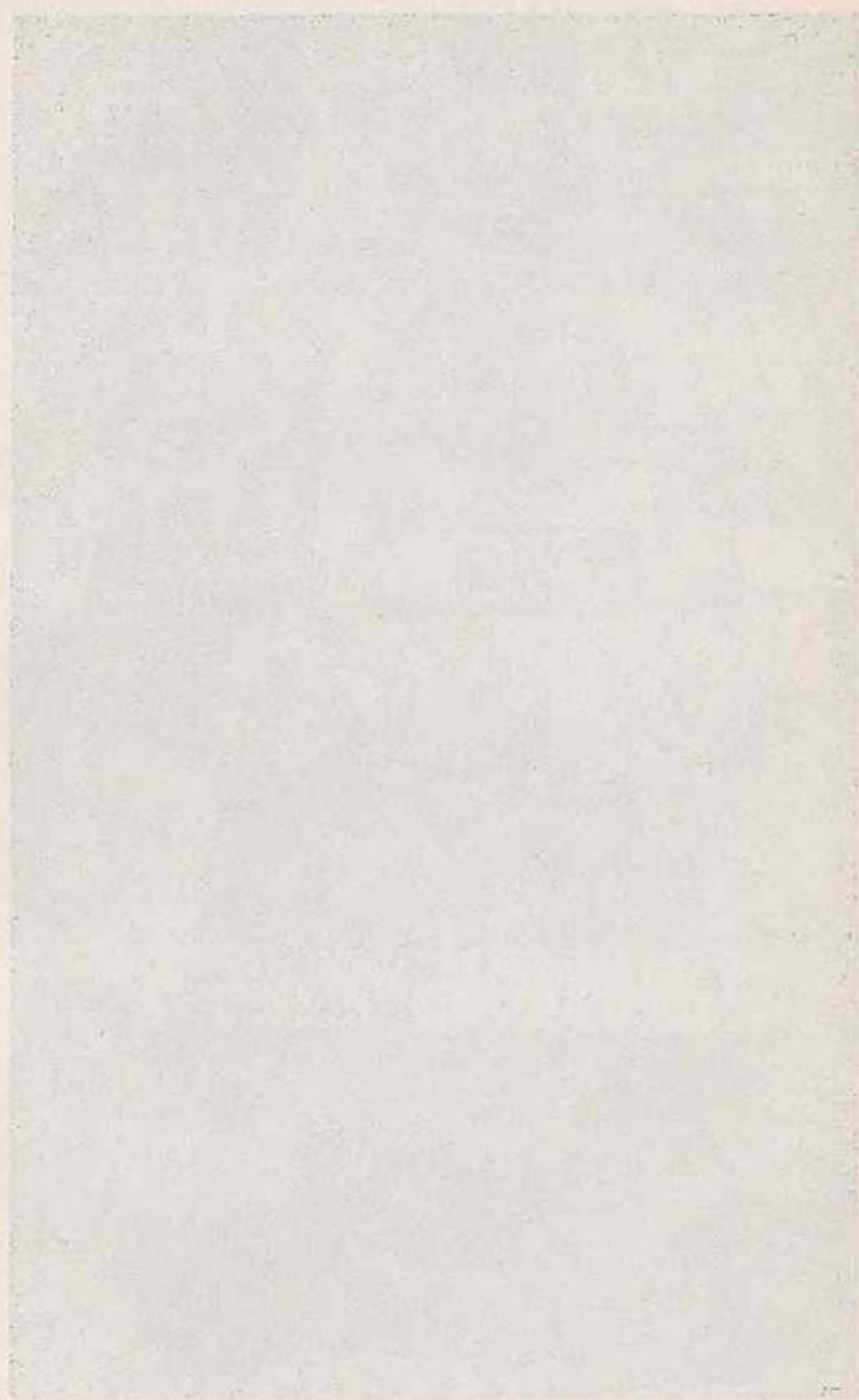
Todas estas mujeres del 19 de julio de España entera quedan simbolizadas en aquel valiente romance de «la madre que no supo llorar» no perdonando jamás al fascismo su criminal aventura de muerte, dolor y lágrimas...

(50) Federica Montseny, art. aparecido en «Umbral», julio 1938.

Se combatió al fascismo de todas las maneras y desde todos los lugares. Aquí varios caballos que también fueron víctimas.







IX

DE ATARAZANAS A LA GENERALIDAD (51)

Flotando al aire el estandarte de la C. N. T. y de la F. A. I., en el último reducto fascista del cuartel de la Maestranza, más conocido por el de Atarazanas, la sublevación facciosa había sido completamente dominada en Barcelona. La lucha, comenzada a las cinco de la mañana del domingo quedaba terminada a las 14 horas del lunes. El pueblo había necesitado 30 horas escasas para desarticular el plan forjado por los facciosos metódicamente para ocupar en un mínimo de tiempo los centros vitales de la capital más industrial de España.

En 30 horas la situación había girado completamente. El rumbo de la historia había cambiado de curso. La divisoria la patentizaba el poder armado del pueblo. En la trágica madrugada del domingo, eran escasos los obreros armados que en grupos vigilaban el movimiento de los sublevados que se aprestaban a salir de sus cuarteles con su dotación guerrera; ametralladoras, cañones, caballería en formación de combate. Desprovistos de armamento los trabajadores no sintieron el escalofrío del miedo, el pánico ante una matanza segura. Al contrario.

(51) Para los entrecomillados en la entrevista con Companys nos hemos servido del art. escrito por García Oliver aparecido, censurado, en «Solidaridad Obrera» y el completo que se encuentra en el libro de «Julio a Julio».

Aguardaron pie firme y aceptaron voluntariamente un combate que lo sentían seguro. La resultante de ese combate, era el triunfo del 20 de julio.

Ahora eran muchedumbres compactas armadas de fusiles. Barricadas defendidas por ametralladoras, cañones custodiados orgullosamente por hombres en camisa y sudorosos bajo el calor asfixiante que se sentía en la ciudad barcelonesa... Era la visión epopéyica de una población embargada toda por un mismo entusiasmo: el triunfo de los desheredados frente a los poderosos. No había, pequeños o grandes que se sintieran ajenos a aquel triunfo. Quien no había estado presente de madrugada se incorporó a la lucha a las diez de la mañana, quien no había podido procurarse un fusil tenía el orgullo de haber acercado adoquines para levantar una barricada e incluso los niños, amainado ya el trágico juego de la guerra, jugaban ahora en las barricadas junto a los hombres armados de fusil que las custodiaban. Todos se sentían orgullosos. Había sido tan fantástico, tan rápido y tan seguro que se diría que la gente había crecido en estatura. La grandeza del momento hacía mayor las cosas, mayor el delirio y mayor la victoria.

Pero, si la multitud vivía en un paraíso tan duramente ganado las individualidades aunque llenas de un mismo entusiasmo, de un mismo delirio sentían ya el peso de la victoria en sus reflexiones. La vida debía continuar pero no como antes. El triunfo y el sacrificio imponían ese cambio. En esa forma nueva de presentar y resolver los problemas estaba la prueba de la propia revolución. Ahora se comenzaba la etapa más dolorosa, más difícil, más compleja. Si hasta ahora todo se había confiado al coraje humano y al poder de las armas, en la etapa que se estaba iniciando el poder cerebral, ideológico era el que iba a jugar su papel. Sonó la hora de elegir caminos, de decidirse por un sistema u otro de convivencia social y política. Las victorias obreras tienen siempre este mismo carácter y sin

apenas darles tiempo para enterrar a sus muertos han de empezar a formular principios de vida para los vivientes.

En una oficina de la imponente y sólida «Casa Cambó» en la Vía Layetana se había instalado provisionalmente el Comité Regional de la CNT, el de la FAI y los jóvenes libertarios. En el despacho que servía de trabajo a la CNT se encontraba su secretario general, Mariano R. Vázquez, rodeado de varios militantes y componentes de ese organismo. En medio de todos ellos destacaba «Marianet» por su estatura y su encrespado cabello negro. No había voces, no había gritos. El triunfo había transformado aquellos seres. Apenas con la mirada se entendían y en todos ellos se notaba el mismo porte grave, la misma interrogación.

El triunfo había sobrepasado todo cálculo. La CNT, grande y poderosa como central obrera en Cataluña hasta la madrugada del domingo, ahora no era grande, ahora no era poderosa, ahora era algo más, era la única fuerza que dominaba la situación. El Comité Regional de la CNT y la FAI era la representación suprema y única, respaldada por las masas armadas, por el control de todos los centros oficiales e incluso de las sucursales y Banco Central de España. Y Marianet y todos los anarcosindicalistas, que podían haber impuesto un poder propio y convertirse en hombres clave de la situación, reflexionaban sobre la forma más humana posible, pese a las circunstancias especiales que Cataluña estaba viviendo, para dar al **problema del poder** la sanción militante, no apartándose de lo que eran normas de actuación a la organización que representaban.

Fue en ese instante cuando el joven peón de la construcción, con sus treinta años mal cumplidos, en su función de secretario del Comité Regional, convocó para aquella misma tarde un pleno regional de la CNT para estudiar la situación creada y tomar urgentes medidas.

No escapaba a Marianet la importancia de ese pleno como tampoco la singularidad de su convocatoria, puramente excepcional. Y como queriendo responsabilizar a todos cuantos lo eran de hecho en la victoria obtenida, por su influencia o por su audacia adoptó resoluciones encaminadas a ese fin. Cuando un militante cualquiera llegaba a la secretaría en demanda de orientaciones, según su capacidad, Marianet le decía:

— Tu sitio esta aquí y no en la barriada.

Así fue como retuvo aquella tarde a militantes como Federica Montseny, enviada por el comité revolucionario de la barriada de San Martín a la «Casa CNT-FAI» en demanda de orientaciones orgánicas. Y así fue, también cómo nació por impulso de Marianet el célebre «Servicio de Información CNT-FAI» encomendado para su organización al militante alemán Agustín Souchy, quien en la madrugada del 21 ya publicó el primer número informando a la opinión internacional de lo que había pasado en Barcelona.

*
**

Otro centro neurálgico de la etapa que se estaba iniciando lo constituía el Sindicato de Transporte y Metalurgia, instalados ambos en la zona más peligrosa de los combates, la rambla Santa Mónica. En uno de ellos, expuesto en una sala se encontraba el cadáver de Francisco Ascaso envuelto en la bandera rojinegra. Ante el cadáver desfilaban numerosas personas para echar la última mirada hasta el que hacía unas horas era el animador más entusiasta de la lucha. Verle allí tendido para muchos de los que lo conocían era algo que se les antojaba imposible y otros, sin poder contener una lágrima de rabia, murmuraban: «él se ha llevado consigo la imagen más bella, más hermosa y más cruel de nuestra victoria.»

Rodeado de militantes o de obreros en demanda de orientaciones se veía, destacándose muy señera-

mente, la alta figura de Durruti, que hubiera necesitado un recogimiento solitario para mejor despedir al que en vida fue siempre su inseparable hermano, dando consejos que la misma mayoría de los oyentes tomaban por órdenes, fascinados aún como estaban por su personalidad.

El tránsito era inmenso e inmenso e imponente toda.

la máquina social con tantos sacrificios conquistado pero todos preocupados en cómo poner en marcha aún más el silencio que rodeaba a todos aquellos grupos de seres, apiñados unos y distantes otros,

En esas circunstancias llegó hasta donde se encontraban Durruti y García Oliver un militante metalúrgico para comunicarles que un enlace de la Generalidad se encontraba en el Sindicato y que deseaba informarle de una comunicación que traía del Presidente de la Generalidad Luis Companys.

Al oír eso fue tanto como si uno y otro despertaran de un sueño y en la mirada que ambos se cruzaron parecían interrogarse:

— ¿Existe aún la Generalidad?

Frente a ellos el delegado de Companys, les anunció que el Presidente deseaba tener una entrevista con la Comisión de Enlace de la CNT y de la FAI. Se le contestó que tranquilizara a Companys y que la Comisión le visitaría.

— Nos hemos olvidado de Companys, murmuró Durruti..., una vez se ausentó el enlace.

— Hay que informar a Marianet y reunir a Aséns y Santillán, apuntó García Oliver.

Pronto Marianet quedó informado, recomendándoles que fuesen a escuchar. Decidir lo haría la Organización más tarde. Con este encargo llegaba Santillán y Aséns reunidos uno y otro en la «Casa Cambó». Cuando se encontraron los cuatro reunidos, alguien, resumiendo el sentir de todos, sentenció: «Esta entrevista no será como las otras. Antes mendigábamos unas pistolas, ahora impondremos la voluntad del pueblo trabajador.

Y como respuesta a esa afirmación, otro lamentó:
— ¡Qué lástima que Ascaso no esté con nosotros!

*
**

Al salir la Comisión a la rambla, un coche clacsonaba: «CNT-CNT-CNT». No había otra consigna. Despacio, y abriéndose paso entre la multitud armada remontaron la rambla a pie hasta ganar la calle Fernando, que había de llevarles hasta la plaza de la Generalidad, ne la que está enclavado el potente edificio.

A su paso, la gente los saluda y otros murmuraban:

— Mira, García Oliver...

— Mira, Durruti...

De todos eran muy conocidos. Los dos ejercían gran influencia entre las masas trabajadoras. Masas muy bien preparadas para no admitir liderismos de nadie, idea que por ninguna mente pasó, desde luego. Todos llevaban muy adentro metida la causa por la que Ascaso, Obregón y cientos de militantes habían entregado su vida.

Alguien que salió de la barricada formada en la calle de San Pablo, se paró ante Durruti y le dijo: «No abandonaremos la barricada.»

Durruti se quedó un instante mirando a aquel rostro conocido, aquella mirada decidida y aquel fusil en las manos callosas de obrero:

— No es la barricada, es el fusil el que no tienes que abandonar. La garantía de nuestro triunfo está en que sepamos conservar las armas y podamos con ellas llevar más lejos, más lejos, el triunfo de la revolución. La revolución está en marcha, ¡ay de quien quiera detenerla!... Pero no será limitándonos a Barcelona como ganaremos la revolución. Mientras exista un foco faccioso en pie en cualquier rincón de España, nuestra revolución estará amenazada...

La CNT, dueña de la situación

Cuando los comisionados penetraron en la plaza de la Generalidad notaron el mismo ambiente que reinaba en toda la ciudad, la misma estampa y la misma preocupación: Hombres armados, guardias que no tenían otra pieza de su antiguo uniforme que los antiguos pantalones y una alegría e inmensa inquietud en toda aquella gente. La revolución lo había invadido todo, había sido como lava volcánica que había petrificado el viejo mundo y de cuya superficie crecía irresistiblemente otro muy diferente.

Aquella plaza de la Generalidad representaba al menos para dos de los comisionados el verdadero triunfo de años y años de lucha. Cinco años antes, en este mismo lugar, había sido tiroteada por la Guardia Civil una manifestación obrera presidida por Durruti... El asta de una de las banderas roji-negras había quedado rota al cerrarse estrepitosamente el gran portalón central del palacio que ahora se abría de par en par a la CNT y a la FAI... Aún estaba allí aquel farol desde donde Durruti arengó a los obreros y más tarde a un pelotón de soldados, logrando que éstos últimos en vez de tirotear a los trabajadores volviesen sus fusiles contra el funesto cuerpo de la Guardia Civil...

Y ahora..., en la puerta central del Palacio de la Generalidad estaba el comandante jefe de los Mozos de Escuadra, Pérez Farrás esperando a los comisionados para conducirles al despacho de quien representaba ahora simbólicamente el poder del Estado.

El comandante saludó a los cuatro comisionados y caminó ante ellos hacia el patio interior en donde ascendieron por la «escalera de honor» hasta el

primer piso. Siguiendo una galería bordeada de columnas llegaron al segundo patio, llamado el «patio de los naranjos». Si la hora que vivían estos revolucionarios no hubiese embargado sus mentes con problemas graves, hubieran podido gozar de la belleza del lugar, cuyo nombre recibe por las jarras de cerámica que hay, en donde flores y naranjos crecen, haciendo pensar en los jardines suspendidos de Semíramis... Todo cuanto rodea este hermoso patio respira tal belleza y se conjugan tan armoniosamente pinturas, decorados y flores tan sutilmente acordado que se entremezclan en ese arte morisco los encantos de Venecia y los de Siena.

Pero la poesía y la belleza habían quedado también presas de la hora revolucionaria. El desorden que reinaba en el palacio lo manifestaba claramente. Y también claramente se percibía el sabor grato del triunfo proletario «en la cara de todos aquellos catalanes: mozos de escuadra, guardias y policía, jóvenes de la Esquerra y de l'Estat Catalá. Era el gozo de una gloria soñada durante siglos y no vivida hasta aquel mismo día que unos hombres de la CNT y de la FAI, erguidos y produciendo un impresionante ruido de armas, eran llevados ante el Presidente de la Generalidad de Cataluña, siempre vejada y oprimida por todos los poderes, siempre vencida por la casta militar y que, en un gesto jamás igualado, acababan de derrotar a los militares facciosos en treinta horas de lucha encarnizada, dura, que recordaba el antiguo batallar audaz de los almogávares...

«— Ante todo he de deciros que la CNT y la FAI no han sido nunca tratadas como merecían por su verdadera importancia. Siempre habéis sido perseguidos duramente. Y yo, con mucho dolor, pero forzado por las realidades políticas, que antes estuve con vosotros, después me he visto obligado a enfrentarme y perseguiros...»

Aquella declaración parecía aligerar un poco el peso de las injusticias que en nombre de «esas rea-

lidades políticas», Luis Companys había tenido que someter a los hombres que hoy tenía ante él. García Oliver y Durruti, así como el ausente Ascaso, habían sido las bestias negras de Companys en todo el periodo de dominación del Estatuto y sobre ellos se habían descargado calumnias en la prensa y golpes en la Jefatura de Policía regentada por un hombre de la Generalidad, Miguel Badia. Media pues ahora, entre Companys y los hombres de la CNT, ese pasado de luchas. Companys lo había suscitado, era indispensable en aquel momento. Posiblemente que si Luis Companys hubiera sido un político de otra talla, más mordido por el virus de la política, hubiese encontrado otras fórmulas para enfocar el problema, pero Companys era un político poco ceremonioso y sincero que creía en la causa por la que luchaba no por profesionalismo sino por sentimiento a la libertad de su pueblo. Así, estas cinco personas, dos de ellas por la edad, casi representaban al mundo que se hundía, mientras que Aséns, Durruti y García, con treinta y cinco años mal cumplidos llevaban en sí todas las fuerzas constructivas y violentas que la revolución había desatado. Y si Companys había suscitado ese pasado, quizás en la mente de los García o Durruti, su visión fuese alejada con aquel ademán tan simbólicamente expresivo del personaje de Víctor Hugo: «¡No importa!». En realidad no era el momento de liquidar cuentas, sino de borrar deudas y encarar el futuro sólidamente para garantizar lo ganado.

La pausa de Companys no fue fingida. Era el respiro, la fuerza que precisaba para concretar su pensamiento y reconocer crudamente la realidad.

«— Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña, porque solos vosotros habéis vencido a los militares fascistas, y espero que no os sabrá mal que en este momento os recuerde que no os ha faltado la ayuda de los pocos o muchos hombres leales de mi partido y de los guardias y mozos... »

Volvió a abrir otra pausa. La conversación con-

trariamente al carácter impulsivo y animado de Companys, la sostenía ahora con calma reflexiva. sincera. No era difícil comprender lo doloroso que representaba para Companys tener que reconocer a la CNT y a la FAI el éxito decisivo de la lucha. El hubiera querido que ese éxito se debiera sólo y exclusivamente a los hombres de su partido, pero que ese éxito liberador de Cataluña se debiera a los que siempre habían sido motejados de perturbadores sobrepasaba los sueños del Presidente, quien tenía que inclinarse ante la verdadera realidad y reconocer que el término perturbador era también otra de las injusticias cometidas contra el anarquismo catalán. Así, Companys, en esos momentos de reexamen, volvió a insistir en el mismo tema:

«— Pero la verdad es que perseguidos duramente hasta anteayer, hoy habéis vencido a los militares fascistas. No puedo, pues, sabiendo cómo y quiénes sois, emplear lenguaje que no sea de gran sinceridad. Habéis vencido y todo está en vuestro poder. Si no me necesitáis o no me queréis como Presidente de Cataluña, decidmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Si, por el contrario, creéis que en este puesto, que sólo muerto hubiera abandonado al fascismo triunfante, puedo, con los hombres de mi partido, mi nombre y mi prestigio, ser útil en esta lucha que si bien termina hoy en la ciudad, no sabemos cómo y cuándo terminará en el resto de España, podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político que está convencido de que hoy muere un pasado de bochorno y que desea sinceramente que Cataluña marche a la cabeza de los países más adelantados en materia social...»

García Oliver, que fue uno de los asistentes y relator de esta histórica entrevista, abre un paréntesis en su testimonio para escribir lo siguiente: «En aquellos momentos Companys hablaba con una evidente sinceridad. Hombre dúctil y más que dúctil realista, que vivía profundamente la tragedia de su

pueblo salvado de la esclavitud por el esfuerzo anarquista, empleaba el lenguaje que exigían las circunstancias y se situaba a la difícilísima altura de las mismas, en un gesto único de dignidad y comprensión....» «Companys, sin tenerle miedo a la revolución pensando lógicamente que la propia revolución llegaría a comprender lo posible y lo imposible de las circunstancias, hacía un esfuerzo por situarse dignamente, como catalán que comprendía que había sonado la gran hora para su país, y como hombre liberal avanzadísimo, que no temía a las más audaces realizaciones de tipo social, siempre que éstas estuviesen fundamentadas en la realidad viva de las posibilidades.»

«— Nosotros — prosigue García Oliver — habíamos sido llamados para escuchar. No podíamos comprometernos a nada. Eran nuestras organizaciones las que habían de decidir. Así se lo dijimos a Companys. Los destinos de España — y nunca se apreciará bien en todo su alcance el papel jugado por Companys y nuestras organizaciones en aquella histórica entrevista — se decidían en Cataluña, entre el comunismo libertario y la democracia que significaba colaboración.»

Cuando Companys oyó la respuesta les dijo «que en otro salón estaban esperando los representantes de todos los sectores antifascistas de Cataluña y que si los comisionados aceptan que él, siendo Presidente de la Generalidad, los reuniese a todos para poder hacer una proposición con vistas a darle a Cataluña un órgano apto para proseguir la lucha revolucionaria hasta afianzar la victoria.»

«— En nuestro cometido de agentes de información — explica G. O. — aceptamos asistir a la reunión propuesta. Esta se celebró en otro salón, en donde como ya nos había indicado Companys, aguardaban algunos representantes de Esquerra Republicana, Rabassaires, Unión Republicana, POUM y Partido Socialista. Allí, Companys expuso la necesidad de ir a la creación de un Comité de

Milicias que tuviese el cometido de encauzar la vida en Cataluña, profundamente trastornada por el levantamiento faccioso y procurase organizar fuerzas armadas para salir a combatir a los rebeldes donde se presentase, ya que, en aquellos momentos de confusión nacional, se ignoraba todavía la situación de las fuerzas combatientes.»

Los militantes de la CNT y de la FAI deciden el destino de España

Los militantes del potente Sindicato de la Construcción, que contaba con 35.000 adherentes, poseía como local social el viejo caserón de la calle de Mercaders número 26, histórico centro obrero, varias veces asaltado por las fuerzas policíacas. En uno de esos asaltos, el primero, después de proclamada la República, el joven Mariano R. Vázquez, asistente por curiosidad a una de sus reuniones, cayó en la cárcel, siendo ganado al postulado de la CNT por el viejo militante Manuel Muñoz, en los interminables días de encierro.

De este Sindicato, que contaba con aguerridos y firmes militantes, en el transcurso de la lucha del 19 de julio salió la iniciativa de tomar por asalto el sólido edificio de la Casa de Cambó o Fomento Nacional del Trabajo, situado frente al sindicato, en la avenida Layetana número 32. Primero la ocupación del local no tenía más viso que servirse de él como bastión de guerra, pero a medida que en él se fueron concentrando militantes y comités se transformó por necesidad propia de la revolución en el estado mayor de la misma, poniéndose a trabajar el Comité Regional de la CNT en uno de sus despachos. Terminado el movimiento revolucionario la Casa de Cambó había ya cambiado de nombre,

ahora se la conocía en toda Barcelona por la Casa de la CNT-FAI.

La Casa CNT-FAI era el reverso del Palacio de la Generalidad, desde el punto de vista arquitectónico. Mientras el segundo era obra del llamado estilo argental, mezcla del gótico y morisco, el edificio del Fomento Nacional del Trabajo, gemelo de la central del Banco de España en Barcelona, que frente a él se elevaba, es de construcción moderna con fachadas de piedra cortada y líneas paralelas, rectángulo macizo planeado para contener infinidad de oficinas desde donde la finanza y la industria seguían la marcha del comercio y de la economía de Cataluña y España.

Los moradores del Palacio de la Generalidad y de la Casa CNT-FAI eran también diferentes. El triunfo victorioso correspondía a la realización revolucionaria de los anhelos de la CNT y de la FAI, buscados a través de otros ensayos revolucionarios tales como el 8 de enero y 8 de diciembre de 1933. La resultante lógica de una revolución desencadenada por los facciosos en un momento en que la masa obrera estaba madura para realizarla, por lo que se manifestaba hondamente popular. Así, mientras el poder estatal que encerraban los muros del Palacio de la Generalidad estaba a expensas de las determinaciones de la CNT y de la FAI y por ende, privado de toda iniciativa, la Casa de Cambó era un hervidero de inquietudes, de instrucciones y de órdenes a los comités revolucionarios que habían brotado por impulso popular, constituyéndose de hecho en nuevas formas de régimen revolucionario. En demanda de orientaciones y consignas nadie acudía a la Generalidad y todo se canalizaba a través de los diversos órganos coordinadores que, de forma improvisada, la revolución había creado teniendo como centro directivo esta Casa CNT-FAI.

Sólo la entrada de ese imponente edificio mostraba a las claras lo que su interior albergaba. El semicírculo que formaba su puerta central estaba

defendido por una barricada de sacos terreros y dos ametralladoras amén de fuerzas armadas que custodiaban el edificio ante un sorprendente asalto. Allí se controlaba a los visitantes y desde allí se les dirigía al lugar u oficina en donde podían ser atendidos inmediatamente y sin perder tiempo. La revolución había introducido una nueva modalidad: la de abreviar las visitas y abreviar las explicaciones. Una revolución exige esfuerzo y la mejor forma de llevarla a fondo es no malgastando las energías. Fue así, como una mano anónima trazó el primer letrero que aconsejaba brevedad a los revolucionarios: «Compañero, sé breve».

El dinámico y joven secretario general que la CNT tenía en Cataluña, sin que nadie pudiera saber de dónde sacaba el recurso de tanta resistencia, llevaba en pie desde la madrugada del sábado 18 de julio, atendiendo al teléfono, a los delegados de comarcas y siguiendo la lucha desde las cinco de la mañana del 19 hasta la hora en que el triunfo definitivo se había logrado. Sus ojos y su rostro delataban ostensible cansancio, pero su mente reflejaba con claridad meridiana todas sus facultades mentales. Cuando desaparecía un momento de su puesto de combate era para tomar una ducha de agua fría o servirse una taza de café bien cargado. En ese estado lo sorprendieron los comisionados que, después de haber conferenciado con Companys venían a informarle de la conversación.

Escuchó atentamente y les dijo:

— En previsión se ha convocado un pleno de militantes, lo más amplio que ha sido posible, dadas las condiciones en que nos encontramos, para esta tarde, es decir, para ahora mismo, ya que los militantes aguardan reunidos en uno de los salones de la casa. Allí, todos juntos, examinaremos la situación y se hará lo que el buen entendimiento aconseje.

En uno de aquellos salones, el azul o el rojo cuyo nombre recibe por el tapizado de sus sillones, estaba

reunido un buen número de militantes de la CNT y de la FAI. Todos, sin excepción, estaban marcados por el mismo fuego, el mismo polvo y el mismo triunfo, pues el mismo secretario general había participado en el asalto del cuartel de Atarazanas. Así el retrato original correspondía al mismo de los comisionados: sucios de polvo y cargados de armas.

Si los habituados de aquellos salones hubieran aparecido en la tribuna, más de alguna de aquellas figuras de la banca o de la industria hubieran sentido el síncope del miedo ante aquella singular asamblea que iba a decidir el porvenir de España.

Por los comisionados tomó la iniciativa García Oliver, que desde el estrado fue serenamente explicando, sin ademanes de mitin o conferencia, sino en llana conversación, lo expuesto por el Presidente. Ahora, concluía el informante, a nosotros nos toca el decidir si vamos por el comunismo libertario, que sería ir a una dictadura anarquista o si nos inclinamos por el Comité de Milicias, que es la colaboración democrática con los otros sectores políticos.

El dilema era grave. Se trataba de decidir sobre un punto esencial de la ideología anarquista sobre la que hasta la fecha no se había hecho concesión alguna. De esa histórica reunión hasta hoy no se conoce nada más que su resolución, ignorándose la polémica que lógicamente hubo de haber. La decisión fue: «No hay comunismo libertario. Primero abatir al enemigo en donde se encuentre. Y se decidía: «Constitúyase el órgano aglutinador de todos los antifascistas, es decir, el Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña (51).

Comentando esta resolución, Mariano R. Vázquez un año más tarde, declaró: «Ese pleno no se dejó impresionar por el ambiente, ni se emborrachó con

(51) Art. «Solidaridad Obrera», 18 julio 1937 de Mariano R. Vázquez.

la victoria que tan rápidamente se había logrado. Por las calles de Barcelona sólo se oía «CNT-FAI». Todos los coches llevaban los anagramas libertarios. El pueblo estampaba en las paredes las gloriosas iniciales. En las alturas ondeaba la bandera roji-negra y de las barricadas eran dueños absolutos los hombres de la CNT y de la FAI, siendo esos anagramas la consigna que claksonaban los coches. Era el grito de guerra. La garantía de la victoria. El salvoconducto que daba paso libre era el que llevaba el sello de los Comités Regionales de la CNT y de la FAI, y en medio de este dominio absoluto de la situación, la militancia anarcosindicalista examinaba el panorama nacional y determinaba «A conquistar las poblaciones que tiene el fascismo. No hay comunismo libertario.» Y concluía: «Sólo el anarquismo, sensato, era capaz de tratar de tú y con respeto a quien podía ser eliminado, a quien era infinitamente inferior, a quien representaba muy poquita cosa...» (52)

Y García Oliver, en el testimonio ya citado: «La C. N. T. y la F. A. I. se decidieron por la colaboración y la democracia, renunciando al totalitarismo revolucionario que había de conducir al estrangulamiento de la Revolución por la dictadura. Fiaba en la palabra y en la persona de un demócrata catalán y mantenía y sostenía a Companys en la Presidencia de la Generalidad; aceptaba el Comité de Milicias y establecía una proporcionalidad representativa de fuerzas para integrarlo que, aunque no justa — se le asignaron a la U. G. T. y al Partido Socialista, minoritarios en Cataluña, iguales puestos que a la C. N. T. y al anarquismo triunfante — suponían un sacrificio con vistas a conducir a los partidos políticos por la senda de una colaboración leal que no pudiera ser turbada por competencias suicidas.»

(52) Mariano R. Vázquez, art. citado.

Y como colofón a esta misma resolución vale la pena conocer la opinión de José Peirats:

«¿Fue tratado a fondo por los militantes anarquistas y confederales tan terrible problema? ¿Se agotaron todos los recursos en el análisis de las consecuencias de tan aventurada resolución? ¿Fueron sopesados con calma y serenidad todos los pros y contras? ¿Se recurrió al ejemplo ilustrativo de la experiencia y de la historia de las anteriores revoluciones? Los negros nubarrones que se cernían en el horizonte: en la Sierra de Guadarrama, en Aragón, en Levante y en Andalucía impidieron el frío análisis de los problemas. El fantasma macabro de la guerra — desgraciadamente una amenaza real — impidió razonar...» (53).



El día 20 de julio fenecía. Al día siguiente Barcelona y Cataluña contaría con el Comité Central de Milicias o más comunmente conocido por el Comité Revolucionario quien iba a ocuparse de organizar la vida y la lucha en Cataluña, proyectándose en el área nacional sobre el frente aragonés... (54).

(53) Peirats, obs. ct., pág. 162.

(54) Por lo que tiene de importante esta entrevista y para juzgar ciertas ideas expresadas por Luís Companys meses más tarde, consúltese el interviu concedido a Kádinski, parecido en «Ceux de Barcelone» páginas 177 a 184; en forma parecida declarado a Block, y recogido en el libro citado de este escritor; declaración de Companys al «Toronto Star» en 17 de septiembre de 1936, etc.

DOCUMENTOS

Por solidaridad y por conservación

La fábula de aquellos dos enemigos en alta mar, tiene más ediciones de lo que parece, en la vida cotidiana. En más de una ocasión, la inminencia de un peligro nos lleva a contemporizar con quienes el día antes te habías pegado y que, pasado mañana, continuarás pegándote.

Pero sería de un egoísmo salvaje, preferir perder la vida para evitar que, junto con la nuestra, tuviéramos que salvar la del vecino con el que estuviéramos reñidos. El problema que el proletariado confederado tiene planteado en estos graves, gravísimos momentos, no es el de mirar si matando a un enemigo salvamos al otro, sino el de salvarnos nosotros.

El fascismo, no es el triunfo de una tendencia gubernamental sobre la otra, sino que representa la entronización de la barbarie en su estado más refinado. El ejemplo vivido en muchos países que están pasando por este período político debe de ser lo suficiente elocuente para que no nos quede ninguna duda ni reserva mental sobre la que debe de ser nuestra actitud.

Tal como están situadas las cosas en España, el fascismo no puede introducirse por vías electorales, sino que tiene que ser por un golpe de fuerza, que, de triunfar, querrá decir que ha aniquilado a todos sus adversarios.

«Solidaridad Obrera» del 19 de julio. Notará el lector que sufrió duramente de la censura. El mismo día 19 el Gobierno aún ponía obstáculos a la clase trabajadora.

entre los que debemos contarnos nosotros que, indudablemente, ocupamos uno de los primeros lugares en la lista. Los fascistas saben muy bien lo que somos, a pesar de lo que otros hayan dicho.

Si la C. N. T. en estos momentos dispusiera de lo necesario, seguramente que habría tomado ya por su cuenta la estrangulación del fascismo y de todo lo por él representado. Al no encontrarnos con estas condiciones de preparación, forzosamente tenemos que aceptar la compañía de todos aquellos sectores de opinión que se encuentran amenazados por el mismo peligro.

No es una cuestión de solidaridad, sino de instinto de conservación, lo que nos lleva a unos y a otros a admitir nuestra mutua compañía para realizar lo que, de buena gana, nos gustaría a todos poderlo hacer solos.

¡Por solidaridad ante la barbarie legalizada y por instinto de conservación personal y colectivo, hay que enfrentarse contra el fascismo, con quien sea y con lo que sea! Su triunfo representa nuestra muerte segura, como movimiento y como individualidades. Vale, pues, la pena de defender la vida, aunque sea a costa de la misma. Pues es mil veces preferible morir matando que asesinado. Sería lamentable que por escrúpulos de conciencia, que los momentos no pueden justificar, tuviéramos que hacer en los cementerios o en los campos de concentración, lo que no habríamos querido hacer en la calle.

Barcelona, 19 de julio 1936.

Confederación Regional del Trabajo de Cataluña **¡Pueblo de Cataluña: alerta y en pie de guerra!**

Es la hora de la acción; de obrar. Hemos pasado meses y meses haciendo la crítica del fascismo, señalando sus defectos, lanzando las consignas concretas de que el pueblo había de oponerse, alzarse en armas en el momento que la negra reacción de España intentara imponer su asquerosa dictadura. Ese momento ha llegado, pueblo de

Cataluña. La reacción: militares, civiles, curas y alta banca armoniosamente fraternizados, han iniciado la subversión tendente a implantar el fascismo en España por medio de la dictadura militar.

Nosotros, representación genuina de la C. N. T. en Cataluña, consecuentes con nuestra trayectoria revolucionaria y antifascista por excelencia, no podemos dudar en estos momentos graves, en estos instantes de acción. La C. N. T. en Cataluña, lanza la consigna concreta y terminante de que todos deben secundar la huelga general revolucionaria en el preciso instante en que se alce alguien en Cataluña, sin que ello implique inhibición a lo que compete en el orden nacional, para lo cual nos atenderemos a las consignas del Comité Nacional.

Queda, pues, bien terminantemente reflejada nuestra posición y señalamos que LA CONSIGNA SE CURSARA CON RAPIDEZ. NADIE DEBE SECUNDAR NINGUNA CONSIGNA QUE NO RESPONDA A LAS LANZADAS POR ESTE COMITE, FORMA DE EVITAR LO IRREPARABLE. Son momentos de serenidad. Hay que actuar, pero con energía, firmeza y al UNISONO, A LA VEZ, TODOS JUNTOS. ¡Que nadie se aisle! Que se estrechen los contactos. Es hora de estar alerta y de disponerse a actuar.

En Sevilla, el fascismo se adueña de la situación. En Córdoba hay un alzamiento. Norte de Africa está dominado por ellos. Nosotros, el pueblo de Cataluña, EN PIE DE GUERRA, DISPUESTOS A ACTUAR. Que en estos momentos de coincidencia contra el enemigo común, cada cual ocupe un puesto en el combate. Que no haya desgastes de energías, ni luchas fratricidas. Arriba los corazones. Arma al brazo y dispuestos para el combate. Quien se inhiba, es un traidor a la causa manumisora del pueblo.

¡Viva la C. N. T.!

¡Viva el Comunismo Libertario!

¡Ante el fascismo, la huelga general revolucionaria!

El Comité Regional

Barcelona, 19 de julio 1936.

OLIDARIDAD OBRERA

LA REVOLUCION SOCIAL DEL PUEBLO DE ESPAÑA
A.T.
PERIODICO DE LA REVOLUCION SOCIAL DEL PUEBLO DE ESPAÑA
Fundado en 1934, en el año de la R.P.

C. N. T. con las armas en mano está luchando a muerte con los criminales del fascismo

La amenaza fascista se ha consumado. - Los generales Goded, Franco, Mola y Morató se han insurreccionado. - En Marruecos, en Canarias, en los lugares de la Península, la oficialidad fascista irrumpe en los cuarteles de la clase trabajadora derraman la sangre del pueblo. - Los insurrectos emborrachan a la tropa y la engañan elevándose a contrabandistas con los trabajadores. - Los templos religiosos se convierten en sagrado fuego de las masas populares. - Los plutócratas, los financieros y los terratenientes abandonan precipitadamente el suelo peninsular. - El C. N. T. se ha impuesto en la calle con un valor espartano. - Las mujeres han tomado el lado de los hombres con el fusil en la mano. - Persiste el peligro de militares continúan resistiendo en diversas localidades. - El pueblo español está en pie de guerra.

Federación Regional del Trabajo de Cataluña

En la hora grave que se atraviesa, se impone a cada cual que se haga exclusivamente a las consignas generales de este Comité

El momento que estamos viviendo es el más grave de nuestra historia. Los generales Goded, Franco, Mola y Morató se han insurreccionado. En Marruecos, en Canarias, en los lugares de la Península, la oficialidad fascista irrumpe en los cuarteles de la clase trabajadora derraman la sangre del pueblo. Los insurrectos emborrachan a la tropa y la engañan elevándose a contrabandistas con los trabajadores. Los templos religiosos se convierten en sagrado fuego de las masas populares. Los plutócratas, los financieros y los terratenientes abandonan precipitadamente el suelo peninsular. El C. N. T. se ha impuesto en la calle con un valor espartano. Las mujeres han tomado el lado de los hombres con el fusil en la mano. Persiste el peligro de militares continúan resistiendo en diversas localidades. El pueblo español está en pie de guerra.

QUEREMOS JUSTICIA

EL PUEBLO ES EL ENCARGADO DE SANCIONAR A LOS ASESINOS DE LA CLASE TRABAJADORA

El pueblo español se ve obligado a tomar las armas contra los generales Goded, Franco, Mola y Morató. Los insurrectos emborrachan a la tropa y la engañan elevándose a contrabandistas con los trabajadores. Los templos religiosos se convierten en sagrado fuego de las masas populares. Los plutócratas, los financieros y los terratenientes abandonan precipitadamente el suelo peninsular. El C. N. T. se ha impuesto en la calle con un valor espartano. Las mujeres han tomado el lado de los hombres con el fusil en la mano. Persiste el peligro de militares continúan resistiendo en diversas localidades. El pueblo español está en pie de guerra.

Los insurrectos emborrachan a la tropa y la engañan elevándose a contrabandistas con los trabajadores. Los templos religiosos se convierten en sagrado fuego de las masas populares. Los plutócratas, los financieros y los terratenientes abandonan precipitadamente el suelo peninsular. El C. N. T. se ha impuesto en la calle con un valor espartano. Las mujeres han tomado el lado de los hombres con el fusil en la mano. Persiste el peligro de militares continúan resistiendo en diversas localidades. El pueblo español está en pie de guerra.

Confederación Regional del Trabajo de Cataluña
En la hora grave que se atraviesa, se impone que
cada cual se atenga exclusivamente a las consignas
generales de este Comité

Responsables de la gravedad de los momentos que se atraviesan, encarecemos a todos los confederados y al pueblo en general de Barcelona y de Cataluña, sean ordenados en la actuación a seguir, ateniéndose al cumplimiento de todas las consignas que emanen de este Comité.

Sólo observando esta conducta podremos ahorrar esfuerzos y plantear la lucha en el terreno más conveniente a la que sostenemos contra la negra reacción.

Hay un enemigo común bien delineado: el fascismo. Contra él vamos; contra él luchamos; a él tenemos que aplastar. No hay ni más ni menos. Que cuantos actos se realicen tiendan a lograr este objetivo: aplastar el fascismo; hundir a la reacción.

Los compañeros confederados han respondido con heroísmo inenarrable en la lucha contra el enemigo común. En este momento, la situación en Barcelona puede decirse que ha sido dominada, hablando en términos generales. Sólo pequeños núcleos aislados siguen manteniendo su posición insurrecta. Tal vez, al leer estas líneas, ya estarán completamente destrozados. Sin embargo, hablando con franqueza, el fascismo aún no ha sido destruido en España, ni en Cataluña. En lograrlo ponemos todo el entusiasmo. Para conseguir esta necesidad del pueblo, están los hombres de la C. N. T. dispuestos a dar hasta la vida. Ello quiere decir que hay que mantener la posición firme con las armas en la mano para acudir a todos los lugares que sea preciso y aplastar a cuantos elementos se han alzado para imponerse al pueblo con su indecente despotismo.



«Solidaridad Obrera» del 20 de julio 1936.

La organización confederal de Cataluña está reunida en estos momentos con la asistencia de sus representantes de provincias, para coordinar el empleo de nuestros medios y aplastar al enemigo común. Todos, por lo tanto, en pie de guerra contra el fascismo, contra la reacción.

Al propio tiempo, conscientes de nuestra responsabilidad, hemos determinado que todos los servicios indispensables de abastecimiento funcionen de igual forma que las comunicaciones, a fin de que no falten al pueblo los alimentos necesarios y que la relación precisa no se rompa.

Es una posición la nuestra que nadie podrá censurar. Creemos que hay que asegurar que al pueblo no le falte el pan, y del control preciso para que esto sea un hecho, se encargue la organización confederal.

¡En pie, pues, pueblo de Cataluña! ¡Con la responsabilidad precisa, mantendremos la lucha hasta que no quede ni un solo insurrecto!

¡Contra el fascismo, todos a la lucha!

¡Viva la C. N. T.!

Barcelona, 20 de julio 1936.

Queremos justicia

**El pueblo es el encargado de sancionar a los
asesinos de la clase trabajadora**

Nos hallamos en un instante de inspiración revolucionaria. El proletariado arremete con un empuje que es difícil superar.

En muchos de los encuentros registrados entre los militares y el pueblo, la clase trabajadora ha hecho sentir el peso de su indignación sobre las cabezas de sus enemigos seculares.

Nota. — Esta mañana ya dimos por la Radio la orden de reintegrarse al trabajo los panaderos, lecheros empleados de mercados, etc., a fin de que no falten las subsistencias.

No hay que desperdiciar la ocasión que la Historia nos brinda para arrojar para siempre del suelo español a los fascistas que pretenden retrotraernos a las épocas más nefastas.

Ayer se rindió en el edificio de la Capitanía General de Cataluña el jefe del movimiento que los generales monárquicos habían trazado con antelación. Y lo paradójico del caso es que el general Goded llegó sano y salvo a las dependencias oficiales de la Generalidad.

Es irritante que a pesar de que la sangre se ha derramado a torrentes y de que en la lucha callejera han sucumbido los hijos predilectos del pueblo, se adopten posiciones y actitudes que son sospechosas en las alturas gubernamentales. Nos referimos concretamente al trato blando que se dispensó al jefe de la insurrección que se ha desarrollado en el área catalana.

El general Goded habló ante el micrófono instalado en el despacho presidencial de la Generalidad. No es admisible que el culpable de la sangre derramada pueda usar de prerrogativas que no se pueden conceder a un asesino.

Son en gran número los jefes y oficiales que han sido detenidos. No sabemos qué medidas adoptarán las autoridades. Pero recordamos que a Sanjurjo, el 10 de agosto de 1932 se le indultó .

De repetirse el caso del 10 de agosto se cometería una burla cruenta con el pueblo generoso que ha salido a la calle a ofrecer la sangre desinteresadamente.

Es hora de que se desarraiguen de la superficie ibérica los eternos culpables del malestar en que nos desenvolvemos. Pero es preciso que se les trate con la misma animosidad que ellos patrocinan.

En la calle hemos presenciado lo que es el pueblo. Ha irrumpido en los lugares que la burguesía reserva para sus prejuicios y menesteres de clase. Los fusiles de las falanges proletarias han hecho morder el polvo de los chupópteros de las mansiones doradas.

El pueblo no ha de dormirse. Es de una transcendencia histórica que ni uno solo de nuestros enemigos pueda eludir el peso categórico de nuestras ansias de justicia.

No hay que conceder cuartel a los fascistas. La justicia

popular ha de acometer con gran decisión la gran tarea que se inicia el 19 de julio.

No descuidemos la labor de depuración que ha de realizarse sin demora. Y el pueblo ha de emprenderlo por su cuenta.

¡No pasarán!

**El proletariado barrerá el fascismo y aniquilará
a la reacción que se incubaba en los centros
cuartelarios**

La sublevación militar ha alcanzado una envergadura enorme. En todas las poblaciones importantes se ha producido el golpe insurreccional.

La intentona de los militares ha obedecido a un plan largamente estudiado. Se inició en Marruecos y en Canarias a los pocos días de la muerte de Calvo Sotelo. Y escalonadamente se ha ido plasmando el ataque criminal que con saña infernal han desencadenado los militares.

El choque con el pueblo ha sido terrible. Las víctimas han alcanzado un porcentaje enorme. Y la sangre del pueblo trabajador ha teñido de nuevo el pavimento peninsular.

En España, el verdadero peligro para la clase trabajadora se ha incubado siempre en los cuarteles. La oficialidad, en su inmensa mayoría, es monárquica. En las Academias cursan la preparación bélica los hijos de casas adineradas. El Ejército, hasta ahora, ha estado integrado por los vástagos de los terratenientes, de la burguesía financiera y de las mancebas de los curas encopetados. Esta gentuza ha estado siempre dispuesta a asesinar a los trabajadores.

De la lucha actual se ha logrado un resultado beneficioso para la salud pública. Se ha destrozado el cuadro de la oficialidad. Y eso es una garantía para que los trabajadores puedan seguir avanzando sin encontrar una resistencia invencible.

El castigo que ha encajado el Ejército fascista ha de reputarse de regular importancia. En la mayor parte de los hechos de armas, el pueblo ha arremetido furiosamente contra los jefes.

Pero, a pesar de las victorias logradas, en gran número de localidades todavía persiste la amenaza fascista. En

Zaragoza y en algún otro punto, los militares son dueños de la situación.

Según las últimas noticias, pretenden extender su radio de acción y dirigen sus fuerzas a las poblaciones colindantes. No es fácil que logren sus propósitos, pues habrán de enfrentarse con el valladar férreo de la clase trabajadora.

El momento actual exige de todos los trabajadores una voluntad indomable y una decisión categórica. En estos instantes no se puede incurrir en la más insignificante negligencia.

Conocemos con hartos detalles el horror de las represiones de los elementos de la extrema derecha española. No queremos describir la salvajada que se desencadenaría en el caso de que triunfasen los militares.

Si los generales sublevados hubiesen logrado sus objetivos, el suelo español habría vivido los desmanes brutales de los entes cuartelarios. Y es notorio que la reacción hubiera superado las matanzas de Asturias.

El pueblo trabajador no puede dormirse en los laureles de la victoria. El fascismo ha sido detenido, pero no se le ha arrojado del todo de la Península Ibérica.

Poseemos el propósito de seguir luchando a muerte contra el fascio. No hay tregua para los asesinos del pueblo. Se nos presenta el dilema de vencer o morir.

Hoy, más que nunca, persistiremos en la guerra sin cuartel contra los verdugos de las clases laboriosas. Es inútil que el fascio intente someternos.

Al grito de ¡muera el fascio!, se ha levantado el proletariado español como un solo hombre. El recuerdo de nuestros camaradas inmolados por el plomo de la reacción y los centenares de jóvenes que han ofrecido sus vidas, nos dan arrestos para oponernos al avance de la hiena reaccionaria.

Con la emoción que nos embarga, clamamos venganza. Y juramos que las fieras de los galones, de las estrellas y del fascio no hallarán el camino expedito.

Desde el 19 de julio nos mantenemos firmes en la bre-

cha. La reacción no pasará. Nuestros pechos le cerrarán el paso.

¡No pasarán! ¡Lo aseguramos!

¡Trabajadores! ¡Compañeros! ¡Obreros! ¡Arma al brazo contra los fascistas!

¡El brote purulento de provincias merece la acción enérgica del bisturí que raja sin piedad!

¡Contra la reacción, trabajadores, arma al brazo y vigilancia! ¡El enemigo respira aún por varios costados! ¡Hay que cortar esa respiración decididamente, denodadamente!

Está garantizado el aprovisionamiento de la ciudad

A pesar de las continuas molestias que causan al vecindario de Barcelona los cobardes que «paquean» escondidos en las azoteas y tras los balcones, ayer se realizaron casi en absoluto todos los servicios de aprovisionamiento de artículos de primera necesidad.

Por orden del Sindicato del Ramo de la Alimentación, hoy quedarán completamente normalizados esos servicios.

Rápida

Lo que se puede cuando se quiere

Lo realizado por el proletariado español en su réplica al intento de instauración del fascismo en España, es la prueba evidente de la potencialidad combativa del pueblo cuando se le ha educado en la acción directa. En pueblos de tradición política como Alemania, Austria e Italia, el fascismo ha triunfado e implantado sus bárbaros métodos de gobernación. El primer pueblo que lo ha repelido de una manera tan rápida como violenta ha sido España, que es el país cuyas masas populares han recibido una más

completa educación revolucionaria al margen de la política al uso.

El apoliticismo ha confirmado su valor combativo, convirtiéndose en el baluarte contra el cual se ha estrellado el ataque reaccionario.

Esta es una de las muchas enseñanzas que de este movimiento podrán deducirse cuando las circunstancias nos permitan el poder hacer cuanto se ha podido ver y comprobar.

¡Camaradas: cada bala, un objetivo!

Las aguerridas y fogueadas fuerzas de la C. N. T. y de la F. A. I. han ocupado las primeras filas en todos los hechos más sobresalientes de la lucha antifascista. Es natural que así fuera, puesto que sólo nuestros hombres estaban preparados para ello.

La lección, no creemos que haya caído en vacío por parte de ninguno de los que han tenido ocasión de constatarlo.

¡Contra la táctica del «paqueo» empleada por los fascistas al objeto de provocar el derroche de municiones de los obreros, debe procederse por nuestra parte con serenidad y sin nerviosismos. Que nadie dispare sin asegurar su puntería. Cuando se oiga un «paco», lo que procede hacer es seguirle la pista hasta localizar el lugar de donde procede, y entonces atacar de firme registrando la casa sin contemplaciones ni sentimentalismo.

¡Nada de sentimentalismo, camaradas! ¡Ni tampoco arbitrariedades! ¡Respeto a todos; pero sin desmayar en la energía!

*
* *

Nadie debe proceder caprichosamente. La C. N. T. tiene establecido un serio control de todos los resortes de la vida ciudadana. Todos los trabajadores deben inspirarse en las orientaciones de la organización confederal, genuina representación del sentir revolucionario.

Requerimos el concurso de los trabajadores técnicos, ingenieros, químicos, médicos, electricistas, etc. Tienen todos ellos el deber de ser útiles en la medida de su esfuerzo y aptitudes al movimiento de liberación proletaria que se desarrolla en nuestra Península. Junto al músculo del obrero manual, deben ir parejos los conocimientos de los obreros especializados.

¡Compañeros técnicos: todos al servicio del pueblo. Unos con las armas; otros, con la técnica. Contra el fascismo y por la libertad;

*
• •

¡Deben ser aceptadas cuantas consignas provengan de nuestros Comités responsables. La circulación, el abastecimiento, el gasto de gasolina, la propia energía física de los luchadores debe ser minuciosamente controlada. Nada de iniciativas sin control; nada del clásico «me da la gana». Todos a una; pero al unísono!

¡Cobardes asesinos! Criminal agresión al hospital Clínico

Durante el lunes y el martes con algunas intermitencias, se ha disparado desde la calle Villarroel contra las ventanas del Hospital Clínico.

Las rondas volantes de elementos populares no lograron localizar a los «pacos», pero se ejerce sobre ellos una estrecha vigilancia y probablemente a la hora en que damos esta nota habrán sido sorprendidos en sus criminales intentos.

Hace falta toda la cobardía, amparada en el anónimo de los fascistas emboscados, para agredir un edificio como el Clínico, que son considerados inviolables y neutrales hasta en las guerras más cruentas, si se exceptúa, para vergüenza del fascio, la invasión de Abisinia por las hordas salvajes de la Italia de Mussolini.

El pueblo sigue vigilante en la calle, y hechos como el de la cobarde agresión al Hospital Clínico serán castigados con la severidad que merecen.

Cuando los movimientos políticos degeneran en revolución social, el proletariado no puede hacer ni debe hacer concesiones a la burguesía. La libertad política es sólo un aspecto del programa revolucionario de la clase obrera. Hay que conseguir también la libertad y la igualdad económica.

SOLIDARIDAD OBRERA

LA CENSO GENERAL GENERAL DEL TRABAJO DE CATALUÑA



PORTAVOZ DE LA AMISTAD OBRERA CON EL TRABAJO DE

ESPAÑA VI

Barcelona, jueves, 21 de julio de 1933

NUMERO

Comaradas proletarios: a Zaragoza

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista

dos, como un hombre, en de guerra

El proletariado catalán, por boca del camarada García Oliver, alienta la lucha titánica contra el fascismo a los camaradas de la región aragonesa. La consigna de la C. N. T. es la de dar la batalla por la libertad de la clase trabajadora catalana. El representante de la clase trabajadora catalana siente la necesidad ineludible de cumplir el deber y llegar hasta la muerte.

El proletariado catalán, por boca del camarada García Oliver, alienta la lucha titánica contra el fascismo a los camaradas de la región aragonesa. La consigna de la C. N. T. es la de dar la batalla por la libertad de la clase trabajadora catalana. El representante de la clase trabajadora catalana siente la necesidad ineludible de cumplir el deber y llegar hasta la muerte.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

La bestia fascista tiene adogalada, subyugada a Zaragoza, la invicta ciudad confederal. El proletariado catalán, con las bocas de sus fusiles, hará morder el polvo de la derrota al militarismo realista.

SO IMPORTANTE

SO IMPORTANTE

SO IMPORTANTE

SO IMPORTANTE

SO IMPORTANTE

Todos, como un solo hombre, en pie de guerra

La Cataluña proletaria está movilizando sus efectivos para rendir, con un gesto de sublime dignidad, en socorro de nuestros hermanos de la capital aragonesa. En la ciudad de Barcelona se vive uno de los instantes más grandiosos de nuestra larga historia ciudadana. La población trabajadora bulle en las arterias urbanas con un entusiasmo indescriptible. En este desbordamiento de emoción revolucionaria se entremezclan las mujeres, los jóvenes y los hombres que rayan en la madurez.

Esta superabundancia ciudadana se alimenta de la santa indignación que la polacada sangrienta de los militares ha desbordado de lo más hondo del alma popular.

Los trabajadores catalanes sienten en lo más interno de sus entrañas el dolor inmenso que aqueja a sus hermanos de Aragón. Y surge de lo más profundo del espíritu catalán la decisión inquebrantable que se han enseñoreado de una parte considerable del suelo español.

La Cataluña rebelde se sitúa de nuevo en el primer plano del empuje proletario. En fechas atrás creíamos que se había extinguido el fuego sagrado de la proverbial savia revolucionaria que ha constituido el galardón de nuestra tierra.

Pero ha rebrotado la Cataluña insurrecta. La C. N. T. ha realizado el milagro. Sus hombres han sembrado de ardor revolucionario las calles de la capital catalana. Y con la sangre generosa de los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo, vuelve a ponerse en pie el clásico baluarte de la revolución española. La movilización de la clase trabajadora que se cobija en la perla del Mediterráneo, ha trastocado por entero la faz del suelo catalán. Nuestro firmamento irradia chorros de rebeldía y la

generosidad que linda con el arrojo. Un nuevo mundo está surgiendo a flor de tierra.

En las Ramblas hemos presenciado escenas emocionantes. Los parias que gimen bajo el yugo sempiterno de la miseria y de la opresión más infamante, ofrecen sus vidas y se aprestan a caer como hienas sobre las fieras que subyugan a nuestros hermanos de allende el Ebro.

Al local del Sindicato del Transporte acuden miles de obreros. Sus semblantes están surcados de un destello magnífico. En sus pechos late una esperanza de iluminados.

La C. N. T. ha emprendido y patrocina la sacrosanta cruzada contra el fascismo. La población laboriosa ha respondido a nuestro llamamiento. Las falanges proletarias van engrosando a medida que se acerca el instante de la partida.

Dentro de pocas horas la columna expedicionaria cruzará las tierras catalanas. El campo catalán verá desfilar ante sus ojos a los aguerridos proletarios que haciendo dejación de sus vidas, de su bienestar y de los lazos familiares se aprestan a irrumpir en el coto fascista.

Los pobladores de la ciudad y del campo aguardan el instante inenarrable que marcará un mojón en los anales históricos de la clase trabajadora catalana que está totalmente impregnada de la espiritualidad confederal.

Va a iniciarse el gesto magno. Dentro de breves instantes presenciaremos el derroche de ciudadanía. Ni un solo trabajador se hallará ausente de la grandiosa movilización.

La C. N. T. ha dado el grito de alerta. La plasmación de nuestra energía indomable será pronto un hecho. Y sus resultados los conocerá pronto el mundo entero.

Al abandonar los movilizados nuestra capital proletaria, los artífices de la economía catalana seguirán a los expedicionarios y no les olvidarán hasta que la liberación de la capital aragonesa haya culminado con la entrada triunfal de las milicias antifascistas en el corazón del baluarte confederal.

Desde SOLIDARIDAD OBRERA nos sumamos con la emoción más intensa a la cruzada que está próxima a

partir de tierras catalanas. Y alentamos a la totalidad del proletariado catalán para que acuda como un solo hombre a despedir a los esforzados galeotos de las libertades populares.

¡CAMARADAS: A ZARAGOZA! ¡TRABAJADORES: EN PIE DE GUERRA! ¡A VENCER AL FASCISMO!

El proletariado catalán, por boca del camarada García Oliver, alienta en la lucha titánica contra el fascismo a los camaradas de la región aragonesa. La consigna de la C. N. T. es la de dar la vida. El representante de la clase trabajadora catalana siente la necesidad ineludible de cumplir con el deber y llegar hasta la muerte.

Desde el micrófono instalado en la presidencia de la Generalidad, el camarada García Oliver ha dirigido una cálida alocución a los trabajadores de la región aragonesa. Ha hablado en nombre del Comité Regional de Cataluña y del Comité Nacional de la C. N. T.

Ha descrito, en sentidas y tajantes frases, la lucha heroica que el proletariado catalán ha sostenido con los militares insurrectos. Con una emoción intensísima, que se reflejaba en sus palabras, ha narrado la combatividad y el empuje de que ha hecho gala la clase trabajadora que nutre el suelo catalán.

Se dirige al proletariado aragonés. Recuerda a los trabajadores de Zaragoza su inmortal gesta del 8 de diciembre de 1933. Anuncia que los trabajadores catalanes están preparando una expedición, con el objeto de librar el proletariado aragonés de la férula fascista. Y asegura que Cataluña obrera caerá como una tromba sobre el fascio que se ha intronizado en Aragón.

El camarada García Oliver dedica un sentido recuerdo al valiente militante de la C. N. T. Francisco Ascaso, que cayó bajo las balas de los fascistas cuartelarios. Y habla con un tono velado por el más profundo sentimiento, del trío que han integrado los camaradas Ascaso,

Durruti y García Oliver. Y es Francisco Ascaso, el niño que paseaba por las calles de la inmortal ciudad de Zaragoza, les dice García Oliver a los trabajadores aragoneses.

En Cataluña hemos conseguido una victoria fulminante, prosigue el representante de los obreros catalanes. Hemos tenido que luchar. No hemos regateado el menor esfuerzo. Hemos desafiado la balas. Nuestras vidas han constituido una barrera invencible.

Evoca el significado del último Congreso. Describe el entusiasmo de las sesiones del magno comicio. Resalta las promesas que emergieron de la Ponencias que elaboraron las consignas confederales.

Estamos convencidos — dice nuestro camarada — de que vuestra actitud no obedece a la traición. Pues es indispensable que reaccionéis y que os enfrentéis, sin pérdida de tiempo con los chulos que se han apoderado de la capital aragonesa.

En Cataluña iniciamos inmediatamente la controfensiva. Fuimos rápidamente, y friamente en busca del enemigo. Hemos sembrado de cadáveres las calles de Barcelona. Perdimos muchos camaradas, pero logramos reducir la situación. Nuestros enemigos, al escuchar los gritos de de la C. N. T., abandonaron precipitadamente las posiciones.

Los trabajadores aragoneses tenéis que hacer un esfuerzo supremo para libertaros del fascismo. No habéis de dudar de la necesidad imperiosa de plantar cara al enemigo de las libertades populares. Replegaos sobre las barriadas obreras y sobre la huerta zaragozana, en donde debéis concentraros, y así los trabajadores catalanes podremos caer con un empuje irresistible sobre los criminales que se han asentado en tierras aragonesas.

A la ciudad de Zaragoza no se la podrá considerar, de ahora en adelante, como el baluarte de la Confederación Nacional del Trabajo, si no abate con rapidez fulminante a los fascistas que se han enseñoreado de sus vidas. No olvidéis, trabajadores aragoneses, vuestro historial y vuestros entusiasmos por la causa sagrada de la libertad. Salid de vuestras casas. Arrojaos sobre el enemigo.

No aguardéis un minuto más. En este preciso instante habéis de poner manos a la obra. En esta tarea han de destacarse los militantes de la C. N. T. y de la F. A. I. Nuestros camaradas han de ocupar la vanguardia de los combatientes. Y es preciso morir.

Militantes de la C. N. T. y de la F. A. I., os tenéis que hacer matar. Tened en cuenta que el proletariado catalán respondió como un solo hombre, se debió a que los militantes destacados ocuparon las filas de mayor peligro. Y por esta razón el ataque a las mesnadas fascistas alcanzó una profundidad insospechable y decisiva.

En todas las ciudades y en todos los lugares donde domina el fascio, los militantes de la C. N. T. y de la F. A. I. han de arrastrar a la clase trabajadora a la calle y lanzarlas al combate contra los militares.

Explica el camarada García Oliver, la constitución de las milicias antifascistas. La C. N. T. y la F. A. I. han sido invitadas. Los objetivos que persiguen estas milicias son dos. El primero obedeció a que en alguna ciudad catalana había prosperado la provocación fascista, pero los trabajadores se bastaron por sí solos. Y el segundo objetivo obedece a la dominación de Zaragoza por los militares y ante la posibilidad de un avance de las columnas fascistas, de la región aragonesa, en tierra catalana. Pero estamos dispuestos a salirles al encuentro y caer sobre ellos.

Vamos a salir hacia Zaragoza. Os decimos que Durruti y el que os habla — García Oliver — partirán al frente de la columna expedicionaria. Mandamos una escuadrilla del Prat, que bombardeará los cuarteles.

Ya sabéis lo que tenéis que hacer, con lo que tengáis en vuestras casas hay que lanzarse como hienas sobre el enemigo. No hay que ser cobares ni hay que alardear de valentía, pero hemos de cumplir con nuestro deber.

Los militantes de la C. N. T. y de la F. A. I. **HAN DE CUMPLIR CON EL DEBER** que exige la hora presente. Emplead toda clase de recursos.

No aguardéis a que yo finalice mi discurso. Abandonad vuestras casas, quemad, destruid. Batid al fascismo.

INDICE

Prefacio	5
Introducción	11

CAPITULO I

Antecedentes de la sublevación fascista	15
Preparando la rebelión facciosa, o López Varela en acción	20
Compromisos con los cuerpos armados	22
Progresos del capitán González entre los de asalto	23
El plan de ocupación de Barcelona	25

CAPITULO II

La República frente al fascismo	31
El dilema: fascismo o armamento del pueblo	33
La C. N. T. y la F. A. I entran en acción ..	34

CAPITULO III

Entre el fascismo y la Revolución	41
Companys, la C. N. T. y la F. A. I.	43
17 de julio: Franco declara la guerra	50

El Sindicato del Transporte	52
El sábado 18 de julio	54
Domingo rojinegro	59
A las 4,30 de la mañana	61

CAPITULO IV

Los conspiradores desde el 17 al 19 de julio ..	65
Aeronáutica Naval y Aviación Militar	75
Cuerpos armados: Guardias de asalto, Carabineros y Guardia Civil	77

CAPITULO V

¡Viva la República!... ¡Muera el fascismo!	79
Plaza de España, Paralelo y Universidad	82
Diagonal, Cinco de Oros, Convento de las Carmelitas	87
La artillería de Montaña número 1 o las balas de papel	90
Camiones contra cañones	96
La Guardia Civil, cuerpo muerto	100

CAPITULO VI

Los generales lejos del fuego	105
El general Llano de la Encomienda	105
Un reinado que dura sesenta minutos	111

CAPITULO VII

Plaza de Cataluña y Universidad	117
Cárcel Modelo	119

Capitania	121
Goded ante Companys	124

CAPITULO VIII

20 de julio: Atarazanas	131
Los muertos	136

CAPITULO IX

De Atarazanas a la Generalidad	141
La C. N. T., dueña de la situación	147
Los militantes de la C. N. T. y de la F. A. I. deciden el destino de España	152
Documentos	159

NUESTRO SERVICIO DE LIBRERIA RECOMIENDA: EN ESPAÑOL

	Frs.
«Historia de las luchas sociales», Beer	15 00
«Martín Pierro», Hernández	3 50
«G. Nicolai», Relgis	6 50
«La segunda revolución española», Guillén	9 00
«Tal vez mañana», Botella	13 00
«Abajo las armas», Suttner	4 40
«A caballo del Ande», Samblancat	0 50
Actas del Pleno de FF. LL. (C.N.T.) de la Regional nº 2. Año 1945	1 50
Actas del Congreso de Zaragoza (C.N.T.) 1936	2 50
Actas del VIII Congreso A. I. T.	3 00
Actas del Congreso Constitutivo de la C. N. T.	1 50
Actas del Congreso de 1960 (C. N. T.)	3 00
Actas del Congreso de París, 1945 (C. N. T.)	1 00
«Albores del anarquismo»	2 00
«Alegrías del destierro», Malato	3 00
«La Anarquía al alcance de todos»	1 00
«Anarcosindicalismo»	5 00
«Los anarquistas en la crisis española»	21 00
«Anarquismo y organización»	0 50
«Anarcosindicalistas en el Perú»	1 50
«Antología libertaria»	2 00
«Anselmo Lorenzo»	1 00
«Aventuras de un perseguido político»	1 00
«El apoyo mutuo»	3 00
«Ascaso y Durruti»	0 50
«La Asociación Internacional de los Trabajadores»	1 50
«La bancarrota del marxismo»	2 00
«Breve historia de la Anarquía»	4 30

«Bolchevismo y anarquismo»	2 00
«Bibliografía de la guerra civil española»	35 00
«Biografía de Bakunin»	1 50
«Hacia una federación de autonomías ibéricas» (F. A. I.) 17 capítulos, cada uno	0 50
El cautivo de Argel	0 80
Raúl Carballeira	1 00
Canción de gesta	0 50
«La crisis del socialismo»	3 00
«Criadero de curas»	2 00
«Crítica anarquista de la Sociedad»	1 00
El colectivismo	0 50
Actas de la Conferencia Intercontinental del M. L., 1947	2 00
«El cooperativismo»	1 50
«La C. N. T. y el porvenir de España»	1 00
«La Comuna»	1 50
«Crónica de un revolucionario»	3 30
Conversaciones libertarias	1 50
«Concepto confederal del Comunismo»	1 00
«Concepto federalista de la C.N.T.»	2 00
«De una a otra revolución»	3 00
«Discurso del hombre libre»	1 00
«Doce pruebas de la inexistencia de Dios»	2 00
«Entre españoles»	1 00
«En el taller de la revolución»	7 50
«Entre campesinos»	1 50
«Entre la revolución y las trincheras»	0 50
«Enseñanza laica»	1 50
«España en la ruta por su libertad»	2 50
«Estampas del exilio en América»	1 50
«España, colonia de su ejército»	1 50
«En torno a nuestros objetivos»	1 00
«El fascismo en el siglo XX»	2 50
«Fundamentos del cooperativismo»	4 50
«Fundamentos del anarquismo»	2 00
«Guerra civil»	2 50
«Grecia libertaria»	1 20
«Heroínas»	1 50
«La libertad de amar»	1 50

La indomable	1 50
«La internacional obrera»	4 50
«Jardín de acracia»	3 00
Karaganda	1 00
«Libro de oro de la Revolución española»	2 00
«Marianet»	5 00
«Memorias de Pablo Casals»	1 00
«Ni víctimas ni verdugos»	2 00
«Ni Franco ni la Monarquía»	1 00
«Orientación anarquista»	1 80
«Pensamiento anarquista»	3 00
«Poesía del destierro»	3 00
«Problemas del sindicalismo y del anarquismo»	1 00
«El Proletariado militante» (2 vol.)	6 00
«Problemas y cintarazos»	1 50
Romancero de la libertad	2 50
Rusia y España	2 00
Salvador Seguí	4 00
Semana trágica	1 00
Solución federalista	1 50
Socialismo autoritario y libertario	4 00
Socialismo libertario	5 00
Sugestión de España ante el mundo	1 00
Testimonio sobre la revolución cubana	2 00
Tipos españoles tomos I y II, cada uno	7 00
La toma de la Bastilla	0 50
Una vida por un ideal	2 50
Verdades a todas horas	1 00

EN CATALA

«De l'Anoia al Sena sense pressa»	11 00
«Garbuix poètic»	2 00
«Interpretació llibertaria del Moviment obrer català»	1 50
«Sindicalisme a Barcelona»	9 00

EN FRANÇAIS

Album d'exposition d'Art espagnol en exil	1 50
«De l'esclavage à la liberté»	5 50
«L'affaire Ferrer devant les Cortes»	1 50
«Un centenaire bulgare parle»	8 50
«La Commune de Paris»	1 00
«Les collectivisations en Espagne»	5 50
«Cheitanov»	9 50
«Les frères Reclus»	8 75
Face au racisme et au néocolonialisme	1 00
Mythologie marxiste-leniniste	2 50
«La Pensée chinoise»	1 00
«Pierre Kropotkine»	6 00
«Revolution inconnue»	5 50
«Reflexions sur l'anarchisme»	2 50
«Bakunine»	4 50
Catalogne 1936-37	1 00
«L'Internationale»	9 00
Sociologie federaliste libertaire	3 50
Un anarchiste de la belle époque	7 50

Pedidos a todas nuestras secciones y publicaciones
de prensa.

ESTA OBRA TERMINO DE IMPRI-
MIRSE EN LOS TALLERES DE LA
« IMPRIMERIE DES GONDOLES »
S. A. R. L. AU CAPITAL DE 10.000 F.
4 Y 6, RUE CHEVREUL, CHOISY-
LE-ROI (VAL-DE-MARNE) FRANCIA
EN LA PRIMERA QUINCENA DEL
MES DE FEBRERO DE 1967.

**La ASOCIACION INTERNACIONAL
DE LOS TRABAJADORES**

tiene secciones en los países siguientes :

**ARGENTINA
BULGARIA (Clandestina)
INGLATERRA
ITALIA
FRANCIA
ESPAÑA (Clandestina)
NORUEGA
PORTUGAL (Clandestina)
SUECIA
URUGUAY**

**y numerosos grupos de «Amigos de la
A. I. T.» en otros países.**